SEVILLA FAMOSA

R. 10285

MARTÍNEZ BARRIONUEVO

Sevilla Famosa

(NOVELA ESPAÑOLA)

1905
Administración: Pez, 30
MADRID

Es propiedad del autor.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imp. Pau, Torrijos y Compañía, Cuarte, 25, Valencia

Antes de empezar

Desde que publiqué **La Generala**, aquel humilde volumen que se hizo puesto en la literatura española por la benevolencia del público y el amparo que tuvo la suerte de alcanzar de dos escritores insignes, Pérez Galdós y Ortega Munilla, no puse mano después en otra novela sin que el alma se me escapara en un suspiro silencioso, por no ser aquélla precisamente la novela que yo deseaba escribir. Mucho tiempo transcurrió, muchos volúmenes salieron de mi

pluma, hasta que pude, al fin, realizar mi sueño de escribir una novela de Sevilla, con tipos, con escenas, con ambiente de allí, de la tierra famosa de las mujeres y del sol.

¿Por qué no confesarlo? **Juanela, El Contrabandista, El Padre Eterno,** algunos personajes de **Misericordia,** la misma **Filigrana** y muchos de mis antiguos cuentos de *Los Lunes de El Imparcial,* fueron otros tantos ensayos, no de forma, no de acción; de orden estético y psicológico para venir á este libro, que tiene un interés indudable: el interés que inspira todo cuanto es sorprendido, arrancado á la naturaleza. De la hermosura de la forma, de la profundidad del concepto, de la pureza del estilo, de todo ese andamiaje tan sobado y resobado por nuestros *pozos*

de ciencia, andamiaje sin el cual es imposible una buena obra, no seré yo quien me atreva á hablar. No se estila que un autor hable de sí mismo, como sea para bueno; ahí está *la crítica,* la crítica de este principio de siglo de mis pecados, que hablará bien *de eso,* si es amiga, que hablará mal si es enemiga, ó no hablará, bueno ni malo, si no es enemiga ni amiga. ¡Oh, desdichados los que no han aprendido, entre tantas y tan difíciles ciencias, como hay que aprender para vivir, la ciencia de *cultivar amigos!* ¡Oh, desdichados, doblemente desdichados, los que no aprendieron la de *cultivar enemigos.* No hablaré, pues, de *mi hermosura* de *forma,* no hablaré de *mi profundidad de concepto,* no hablaré de *mi pureza de estilo*, pero de la sinceridad, de la honrada fidelidad con que estas páginas

se escribieron, sí, hablo y hablo con orgullo, aunque la misma crítica y mil diablos me lleven.

Esos señores que sonríen desdeñosamente al ver un libro, si no es un incunable... ó si no lo parece; esos que alzan los hombros y arquean los labios de una manera compasiva, si no ven al pie de cada página una ó dos docenas de citas de escritores más ó menos famosos; esos—y conste que no aludo á los sabios, á los verdaderos sabios, á quienes acato y envidio—cerrarán este volumen como el de los demás autores que se inspiren en el sol, y al sol arranquen los tonos para su paleta. Harán bien en cerrarlo... por nosotros, no por ellos; porque deberían leer nuestros libros, y leyéndolos, aprender á escribir sensaciones propias; á trasladar al papel los sentimientos del alma, engendra-

dos y nacidos al contacto de nuestra retina con los objetos exteriores; á copiar vida y luz, sin infolios, sin incunables, mirando á los hombres de frente y al sol en la altura, el sol que todo lo ilumina, y el hombre que es el gran libro de Dios. Aprenderían, en fin, que lo que ellos llaman desdeñosamente colorismo, no siempre es el mancharrón brutal, de tonos chillones, que ofende y lastima los ojos.

Sevilla famosa es la expresión de sentimientos germinados en mis excursiones solitarias por Sevilla. Al escuchar alguna vez, en la noche silenciosa, el sonido quejumbroso de una guitarra, junto á un bardal cubierto de jaramagos; al oir la copla que sale de improviso, rápida, alegre y dulce, como diamante que choca sobre un mármol, y vibra, y se aleja,

y al fin se pierde; en el rumor de la guitarra, de los palillos, de la risa, del barullo, del fiero jalear de los mozos, cuando salta la mujer con el espolazo de la sangre, entreabiertos los labios, el rostro encendido, el corazón latiéndole con celeridad, y gira, y se dobla, y se revuelve, vértigo en forma de visión, presentimiento de castas melancolías, representando en todo su esplendor y exuberancia la vida, la pasión, el donaire de la mujer andaluza; en el murmullo del río, como vago clamor de los rezos de las iglesias; en los encajes de la mantilla que envuelve el busto gentil de la sevillana, esos encajes como ondas de un mar inmenso de negruras y voluptuosas armonías..., esos encajes por donde asoma el rayo potente de unos ojos que amenazan tempestades horren-

das y locos idilios de los amores de los cielos; en los agudos retruécanos de las *doctoras* corraleras; en las agujas góticas de los techos de la Catedral, recortándose fantásticamente de noche, á la luz de la luna, como dedos rígidos levantados para señalar á Dios; en la buenaventura de la gitana, de pelo azabachado, rostro cobrizo, dientes agudos de chacal y ojos negros, divinos, con dulzuras de ángel y calenturas de leona; en los enamorados que se arrullan á través de las rejas, en las calles solitarias de balconcillos microscópicos, cubiertos de enredaderas y campanillas blancas y azules; en los edificios vetustos, cada uno de los cuales es una página de piedra, donde los siglos, con su buril misterioso, dejaron una historia; en el pueblo que á la sombra de tal influencia vive y cre-

ce, el pueblo poeta y fatalista, alegre y trágico... en sus hombres, en sus mujeres, en sus fiestas, en sus odios, en sus amores, en sus sacrificios; en todo eso, fantástico y espiritual, gigante y avasallador, enérgico y puro, atrevido y loco, deslumbrador y magnífico; en todo eso, y en la tierra que lo está sustentando, y en el cielo que lo cobija, y en el sol que lo alumbra, y en el hálito que le hace palpitar y vivir, en todo eso se inspiró **Sevilla famosa.**

¡Ay de mí! Pero yo presiento, yo sé, debiera asegurar, que escribir de Andalucía, por bello, por dramático, por típico que sea, no es ya suficiente para la inquietud ansiosa, para la constante aspiración de la vida moderna. Necesita el lector otras sensaciones más en consonancia con su estado actual interno, producido por

los graves problemas que nos agobian. Años hace que publico mis libros, con el temor de que se me diga, como yo vengo diciéndomelo, que Andalucía es tema ya bastante manoseado y que los escritores andaluces debiéramos hacer nuestras plumas más útiles. Basta de Andalucía. Por mi parte, con **Sevilla famosa**, y su conclusión **La Real Hembra,** que le sigue, escritas hace tiempo y no llevadas á los escaparates hasta hoy, cerré *todas mis puertas al andalucismo*. En adelante, y si los dioses me son propicios, emplearé mi pluma, modestamente, en empresas, si no más dignas, más prácticas, más útiles al menos á nuestra época, aportando con todas las energías de mi corazón mi *rallito* de luz, que no por ser tan débil será menos sincero, á los difíciles problemas so-

ciales que tan hondamente nos preocupan.

He dicho. Y ahora, lector, ¿quieres empezar?

Martínez Barrionuevo

I

En el que conocerá el lector al gran Borriquita.

¡Oh, Hércules! Tu grandeza es mucha... Ya has vengado á tu padre con el castigo de los Geriones; ya se dió sepultura al gran Osyris. ¡Ya avanzas..., ya avanzas con tus naves por el mar; llegas al Betis...; ya remontas el río, buscando tierra donde fundar el pueblo que soñaste! ¡Donde fundar á Sevilla! Y dices á tu estrellero:

—Será aquí.

—No, no—contesta;—ciudad muy grande habrá aquí, pero no serás tú quien la fundes.

Hércules se apesadumbra. El es-

trellero lo predice: «Un hombre de grandes hechos, más poderoso y honrado que tú, habrá de fundarla.»

Y es que tu grandeza, tu poderío, el empuje de mundos de tu brazo glorioso, los grandes gérmenes creadores de tu aliento de titán, tus potencias ciclópeas, en fin, no fueron suficientes, ¡oh Hércules!, el más temido y admirado de los dioses, para fundar el pueblo famoso que más tarde había de ser patria... del tío Borriquita; del varón ilustre, como no lo han conocido las generaciones pasadas ni presentes, ni lo conocerán las venideras; del alabado, del reverenciado, del famosísimo y á todas horas portentoso tío Borriquita.

El personaje á quien aludo acaba de salir á los Malecones por la puerta de la Barqueta y sigue en dirección del puente de hierro; va pensativo; alguna grave preocupación le tiene absorto; introdúcese por la gran calle abierta en aquel bosque de ála-

mos; las hojas amarillas y blancas cubren el suelo, amontonándose alrededor de los troncos desnudos, aquellos troncos que se retuercen en contracciones extrañas como tropel de bacantes convertidas en esqueletos, al arrollar á sus pies las misteriosas túnicas. Es en una tarde hermosísima de Diciembre.

El gran hombre avanza por aquel suelo alfombrado de hojas; no ve por dónde va; la gran sábana no le marea la vista, con sus irisaciones obscuras ó grises, es decir, del color casi de tierra, como lo que de la tierra salió y á la tierra ha vuelto; no ve aquellos troncos inclinados, en igual dirección, por las avenidas del río, como ejército que se echa hacia adelante, creyendo hacer así menos penosa la marcha; no ve los dibujos que ilustran las cortezas de los álamos, nombres de amantes desconocidos, horas de misteriosas citas, fechas de extraños y ocultos sucesos,

jeroglíficos inexplicables de manos anónimas; no ve las ramas desnudas del arbolado, fundiéndose en tupida red y recortándose en el cielo gris, como millones de manos y brazos que se enlazan solemnemente en juramento misterioso.

Declinó ya la tarde, va anocheciendo, pero las sombras, poco pronunciadas aún, permiten ver el rostro del tío Borriquita, y hasta permitirían ver á un observador, si se fijase, la preocupación de que es presa el muy esclarecido hombre. Está meditabundo; nótase inmediatamente, en la expresión singular de aquel rostro pasado ya por el tiempo, en sus ojos vivarachos y chiquitines, cuya mirada inclina ahora, en su andar indeciso, y hasta en el movimiento casi invisible de su cabeza, de cabellos blancos, que parece asentir á no sabe qué ideas ocultas.

Nada ve el tío Borriquita y sigue su camino en abstracción muy gran-

de; deja atrás el puente de hierro, lo deja atrás y avanza por la misma orilla del río, pisando juncias, como rey victorioso; los mimbres de la ribera se inclinan gallardamente sobre el ilustre hombre, formándole dosel hermoso, y el río deslízase á su derecha como gigante vencido que se arrastra á sus pies. Allá va el tío Borriquita; allá va con sus sesenta abriles, con su cabeza blanca, con sus ojillos de pupilas negras que resplandecen como abalorios, con su carilla de arrugas que se multiplican, se confunden, se pierden, como tierra blandota, por donde anduvo con el arado yunta sin gañán; allá va un poco temblón, sí, un poco encorvado; pero el tiempo no consiguió vencerle aún en la gran partida. No le es posible al tío Borriquita levantar dos adarmes del suelo, pero se lleva todavía él á sí mismo, con cierto garbo que no dice mal á su personilla enclenque, esa personilla que se ornamenta, y lo digo así para

más respeto, con un sombrerucho atroz por su vejez, cuyas alas caen hacia abajo con aterradora laxitud; camisón cuyo cuello se abrocha con dos botones de china; marsellés que parece hecho de retazos, según los remiendos con que se honra; faja de color que nadie definiría; pantalón con más remiendos que el marsellés, y del calzado... ¡ah!, del calzado nada puedo deciros; por más que hice no logré hallar noticia clara de si el tío Borriquita usó alpargatas ó zapatos, ni en qué estado de conservación se encontraría generalmente el calzado de este gran viejo.

Detúvose de pronto el tío Borriquita; miró como un inspirado hacia el fondo, allá, donde los reflejos de las primeras luces de los faroles se hundían en la masa obscura del río como puñales de fuego; llevó sus manos á la altura de la nariz; fijó en ellas atentamente los ojillos de párpados hinchados; enarcó las cejas

grises, que parecían entonces púas de puerco espín, y terminando con ayuda de los dedos algún gravísimo cálculo de aritmética, exclamó muy alegre:

—¡Ya salió! ¡Ya salió! *¡Catorse rale* y medio!

Avanza después con más decisión y llega al *Barranco:* todo está solo, ni embarcaciones, ni gente; los reverberos lucen, pero la tarde no murió aún; es el minuto misterioso en que la luz se confunde con la sombra; ese instante del crepúsculo solemne y dulce, en las tardes de invierno de Andalucía, sin calor, sin frío, vagas, indefinibles; se ve el puente de Triana, el ángulo que forma con el caserío de la derecha, la nota blanca de la fachada, los huequecillos negros, como órbitas sin luz, de balcones y ventanales microscópicos; las torrecillas y los tejados en silueta accidentada, desigual, abigarradísima; la torre de la capilla del Carmen,

como una mancha negra; las luces de los reverberos del puente, como mariposas doradas, inmóviles sobre el río, cual si quisieran indagar en su fondo la significación de aquellas temblorosas líneas de fuego en que las aguas las reflejan, como reflejan todo lo demás, invertido, desconcertado, confuso, con penumbras fantásticas y claridades inconcebibles, como aquel cielo de transparencias dulces, y como los árboles, en fin, de la orilla, cuyos troncos y cuyas ramas sin hojas dóblanse y se retuercen en uno y otro sentido, fingiéndose á la imaginación extática inmensas manos de muertos que quisieran coger todo aquel cuadro melancólico de maravillas que se hunde de pronto en el abismo de la noche.

Torció un poco á la izquierda el tío Borriquita; subió después hacia la embocadura del puente, y absorto en sus meditaciones, se sentó en el tubo de madera, estuche singular de aquel

otro tubo de hierro que lleva las aguas á Triana, canapé popularísimo de pobretes y desocupados, y estorbo también, para que nada se me olvide, del pacífico transeunte.

Allí continúa, en sus cábalas misteriosas, mirando á menudo hacia la izquierda, como si de allí esperase ver brotar los genios invisibles que inspiran su numen, acariciándolo con soplo sutil saturado del olor de los *tarajes* que bordan las orillas del río.

Había entrado la noche, aunque no eran las seis aún. Parecía entonces que los transeuntes aumentaban, cruzándose por igual en dirección de Triana ó de Sevilla. Poco á poco, los que iban á la ciudad fueron menos; se notó después que casi todos los transeuntes eran mujeres avanzando sin cesar hacia Triana, por allí, por la acera de la izquierda, donde el ilustre personaje seguía embebido en sus meditaciones.

Allá iban las mujeres, en grupos

bulliciosos. Había llovido antes, y el suelo estaba sucio del pisar continuo; pero ellas, con subirse la falda y sujetársela á la cintura para que no tocase ni por soñación en el suelo, salían del apuro. ¡Cuánta mujer! Claro es que un forastero hubiese hallado difícil la explicación; pero todo el mundo sabe en Sevilla que á esa hora pasan por el puente las cigarreras vecinas de Triana, que concluyeron ya su trabajo; y estoy por decir que en Triana viven más cigarreras que en todos los barrios de Sevilla juntos.

Pero ¿qué tiene que ver el varón ilustre de mi historia con las cigarreras de Sevilla? Él sigue en sus cábalas, dejando pasar aquellos grupos de mujeres. ¡Allá van las cigarreras de Sevilla... es decir, no, las de Triana! De aquellos cerebros salen, al pasar, agudezas y donaires que parecen rayos de luz brotados del fondo del mismo río.

Aquella es la andaluza de raza, en las facciones, en los ojos, en el andar, en el gesto, en la frase... La cigarrera de Sevilla se ha modernizado también, pero no importa; bajo su vestido, que cae en pliegues sobre la punta del pie diminuto, y bajo el mantón, que la cubre toda, como queriendo, loco de rabia, hacerla desaparecer para siempre, destácase la andaluza del pueblo, como en mitad de una noche obscura de estío sábese en Sevilla que estamos cerca de una plaza, por el perfume de azahar que llena el corazón.

Allá van, desenvueltas, graciosas, con una palabrota para éste, con un donaire para aquél, de mal humor algunas, como tempestad para cuyo primer estallido falta poco; y todas esbeltas, briosas, con la falda recogida para más pulcritud, aunque la pulcritud y el recato anden por esto, un si es no, á bofetada limpia; el mantón ceñido, la cabeza al aire, mal prendi-

da con el trajín del día la mataza de pelo, y delante del moño su flor correspondiente, como pedazo de cielo azul en una noche de tormenta.

II

Del feliz encuentro que tuvo el gran Borriquita, y otros detalles de mucha transcendencia para el lector.

Fué cerrando la noche con lánguida pereza, como bacante que une los párpados lentamente cansada ya del festín. ¡La noche! ¿Y qué le importaba la noche al tío Borriquita? ¿Qué le importaba desde el momento en que pudo encontrar su imaginación aquella fuente de misteriosa luz, cuando terminó sus cábalas con la memoria... y con los dedos?

—¡*Catorse, catorse* y *er* pico!—repetía.

No eran un secreto para muchas personas del barrio las ideas que

preocupaban al tío Borriquita. Su corazón noble, incapaz de doblez, transparentábase, cual una de aquellas finísimas hojas de oro que se hundían en la masa negra del río, al hablar á cualquier amigo ó compadre de su problema inmenso.

En la bajada de Altozano sintió de repente un golpecito en un hombro; volvió la cabeza con cierto desdén, como si le extrañase que existiera un mortal osado hasta el punto de atreverse á interrumpirle; tropezó la mirada de sus ojillos brillantes con una cara de mujer, blanca, juvenil, alegre símbolo de pasión y vida, y unos ojos negros de mirada luminosa también, que inundaron al glorioso varón en divinos esplendores, animándole y rejuveneciéndole.

—¡Hola, tío Borriquita!

—Dios te guarde, María Dolores.

El tío Borriquita se encogió de hombros, y prosiguió, con un noble gesto de amargura:

—*Po* lo que es yo... *¡Empleita!*

Lanzó un suspiro y no habló más. La muchacha se echó á reir sin contestarle, y anduvieron juntos... Sí, era una muchacha: tendría diecisiete años... ¡Quizá no los cumplió! Su cutis era muy blanco, su pelo y sus ojos muy negros; era espigadilla, pero flacucha; algo misterioso parecía atormentar aquel organismo. ¿Sería hambre? El atavío era modesto, pero muy decente. El mantoncito gris, la falda de percal limpísima, con volantes muy bajos, las botinas, los pendientes, todo era pobre, pero todo, y aun la mozuela misma, emanaba no sé qué aroma tranquilizador, alejando la idea de que las flagelaciones que parecían atormentar aquel cuerpo gracioso fuesen de hambre.

Efectivamente, quien sabía eso bien era el tío Borriquita; el tío Borriquita y el tío Berrinche eran amigotes desde la infancia; los dos sirvieron al rey juntos; los dos vol-

vieron á Sevilla juntos; los dos se casaron casi á la vez; el tío Berrinche tuvo un hijo; el hijo se casó también en sazón oportuna, y de este matrimonio nació la muchacha; murieron los padres y el tío Berrinche quedó con su nieta. ¡Ah! El tío Borriquita no tuvo sucesores que perpetuaran su ilustre sangre. Enviudó cuando la suerte lo quiso; pasaron años, y siguió solo en el mundo, con su gran problema, del que muy en breve el lector amable tendrá noticia, si, por desgracia, no se oponen los adversos hados.

El tío Berrinche era herrero y lo pasaba bien. Hubo un tiempo en que María Dolores fué florera, tuvo el puesto en la Encarnación, y allí estaba siempre rodeada de flores, como una Virgen en su altarillo. Sólo le faltaban las luces.

Su gentil apostura, su seriedad, atraían al comprador... Pero dejó el oficio; cigarrera tampoco quiso ser.

Además, el tío Berrinche trabajaba mucho; tenía ahorros bastantes... ¡Era el abuelo tan buenazo! Se quedó, pues, en la casa al cuidado del abuelito, risueña, feliz, con una sola nube que la pudiera turbar: el recuerdo de Paquiro.

Caminaron juntos la muchacha y el viejo; el tío Borriquita, ensimismado otra vez, sin cuidarse ya de la graciosa compañera, y hablando ella sin cesar; parecía su charla un delicioso gorjeo.

Como el viejo no le respondía, María Dolores exclamó impaciente:

—Pero, abuelito, ¿está usted mudo?

Él se encogió de hombros y dijo con melancolía:

—¿Yo? *¡Empleita!*

Era la frase..., la gran frase constante del tío Borriquita, su estribillo, su canturreo, su comentario á todo, el punto sombrío, en fin, de su existencia... ¡Crueles hados! ¡El tío Bo-

rriquita no estuvo jamás contento de su suerte! Tenía que hacer pleita—empleita, como decía él, con esa libertad de expresión que se permiten algunos grandes hombres;—tenía que hacer pleita, digo, desde el amanecer hasta la noche, y durante la noche muchas veces, para ganar el sustento... ¡Y él había nacido de seguro para más altos fines! No era al trabajo, no, á lo que él le temblaba. ¿Quién? ¿El tío Borriquita? ¡Nunca! Pero no era tampoco en hacer pleita en lo que quería emplear los instantes preciosos de su vida. Comprendíalo cualquiera desde luego al oirle protestar; era una protesta la suya sobria en palabras, sí, pero del más alto ejemplo de energía; como se le hablase, fuese lo que fuese, insulso ó de interés, interrogándole ó exponiéndole, en sentido de afirmación ó de duda, siempre tenía la misma frase que responder, plegando los labios con amargura desdeñosa y encogiéndose de hombros.

—*Po* lo que es yo... *¡Empleita!*

Y en sus momentos de expansión, añadía suspirando:

—¡Ay, quién tuviera una burra!

Poseer una burra: ese era el sueño, el delirio, la ilusión constante, el frenesí del tío Borriquita; de aquí su fama, de aquí su celebridad, de aquí, por último, el apodo con que le llegó á conocer la historia. ¡Y el tío Borriquita estaba juntando para una burra!—¿Lo entendéis bien? Había reunido ya *catorse rale y er pico*.

¿Y para qué quería la burra el tío Borriquita?

Problema sin segundo, indescifrable aún para ti, lector; pero muy pronto los velos encantados que te separan de la verdad misteriosa caerán á tus pies, llenándote de rara luz.

Iba el viejecito callado, como si fuera solo, y ella, mareándole con su charloteo, recogiéndose el vestido graciosamente alguna vez para saltar un charco, y desatándose enton-

ces en denuestos contra los padrotes del municipio: «¡Habrá sucios! ¡Lo abandonado que lo tenían todo!»

El tío Borriquita preguntó de repente, dignándose salir de su abstracción:

—*¿Y ónde va jahora?*

—Al Cuartelillo.

—*Po* vamos *junto,* que yo *tamié* voy.

Tosió al acabar de un modo que hizo contraer la cara de la chiquilla con furtivo gesto de mal humor, y preguntó afablemente:

—¿Y á qué va *jal Cuarteliyo?*

—A ver á la Reonda.

Al tío Borriquita le pareció la respuesta muy precipitada, así, como de quien responde lo primero que se le ocurre á un curioso indiscreto para salir del paso y que no moleste más. Fuera lo que fuera, el tío Borriquita habló de otro asunto...

—Oye, y de Pepiya la Rinconá, ¿se sabe algo?

La muchacha, al oir esta pregunta, enrojeció como si le fuera á saltar la sangre y detuvo de pronto su palabrería. Se detuvo ella también, como había detenido su discurso, y dijo adustamente:

—¿Y por qué me hizo usted esa pregunta, hijo?

—Por *ná;* déjame.

Y le dejó: no repitió la pregunta, y el viejo tampoco quiso insistir en la que antes la había dirigido. La muchacha no habló más; comenzaron á dar vueltas en su mente no sé qué mundos, que la hicieron olvidarse de los ediles de Sevilla, de los barrizales de las callejuelas y hasta de que estaban llenándose de barro sus botinas y el borde de su vestido y la punta de randa de sus enaguas. «¡El malicioso del viejo! ¿Por qué le hizo aquella pregunta? Siempre creyó ella que el tío Borriquita era un camastrón, que hasta allí. ¡Pepa la de la Rinconá!... ¿Y qué sabía ella de Pepa la

de la Rinconá, ni qué tuvo que ver nunca con Pepa la de la Rinconá? ¡Cada una por su camino, y Dios por el de todos! Verdad era que Pepa tenía sus más y sus menos con Paquiro... Y eso lo sabía María Dolores muy bien, porque se lo dijo Canana, el del corral de la Mosca; y se lo dijo Mecha, á quien ya no podía aguantar y de quien ya no se sabía defender; y se lo dijeron María de la O, y la Facunda y la Rocío y, en fin, que estaba aquello á *chavo* y á cuarto, y lo sabía todo el mundo y hasta ella, ella misma lo vió muchas veces. Pero ya se ve; ella era una chiquilla sin mundo, que en cuanto la miraba Paquiro se ponía como muerta y ya no acertaba ni con lo que tenía que pensar ni con lo que tenía que decir, cayéndose, como quien dice, del temblor que la cogía por todo el cuerpo. ¡Y los apuros que ella tenía que pasar para disimularlo, madrecita de la O! Además, eso no lo negaba María Do-

lores. ¿Dónde iba ella por los andares y la cintura y los rejos de Pepa la de la Rinconá? ¿Y aquella sonrisa que mareaba á los hombres y los volvía locos, como le pasó á Paquiro?...»

—Buenas noches, tío Borriquita—gruñó la muchacha en tono adusto, metiéndose delante del viejo en un gran patio irregular.—Se dirigió á un postiguillo de la izquierda. Estaba cerrado.

—¡Felipa!... ¡Felipa!—dijo,—y llamaba á la puerta.

—¡Yaaa!—contestaron dentro.—Se abrió el postigo, entró María Dolores y cerró. El tío Borriquita, cuando la muchacha le dió las buenas noches, se detuvo en el patio, viéndola alejarse, como con temor de haberla ofendido. Echó á andar luego hacia otra puertecilla próxima, y exclamó encogiéndose de hombros:

—*Po* lo que es yo... *¡Empleita!*

III

El Cuartelillo

No es el *Cuartelillo* un corral como el de la *Mosca,* ni como el *Verde,* ni como el de *Esquivel;* sin embargo, viendo el *Cuartelillo,* sin detención, sin análisis, es un corral idéntico á los muchos que encontrará el curioso en Triana. El *Cuartelillo* tiene su sello especial, y conviene decirlo ahora: en los corrales sevillanos podréis estudiar tipos tal vez, podréis estudiar caracteres, pero costumbres no. De las costumbres va quedando en las capitales andaluzas el recuerdo solamente... no, ni el recuerdo; es otra cosa, es un perfume extraño, especial, singularísimo, que el alma no se

explica, pero que lo absorbe, se satura, se hinche de él. La electricidad está concluyendo con todo, hasta con la tradición, lo más arraigado que en los pueblos andaluces hay; más arraigado aún que la Historia... Y eso de que en Andalucía se haya respetado siempre la tradición más que la Historia, no es tampoco falta terrible, habiendo sido la tradición, al fin, moza gallarda en su tiempo, á la cual adeuda la Historia la sangre rica y el vigor inmenso que hoy tiene.

¡La tradición! He ahí el misterioso perfume de que antes os hablé. La tradición es como un muerto querido á quien lloramos aún, porque nos parece que su alma flota todavía alrededor nuestro; los ojos de amor con que le contemplamos, nos hace creer en ocasiones que lo vemos realmente, como si todavía tuviéramos su imagen clavada en la retina; pero la amarga verdad existe. ¡Murió! El espíritu del

muerto va dejando de girar junto á nosotros; la imagen se borra, el alma se aleja, el perfume se pierde. Hablemos, pues, de lugares, hablemos de tipos, hablemos de caracteres, y hasta de costumbres hablemos también, pero como una emanación lógica de todo lo anterior.

La puerta del *Cuartelillo,* la principal, por donde entraron María Dolores y el gran Borriquita, es anchota y destartalada; da acceso á un callejón, techado al principio, con escalones cuando menos se esperan, por ser cuando menos falta hacen, y puertecillas á un lado y á otro; luego siguen las paredes enjalbegadas de cal, pero no me pidáis juramento de que la blancura de las paredes, con cal y todo, sea perfecta; siguen las puertecillas, ornamentadas con un gran festón azul y señaladas con números en azulejos, empotrados en la pared, junto á cada una de las puertas; sobre algunas, un latón abollado,

de tal modo, que puede estar alguien un momento pensativo hasta caer en que es aquello una canal, pero canal del ancho de la puerta solamente; en los días de lluvia recoge esta gárgola originalísima, de dobles fauces, el agua de aquel trozo de tejado, la escupe por las dos puntas, y los chorrillos de las tejas no caen así delante del hueco. Á la derecha, el pozo, con su brocal anchísimo, tendederos con ropa secándose, y la nota nuevecita del corredor, sobre cuatro anchas arcadas; allá, al fondo, puertas otra vez, tejados bajitos sobre las mismas puertas, pérmitiendo ver aún los otros tejados y las torrecillas de una parte del convento de San Jacinto; y recortándose duramente sobre este fondo y el del cielo las siluetas de unos álamos que deben crecer allí por milagroso don. Rodeando siempre la parte que podríamos llamar la superior, la restaurada, la nueva,—porque hasta el suelo es enladrillado,—se da con la

otra entrada; y en todas partes, en los quicios de las puertas, en lo interior de las habitaciones, más ó menos limpias, pero pobres todas, más que pobres, miserables, terribles algunas; en el corredor, en el lavadero, en la parte arrecifada, con charcos y barrizales cuando llueve, que es un gusto; en las esquinas de aquellos paredones sin alinear, por el suelo, en dondequiera que uno fije la vista, encuéntrase algo extraño, extravagante, abigarradísimo; mujeres en refajo, que lavan, que canturrean, que riñen, que murmuran, chiquillos que corren y gritan; perros que ladran ó duermen al sol; mozuelos en grupo, montón informe que juega á las cartas tumbado por tierra; viejos silenciosos, cada uno de los cuales es una obra de estudio para un pintor que quiera verdaderamente alcanzar renombre; viejas que se peinan unas á otras, ó se espulgan, ó cuchichean no sé qué diálogos misteriosos; chiquillas sucias, harapo-

sas, encanijadas, pero revelando ya al través de la suciedad, de los harapos y del encanijamiento, pasiones que se presienten en sus hermosísimos ojazos de fiera y en su cara flacucha, transformaciones próximas, como la de esos capullos de flores salvajes que estallan de pronto. Delante de una puerta, una mujer arreglando su guisote, en cuclillas junto á un anafe; delante de otra, una matrona de imposible descripción, que amamanta á su rey; en el umbral de ésta, unos chiquillos que se agrupan contando cuentos; sentadas en el brocal del pozo, dos mozolejillas, dos de aquellos capullos de flores que ya estallaron, y ya se abrieron y ya son otras, es decir, ya son mujeres hechas y derechas, garridas, briosas, dentro de su misma complexión fina, con el antes encrespadísimo pelo, apaciguado, vencido, domado, alisado, sujeto, en fin, con su moño famoso, y delante del moño, ya lo supondréis, la flor consabida, pero

puesta allí con un arte, que ni el mismo diablo es capaz de inventar con toda su mala intención y toda su retrechería; y en ésta, en aquélla, en cualquier parte, para terminar, ó en medio del patio, ó en donde primero se ofrece, machos y hembras que gritan y cantan á lo mejor y tocan las palmas y se ponen en bailoteo, porque ya se sabe, la fiesta brota en el corral de Sevilla de repente, como la carcajada de un loco.

IV

La prole de la Reonda y el cuento de Felipa

Dirigíase á su cuarto el tío Borriquita, repitiendo su conclusión famosa; pero se detuvo, como si hubiese cambiado de parecer, y volvió atrás; aproximóse á la puerta por donde María Dolores se introdujo y aplicó un ojo, de aquellos vivarachines, al ojo de la cerradura. ¡Oh, qué cuadro! La Reonda está allí; conócese que es ella, por su cuerpo anchote; parece una pelota... La Reonda es una gitana gordísima, cestillera de profesión, muy notable en Triana. Trabaja para mantener á seis hijos; es viuda, ó casi viuda; su

ilustre consorte, el gran Alcuza, está en Ceuta desde hace pocos meses para asuntos graves que no son de este lugar. Siempre veréis á la Reonda repantigada en el suelo sucio del cuartillo en que habita, sin hablar, sin levantar los ojos, sin volver la cabeza, manejando sus mimbres con un brío inexplicable en aquellos dedazos, que parecen de plomo, caído el pelo y en maraña, como si jamás hubiera entrado en él un peine, y los gordos labios, caídos también y temblándole como al impulso de invisibles, misteriosos resortes, con el movimiento acompasado de sus grandes manoplas. Para ella no hay hijos ni hogar; para ella no hay otro mundo ni otra vida que hacer cestos; los cestos son más necesarios á su vida que la bazofia miserable con que se alimenta; trabaja en su labor nobilísima, no por comer ni porque sus hijos coman, sino por trabajar; sin sus hijos, sin la precisión de llenar

su estómago de tarde en tarde, también trabajaría... ¡Oh, hacer cestos!... Felipa vende los cestos...

Felipa es el mayor de los hijos, y la única hembra. Tiene quince años y es negrucha, bizquilla, graciosa, muy gentil, con una gracia para enjaretar cuentos y refranes, que no la hallaréis igual en Triana, ni en la Macarena, ni en todos los barrios juntos de Sevilla la famosa.

No hay en la sala un cuadro ni un mueble. La Reonda llena la mitad con su cuerpo; la otra mitad está invadida por una legión de chiquillos negros también, andrajosos, descalzos... Es la prole restante de la Reonda.

La Reonda en el suelo, como de costumbre, tiene una canasta á medio hacer junto á sí; Felipa le ayuda en su labor; Tranquita, el hijo segundo, de siete años—porque entre el nacimiento de Felipa y Tranquita hubo una gran tregua, en la labor

fecunda de la Reonda, por otra larga visita que el ilustre Alcuza tuvo que hacer á Ceuta,—el hijo segundo, digo, aproxima el mimbre; Rebuzno, el hijo tercero, lo pone cerca de la Reonda y Felipa. Otros dos gitanillos, Moro y Maaleno, esto es, el cuarto y el quinto, pequeñines, redondos, sucios también, muy sucios, para que nada tenga que decirse del honor de la familia, contemplan absortos la faena. Cascajito, el sexto, de once meses, chilla tendido en un rincón. Un candil, pendiente del techo por una tomiza, alumbra la escena.

No vió el tío Borriquita á María Dolores, pero oyó perfectamente la voz del Rebuzno, que gritaba:

—¡Amá Reonda! ¡Er cuento der Tantarantán!

Tranquita gritó también:

—¡Er cuento! ¡Amá Reonda, er cuento!

Y todos á la vez:

—¡Er cuento! ¡Er cuento! Que lo cuente Felipa.

Como no les hicieran caso, fué aquello entonces un concertante de mil demonios. La Reonda, que tenía malas pulgas, dió un cachete á Rebuzno, haciéndole rodar por el suelo. La algazara fué inmensa. Felipa dispúsose, tosiendo con gravedad, mientras se iba calmando el tumulto; calláronse los muchachos y empezó Felipa este cuento, que yo encontré en mis apuntes y del cual hago copia, para pasmo y satisfacción de los nacidos:

«Po zeñó; esta era una cabrita que tenía cuatro hijito: vivía la cabra en una choza en er campo; toa las tardes salía la cabra á buscá la comiita y la leña, y á la noche, ar gorbé, llamaba, isiendo:

«Abrí, hijito, abrí, que traigo leche en miz teta, agua en miz cozneta y un jasesito leña pa que sos calentei.»

«Po vamo, ja que, la cabrita, tenía un luná branco en una pata; y asomaba la pata po ebajo la puerta la choza, pa que los chivito la esconocieran.»

«Po señó, que había po aqueyo sitio un Tantarantán que tenía mucha gana e comese á los probetico chivo. Lo chivito, los probe, atrancaban la puerta y no poía entrá, y se contentaba con pasá y cruzá po ayí, isiendo con unas vose mu grandísima:»

«¡Yo soy er Tantarantán de los Tatarantane, ca traviesa los monte ji los cañaverale!»

«Po hijo, que vamo ja cun día, er Tantarantán, que era mu piyo, ¿qué va y jase? Jué y sa marró un trapo branco en una pata pa que paesiera er luná y se jué pa la choza; asomó la pata po ebajo la puerta, y poniendo una vó mu finita er mu tunante, pa que lo chivo creyeran que era la cabra, ijo iseee...»

«Abrí, hijito, abrí, que traigo leche en miz teta, agua en miz cozneta y un jasesito leña pa que sos calentei.»

«Pero lo chivo, los probe, lo esconocieron y se yenaro ne mieo y ¿qué va ni jasen? Uno se esconde etrá la orsa, otro etrá er lebriyo, otro ebajo la siyeta... Y er Tantarantán, viendo que naide abría, pegó una patá en la puerta y la jiso porvo. Lo chivo jestaban muerto e mieo. E nesto viene la cabrita y ve la puerta echá abajo; arranca á yorá ¿y qué va y jase? Se jué corriendo an cá la comare jormiga y le cuenta lo que pasa. La comare jormiga, ijo iseeé...»

«No tengasté cudiao, comare cabra, que yo echaré e la choza ar Tantarantán.»

«Po zeñó, que la comare jormiguita se va cayandito, mu cayandito, sin que naide la vea, se sube po en drento los carsones der Tantarantán y asina que yega á lo arto, ¿qué

va y jase? Se la agarra ar culo, y empiesa pica que te pica y surra ques tarde, jasta que tuvo que salí juyendo, y ya se quearon ta nalegre; y sa cabó mi cuento con pá ni pimiento, y mijiya e pan pa mañana almosá.»

Nada quiero decir en esta ocasión del alborozo que produjo en la prole de la Reonda el cuento del Tantarantán. Mientras duró el cuento, estuvo el tío Borriquita escudriñando por el ojo de la cerradura; veía á Felipa, á la gitanaza, á los gitanillos, pero á María Dolores, no.

Una observación hizo: Felipa, sin dejar de la lengua su cuento, miraba á menudo hacia un ángulo de la habitación; María Dolores estaría allí; era imposible verla por el ojo de la cerradura; cuando Felipa acabó el cuento, dijo, mirando siempre al rincón que por el ojo de la cerradura no se veía:

—¡Pero, mujé, arrímate un poco y

no lo tomes tan á pecho, que la cosa no es pa tanto!

María Dolores se aproximó con un banquillo cojo, en el que estuvo sentada sin duda; pero al sentarse, como si el eco solamente de las palabras de Felipa hubiese sido piedra terrible de toque para hacer estallar no se sabe qué sentimientos profundos, se tapó la cara con un pico del mantón y rompió en sollozos.

Felipa fijó con ternura los grandes ojazos en la cabeza de María Dolores, y á los convulsos estremecimientos de la muchacha, la luz moribunda del candil reverberaba en su flor, en su peina, en su cabello lustroso, arrancándole relámpagos, aunque no tan brillantes como aquel de los cariñosos ojazos de Felipa la cestera.

V

Donde se trata de cierta peligrosa lucha habida entre la justicia y unos ladrones

Se levantó Felipa al fin, lió á su busto escuálido un mantón indefinible, cuyos dos picos se apuntó en las caderas, cogió á Tranquita de una mano, á Rebuzno de otra, dejó que los demás se agarrasen á su falda, y dijo á María Dolores:

—¿Vienes, tú?

No pudo ver María Dolores la mirada de Felipa, pero le pesó, así, como si la hubiese sentido sobre ella; comprendió también que era ella á quien Felipa se dirigía, y levantándose prontamente, exclamó, dejando de llorar:

—Sí, sí que voy también.

—¿Y *onde* vas tú?—preguntó la Reonda á Felipa.

—A contar los frailes, que me han dicho que falta uno.—Así contestó Felipa, muy displicente y con un singular torcimiento de hocicos, propio de ella. La Reonda quedó sin duda convencida con esta contestación respetuosa y clara, porque no despegó los labios y siguió dale que le darás en su noble tarea.

Salió Felipa, salieron los gitanillos, salió María Dolores; María Dolores y Felipa detuviéronse en una rinconada del patio. Había salido la luna, pero el lugar donde las dos se detuvieron guardábalo la sombra de la pared. Empezaron á cuchichear y abstrajéronse de tal modo, que no pudo fijarse la gitana en la desaparición de Tranquita y Rebuzno. Se habían alejado los dos sigilosamente, y fueron llamando en algunas puertas del corral; parecía el golpe que

daban en cada puerta una invocación misteriosa. Iban saliendo chiquillos de aquí y de allí. La noche era magnífica; la luna lo iluminaba todo fantásticamente; aquellos seres chiquitines, haraposos, vivarachos, bullangueros, semejaban entonces fantástica legión abortada en el corral por los genios de la noche. Aumentó el bullicio á medida que fué aumentando el número; gritaban, saltaban, aullaban, corrían, daban vueltas en corro y echábanse zancadillas... Aquí llora uno; allí *se mientan la mare* otros; en otro lugar, un grupo rodea á dos gladiadores que se hacen pedazos con dientes y uñas; una madre grita por un ventanucho:—¡Fultanitooo...!—Otra, asomándose á un barandal:—¡Menganitooo...!

Hubo un instante en que aumentó el alboroto bárbaramente. Discutíase la clase de juego que comenzarían. Se optó por el juego de los ladrones. Se *echó china,* y el primero que *se*

salió pegó un grito agudo de placer, y tuvo que dar unas cuantas volteretas para calmarse. Se apartó después de los otros, que siguieron echando china. Algunos armaban *jarana* y fué preciso echar china dos ó tres veces para ellos. El que se salió primero y dió el grito y las volteretas y se apartó de los otros, habíase alzado cuanto pudo sobre las puntas de los pies; alzó también un brazo, cerró un puño á excepción del dedo meñique, y mostrando el dedo gritaba:

Poyito, Poyito,
er que se sarga
que se agarre á este arbolito.

Ibanse cogiendo allí los otros dedos privilegiados, hasta que quedó el último infante con la china. Se habían salido todos; pero era preciso echar china otra vez para el capitán, puesto envidiadísimo; *el que se quedó* era la *Justicia*. La misma maniobra

hubo que hacer hasta que salió el capitán. Quedó la *Justicia* sola, vuelta de espaldas, para no ver lo que los ladrones hicieran; fuéronse los ladrones con el capitán. Se iban escondiendo, como los chivitos de la *comare* cabra, por todas partes, detrás de las orzas, detrás de los lebrillos, hasta por encima de los tejados—y Dios sabría cómo se encaramaban en ellos —todo bajo la dirección, como supondréis, del capitán. Cuando estuvieron escondidos, gritó el capitán de pronto á la *Justicia:*

—¡Yaaa!

Era aviso de que la *Justicia* podía empezar á ejercer su grave misión, buscando á los delincuentes. Iban juntos la *Justicia* y el capitán. El capitán gritaba de vez en cuando, con voz quo se metía en los oídos como una aguja:

—*¡Hilóoo... verdeee!*

Y la *Justicia* tenía que contestar en el mismo tono:

—*¡Hilóoo... encarnao!*

Entonces venía la réplica del capitán, refocilándose porque la *Justicia* no encontraba á los suyos, y su grito era acompasado, lento, para que llegase bien á los que estaban escondidos; un sonete especial, que tenía algo de quejumbroso, y cuyo eco perdíase como el último suspiro de una singularísima y extraña nota:

—*¡Quietecitooo mi ganao!*

Era un aviso á los ladrones para que ninguno se moviese.

Cuando la *Justicia* hallábase lejos de los que estaban escondidos, á su grito de *hilo encarnao* replicaba entonces el capitán, en un alarido frenético:

—*¡Que salga mi ganao!*

Y todos salían en carrera precipitada, dando voces, traspiés, batacazos. A veces era cogido uno por la *Justicia* antes de llegar al *puesto*. El criminal cogido tenía que hacer de *Justicia* entonces, y otra vez á lo

mismo, en algarabía infernal, sin cuidarse de María Dolores ni de Felipa... de Felipa, que había cogido la hebra, como la *Justicia* cogió al ladrón, y estaba encajando á la nieta del tío Berrinche un discurso, cuya fiel reproducción encontraréis en el capítulo que sigue.

VI

De los sanos consejos que María Dolores obtuvo de Felipa

He aquí el discurso pronunciado con gran expresión, en voz baja, muy baja, pero que caía como chorro de fuego en el corazón de María Dolores:

«Pues tira por donde quieras, que yo no puedo más; á quien el cielo se la dé que San Pedro se la bendiga; con que le peguen fuego á Mecha y con que se lo peguen á Pepilla la Rinconá y con que se lo peguen á Paquiro, ya estoy yo fuera de cacho... Y no quieras callarme tú, que á mí no me calla nadie... No me callo porque no me da la gana. Y á Paqui-

ro también. ¿Te has enterao? Yo te quiero á ti, porque eres muy completa, eso, y porque me quieres tú; y porque algunas veces, el dinero de tu casa no fué pa el tío Berrinche, que fué pa la Reonda... y pa que comieran los chorrelillos... Y á mí que no me digan. ¿Ves tú? Ya estoy con el corazón en el gaznate, como si tuviera aquí una ruea de molino atravesá; pero una ruea de las más gordas. Y esto, na más que porque me vuelvo tarumba pensando en lo chorrelillos; porque yo soy como si fuera su madre. ¡Si no fuera por mí!... Bueno. Pero tú, ná, ni que yo te diga ni que no te diga: ¡consumiéndote, que te estás queando como una pavesa! ¿Se fué Pepilla la Rinconá? ¡Pues mardita sea el demonio, bendita Dios vaya! ¿Se fué Paquiro tras ella? ¡Que se lleve el demonio también á Paquiro! Por supuesto: Paquiro está echándoselas de gran señor, y es menester que tú sepas que abriles y señores

tos son traidores. Anda, tonta, que tú eres primero que nadie. Échate por otra verea, que pa ti lo harás. ¡Si es lo que yo digo: detente bruto, que primero es San Canuto! Y la bruta lo serás tú si no miras por ti. ¡Jesús, hija; si estás despampanándote del aperreo en que vives! Yo te lo digo, y mira tú que con los ojazos que yo me traje de las entrañitas de la Reonda, á mí no me la dan: Paquiro no va tanto an cá Pepilla; Paquiro viene otra vez aquí; Paquiro habla otra vez con la gente... Y eso es buena señal; el gancho de Pepilla no tiene ya tanta punta. Se sale la carne, María Dolores. Y lo que yo te digo; que Pepilla está que brama... Y Mecha, de pensar que Paquiro se arrime otra vez á ti, más bramante otavía. Tú alerta... Eso dicen... Y cuando truena la cuba de Rota, el agua viene que trota. ¡Mucho ojo! El que ha de arañar que no vuelva la cara atrás. Agárrate al consejo que

más vale cagarruta de oveja que bendición de obispo... Y piensa, pa acabar, en lo que parló Querensiosa, no hase mucho, cuando te echó las cartas en el patio de las Gurupitas, que por más seña estaban allí las dos, detrasito de ti, escuchándolo: «Un chaval muy despabilao, te dará que sentir, preciosísima; pero tú no ta apercates, que á la chita callando, te hará su dueña y el mundo será tuyo». Ea... Y me voy ya, que Rebuzno está llorando, y es que algún pillo de esos le arrió un cate. ¡Ay, que ya estoy hasta er mismísimo moño con Tranquita, y con Rebuzno y con toa esta plebe, que no ha nacío na más que pa quemarme á mí la sangre!

Y Felipa, acabando ya su discurso con las manos en la cabeza, echó á correr hacia el lavadero. Pronto se enteró de lo ocurrido: Tranquita, el ángel de Dios, era uno de los facinerosos en la trifulca de la *Justicia* con los ladrones; quiso esconderse en

una orza, para huir así con santo horror de la *Justicia;* pero la orza estaba llena de agua; y como el criminal se echó en la orza de cabeza, sin encomendarse á Dios ni al diablo, túvose con esto que empezó á tragar agua, no muy limpia, si ha de decirse todo, y á patear con los pies hacia arriba y fuera de la orza, como supondréis. Rebuzno empezó á llorar como un descosido; los otros muchachos gritaban alrededor de Rebuzno y alrededor de la orza; Tranquita, mientras, hartábase de agua sin querer, y en su pataleo repartía coces en las narices á quien se acercaba en su ayuda. Pero Felipa corrió á la orza valientemente, se cogió como una fiera á los zancajos del granuja, detuvo aquel tremendo ven-que-te-vas, á costa de algunos chichones, y tirando hacia arriba inútilmente, empezó á dar voces lastimeras en demanda de auxilio. Felipa gritaba, aturdiéndose más con los gritos de la

multitud; unas comadres se cogieron á la orza como energúmenos; otras, á los calzones andrajosos y á los pies de Tranquita, y estuvo el mísero expuesto, no solamente á morir de un atracón de agua sucia, sino á ser descoyuntado por los espíritus piadosos del corral.

Algunas mujeres se habían llevado á sus chicuelos, calentándolos por el camino con feroz tunda; pero los chicuelos, en su mayoría, habíanse apartado oportunamente de la orza funesta, escondiéndose, para huir de sus madres, con mucha más astucia que antes lo hicieron para huir de la *Justicia*. Salió, al fin, el mísero de la orza. Logró este éxito quien todo lo consigue, quien todo lo puede, quien todo lo dispone, el personaje omnímodo: la casera. Pero Tranquita estaba medio ahogado, y hubo que hacer no sé cuantas cosas para volverlo á la existencia. Su hermana parecía morirse de pesadumbre. ¡Ah, Felipa!

Los chorrelillos eran su único amor y hubiera dado con ansia toda su sangre por ellos.

Agarrábanse no sé qué congojas al corazón al ver á esta criatura, llena de andrajos, descalza, con el pelo caído, llorando como una Magdalena. No acierto á decir qué cosa había en Felipa, al llorar en aquel momento, que la hacía aparecer de otro modo, hasta el punto de olvidarse, quien la contemplaba, de sus andrajos, de su pobreza, de su flacura y hasta de sus ojos bizcos, hinchados de llorar entonces, por el sentimiento que le produjo la idea de que Tranquita hubiese podido morir. Tranquita, por su parte, empezó á echar agua de la que había tragado, vaciándola toda en un periquete; otro éxito debido á la ilustración grandísima de la casera, que puso de nuevo al gitanillo cabeza abajo algunos minutos, para que no perdiese la costumbre, sin duda; y después de haberse quedado vacío

y de haberle dejado la casera desnudo, porque los guiñapos se le pegaban al cuerpo que era una gloria; mientras Felipa lloraba, pensando, lastimeramente, en lo que habría podido ocurrir al chiquillo, revolcábase el ángel de Dios en el suelo, junto á la Reonda, atracándose de una rebanada de pan con manteca que le atizó cierta vecina, para fin y remate. También conviene advertir otra cosa al lector discretísimo: aunque comiera y se revolcara á la vez, quedábale todavía alguna ocasión, aprovechada eficacísimamente por cierto, para hacer mohines y sacar la lengua á Rebuzno y á los restantes chorrelillos, haciéndoles rabiar de este modo, porque á ellos no les habían dado pan con manteca y á él sí. De la Reonda no diré nada: la Reonda, remedando la frase del ilustre tío Borriquita, aunque el cielo se hundiera, encogíase de hombros, exclamando: —Yo, ¡canastas!

Efectivamente; durante todo el barullo anterior, y aunque se dió luego cuenta perfectísima de lo ocurrido, no levantó los ojos y siguió en su trabajo con frenesí espeluznante.

VII

Las penillas de María Dolores

Cuando se retiraron los vecinos; cuando Felipa se tranquilizó un poco al convencerse de que su hermano, por mucha agua que tragara, no había sufrido alteración en su importante salud; cuando le vió dormir tranquilo, después de haberle envuelto con solicitud muy grande en unos guiñapos, que no parecía sino que eran damascos y cachemiras que acababan de tejer, según el esmero con que los estuvo arreglando para cubrir con ellos la escuálida y sucia figurilla; cuando todo esto hizo, pensó ya en María Dolores, acordándose de lo último que habló con ella. ¿Dónde se

había metido de pronto, que no la volvió á ver?

Bien lejos estaba María Dolores de figurarse que los gritos pudiesen ser porque la preciosa existencia de Tranquita peligrara. Tenía que irse pronto para arreglar la cena de su abuelo; como en ley y razón ninguna réplica justa podía oponer al discurso de la gitana, y aunque hubiera tenido que replicar algo, como no pudo hacerlo, porque la gitana salió á escape, allá traspuso María Dolores también, sin pensar en el conflicto en que Tranquita quedó y en el conflicto en que este conflicto á su hermana metía.

Allá traspuso, sacando fuerzas de voluntad; pasó, al salir, á la vera de un San José en azulejos, iluminado por un farolillo de luz melancólica; alzó los ojos al pasar; no sé qué cosas diría la muchacha al santo, con aquellos ojos grandes, dulces, negrísimos, llenos de piedades y lágrimas, ni qué

otras cosas le contestó aquél; pero es lo cierto que María Dolores pareció animarse: algo bueno le contestaría el santo Patriarca, no tiene duda; porque al volver la esquina en el mismo patio para entrar en el callejoncillo que da á la puerta de la calle del Ruiseñor, volvió la cara nuevamente, lanzó un suspiro de tranquilidad y se alejó por último. San José pareció sonreir; la luz macilenta del farolillo pareció animarse, y hasta las cortinillas encarnadas, de muy dudosa limpieza, que caen del dosel dificultoso que al bendito Patriarca cobija, parecieron moverse y aun flotar, al impulso de no sé qué céfiros sutiles, como para decir á la muchacha amistosamente:

—Anda con Dios, que nos acordaremos de ti.

Salió en dirección de la calle de San Jacinto. Iba pensando... «¡Qué ajena estaba, cuando encontró al tío Borriquita al salir del puente, de que

iba á llorar aquella noche! ¡Con lo que le preguntó el tío Borriquita de si sabía algo de Pepa la de la Rinconá, con aquello se puso ella así! Y era seguro: el tío Borriquita estaba ya enterado de la vuelta de *la Real Hembra*». Ya había vuelto *la Real Hembra* para meter en un puño á todos los mocitos del barrio... y las mocitas también. Lo pensaba así María Dolores, abatidamente. Ya había vuelto para traer penas y tempestades... Por algo se la conocía en Triana con aquel sobrenombre.

«¡Creyó morirse cuando se lo oyó decir al viejo! ¡Si por algo quiso ir al *Cuartelillo!* ¡Si por algo le estuvo dando el corazón todo el día que en el *Cuartelillo* iba á tener un disgusto muy gordo aquella noche!...» Se interrumpió en sus ideas, é hizo un mohín, con que hubiera confundido, en aquel instante, á los ediles de Sevilla. ¡Se había metido en un barrizal! ¡Adiós puntita de randa de su

enagua! ¡Adiós vestido acabado de planchar aquella tarde! Jamás cara tan linda se desfiguró con un gesto tan desesperado. María Dolores no lo podía remediar: una persona sucia le inspiraba horror, como el más dañino de los animales.

Salió del barrizal, anduvo de prisa, y procuró olvidarse de todo. Hasta le llegó á parecer imposible que hubiese llorado. «¡Llorar ella, tan animosa y altiva!»

«¡No volvería á suceder; eso de llorar se quedaba para la gente sin sangre, blanducha y de poco empuje! ¡Ay, Virgen de la O! ¡Aquel mal hombre de Paquiro tuvo la culpa de todo! ¡Mire usted que ir á enamorarse de Pepa la de la Rinconá!... ¡Es claro, la real hembra! ¡Y vaya una lagarta que era Pepilla! ¡Con unos modos!... ¡Y un desgaire!... ¡No, lo que es tocante á vergüenza, ni chispa! ¡Eso no tenían que decírselo á María Dolores! ¡Y el tonto de Pa-

quiro se volvió loco por Pepa. Loco, pero no así como quiera, sino desde hacía mucho tiempo!...» María Dolores no pudo contener un suspiro, que salió silencioso, muy silencioso, de aquel corazón suyo, enamorado y ardiente.

Con su monólogo desconsolador habíase olvidado del tío Berrinche, y de la calle y del barro; se levantaba el vestido maquinalmente, y andaba muy ligera, por ser costumbre suya. Por eso no pudo fijarse en una cosa al salir del *Cuartelillo;* enfrente, en la misma calle de Febo, y como á unos treinta pasos de la puerta del corral, había un bulto informe; ni María Dolores, ni nadie, y menos aún no estando avisado, hubieran podido definir lo que aquello era. Brillaba la luna, pero estaba el bulto como empotrado en la pared y la pared cubierta de sombra, como mancharrón enorme, destacándose vigorosamente en aquel mar de luz, que inundaba

la calle y el egido, arrancando destellos inverosímiles á los casucos y á las paredes recién blanqueadas del corral de la *Mosca,* y extendiéndose con dulzura por todo aquel paisaje sobrenatural.

VIII

De la singular aventura que ocurrió á María Dolores delante del convento de las Mínimas.

Cuando María Dolores anduvo un poco, el bulto se destacó de la pared. Era un hombre. Siguió cautelosamente á la nieta del tío Berrinche. Avanzaban los dos á igual distancia; cruzábanse con algún transeunte, que seguía su camino sin hacerles caso; María Dolores, embebida en sus reflexiones, tampoco se fijó en el fantasma misterioso que iba detrás, pegándose á la pared, como con temor de ser visto. En lo más importante de su monólogo estaba ella; había suspirado, y aquel suspiro salió

de sus entrañas quemándole el corazón y humedeciendo sus ojos.—¡A que voy á llorar otra vez!—pensó.—Hizo un gesto saladísimo, como queriendo burlarse de sí misma, y siguió pensando:

—¡Ay, Dios mío de mi alma, parece imposible, y lo ciegos que son los hombres!—¿Por qué se hacía esta reflexión en lo hondo de su conciencia? ¿Porque Paquiro había cegado por Pepilla la de la Rinconá, ó porque estaba tan ciego que no se dió cuenta del cariño en que María Dolores se abrasaba? Asunto es ese que ni la misma María Dolores hubiera podido explicar en aquel punto; ¡tan inesperado fué lo que ocurrió y tan grande la sorpresa que le produjo!...

Salió de la calle del Evangelista y torció á la derecha, por la de Pagés del Corro. El hombre avanzó precipitadamente; parecía una sombra, según la rapidez con que iba deslizándose, sin hacer ruido. María Do-

lores no tenía miedo, por su costumbre de salir á cualquier hora sin que la acompañasen, y además por no saber en aquel punto que la seguían.

La fragua del tío Berrinche hallábase á un extremo de la calle de Pagés del Corro, y ella avanzaba, sin imponerle temor alguno aquel cielo sombrío, ni aquellas nubes, como gigantes negros, encadenados unos á otros, para interceptar la luna, que se ocultó al fin, ni aquellos portales, como ataúdes vacíos, con los portones diminutos de su fondo á cuyo través divisábase la luz, como se vería el sol en un nicho por las junturas del ataúd roto, ni aquellos faroles sin cristales, maltrechos, imposibles, con luces que se tambaleaban como borrachos de acá para allá, según al viento le diera la manía, como no las apagase en el primer envite, ni aquellos balconcillos que podía alcanzar con su mano, y en el fondo la torre de Santa Ana, como mancha impo-

nente, recortándose en el cielo y rodeada de estrellas.

Iba María Dolores llegando á las Mínimas; no se veía un alma por aquel sitio; allá lejos había un farol, pero con luz tan débil, que apenas alumbraba un metro en torno; un gozquecillo escarbaba en un montón de basura. La sombra avanzó más; estaba ya muy cerca de la muchacha; dió un salto... Sintió María Dolores escalofríos horribles. Una mano dura habíase apoyado con pesadez en su hombro. Volvió la cara y conoció á quien la detuvo.

—*¡Mecha!*—exclamó ahogadamente, pretendiendo huir.

—¡Cállate!—dijo el hombre.—La había cogido una mano.

—¿Qué quieres?—rugió ella, queriéndose soltar.

—¡Te lo dije!... ¡Estoy diciéndotelo tos los días!

—Yo también te lo dije muchas veces: no te he querido ni te querré.

—¡Te haré pedazos!

—Y aunque hagas lo que has dicho, ¿tendrás por eso mi corazón? ¿Tendrás mi alma? ¡Suelta y déjame ya!

Su acento era despreciativo, orgulloso, pero reconcentrado, como si temiese que la oyeran; quiso soltarse otra vez; forcejearon; escuchábase la respiración agitada de los dos; anduvieron así un poco; ella no pudo seguir; detuviéronse bajo el farol, delante mismo de la puerta de las Mínimas; la luz caía á plomo sobre aquellas dos figuras; miráronse, y los rayos de aquellas dos miradas parecieron puñales que se hundían mutuamente, el uno al otro, en los ojos. El perro levantó el hociquillo del montón de basura, se volvió rápidamente hacia el grupo y quedó mirando, en grave actitud, lo que allí sucedía.

— ¡Cobarde, cobarde! — repetió María Dolores ahogadamente! —

¡Maltratas á una mujer porque no tiene quien la ayude!

—¡Ven conmigo!—exclamaba él; y crujía su dentadura como la de un perro de presa próximo á dar la dentellada.

—¡No, no! Suéltame, ó grito y sea la que Dios quiera.

—¡No gritarás!

—¡Gritaré!

—¡No!

Hubo una pausa; contempláronse fieramente: ella, ceñuda, despreciativa, sin temblar, adivinándose en su rostro franco la vergüenza y la ira que estaba sufriendo. Él, decidido, feroz, el sombrero hacia atrás, contraídas las cejas, llameantes los ojos, apretándose con los dientes, blanquísimos y menudos, el labio inferior hasta brotar la sangre, dilatada la nariz con no sé qué furores, revelando, en fin, su rostro cetrino, anguloso, de facciones desencajadas, una pasión inmensa que hacía estremecer.

María Dolores intentó, inútilmente, desasirse de aquella mano nervuda que la aprisionaba.

—¡Ven conmigo!—repitió él, quemándole el rostro con el aliento.

María Dolores gritó; el gozquecillo empezó á ladrar con furia; abrieron un balcón próximo, se asomó una mujer y puso el grito en el cielo, llamando á la guardia; el gozquecillo ladró más. Mecha rugía, estaba ciego; no pensó en nadie, ni en el peligro que pudiera correr, ni habría sabido explicar el propósito suyo. Abriéronse otros balcones; salieron otras mujeres y gritaron también, pero nadie acudía en favor de María Dolores; al gozquecillo únicamente tuvo por adalid hasta entonces; cesando de ladrar, se fué á Mecha varias veces, colgándosele de las pantorrillas, con mejor intención que éxito. Aumentaron los gritos; María Dolores retorcíase queriendo escapar; Mecha rugía... Salió de pronto un

hombre de un portal de la Cava; corrió hacia el grupo formado por la mujer, la fiera y el perro, levantó la mano, dejóla caer como una maza sobre la cerviz del bruto, dió el bruto un resoplido y rodó por tierra.

María Dolores respiró de gozo al verse libre. El gozquecillo se echó atrás de un salto para que el otro no le aplastase en la caída, levantó después el hociquín húmedo hacia el valiente defensor, le miró muy grave y movió el rabo como queriendo decirle:

—Caballero, muchas gracias.

IX

La fragua del tío Berrinche

—¡Suena, Bronquita! ¡Suena, mal ange, que te voy á romper el alma de un escobazo como te quees dormío!

—¡Tío Berrinche, pero si ya no pueo más! ¡Si estoy siempre dale que le doy!

—¡Suena y estate cayao, mira que te meto la escoba por los hocicos; que tú siempre ha de *retornicá* á las personas mayores! ¡Suenaaa!

—¡Pero si yo me callo, y no *retornico,* tío Berrinche!... ¿No está usté viendo qué le doy al fuelle con *toa* mi gana?

—¡Ni tú eres sonaó... ni música? Y en fin, ¡que he dicho que calles!

—Pero ¿yo digo algo? ¡Por vía el mundo!...

—¡Pero maldito, cósete la geta y que yo no te oiga más! ¡Y si no, verás tú cómo yo te la coso! Y el tío Berrinche empezó á deshollinar trágicamente la cara sucia de su aprendiz con la escoba de la fragua.

Era que el tío Berrinche hallábase furioso; nunca como aquella noche le vió su aprendiz así. El tío Berrinche no trabajaba ya: tenía una fragua, pero como el buen hombre había envejecido mucho y como los negocios no iban muy mal desde hacía algunos años, puso en la fragua al oficial correspondiente, con su *majaá* y su *sonaó,* quedándose él para la dirección y entrega del trabajo. ¡Ah, tío Berrinche, digno compañero y amigo del gran Borriquita!

Sufrió el aprendiz la impresión que supondréis, cuando el viejo le

embutió en la cara la escoba negrísima y húmeda con el agua del barril; pero fué su impresión más grande aún al ver incomodado al tío Berrinche, y eso os dará una idea del carácter pacífico del abuelo de María Dolores. El aprendiz hacía más de dos años que estaba en el taller, y vió aquella noche de mal humor al maestro por vez primera.

También hay que advertir una cosa, que puede disculpar al tío Berrinche; por vez primera faltaba al taller el Mecha aquella noche, olvidando su obligación; y por vez primera iba á faltar el tío Berrinche á un cliente, no presentándole la obra con oportunidad. Según la alta lógica del aprendiz Bronquita, aquello le quemaba la sangre al tío Berrinche, le mordía, le ponía furioso. ¡Ah! pero también pensó Bronquita que la falta de Mecha podría remediarse: gracias á Dios, estaba el viejo en el mundo para suplirle; y que no le pi-

casen al viejo el amor propio en lo de mantenerse *pino* toda una noche ante la boca de la fragua ó al pie del cepo, porque todavía conservaba su buena sangre y unos puños que ni de encargo; como dijera él allá voy, ni el *majaó* con el macho, ni siete *majaores* al voleo, aplastaban juntos con los siete golpes el hierro caliente, como él lo aplastaba con su martillo al dejarlo caer, de tal modo, que no parecía aquello pieza de forja en yunque, sino masa blanduzca, según la boca del martillo hundíase en ella al primer porrazo.

El aprendiz, en el rincón, sobre un tarugo, como santo en peana, cogido á los fuelles, y este quiero, este no quiero, dábase un tute de soplar digno de aplauso; de un fuelle tira y el otro empuja, movía la cabeza á la vez bruscamente para quitarse de la cara las huellas poco agradables de la escoba... Y miraba al tío Berrinche desde su rincón, preguntándose,

curiosamente, á sí mismo, las causas verdaderas del mal humor del viejo.

Sí señor; el tío Berrinche se puso al trabajo en lugar de Mecha, porque lo que era á él ningún zascandil le hizo nunca la ley. ¡Rejaza! Pero si el tío Berrinche podía ponerse en lugar de Mecha, no podía poner á nadie en lugar de María Dolores, allí, á su lado, ó arriba, en el cuartito, para oirla cantar alegremente aquellas coplas, cuyo eco metíase en el alma cual viva luz, como si al estar de noche el taller á obscuras, porque echaran carbón en la olla, ahogando el fuego un instante, rompiera la llama de pronto por entre las grietas rojas, iluminándolo todo alegremente y reproduciendo las siluetas del tío Berrinche y de Cojo Garrote, allá en el fondo, como dos sombras de gigantes.

—Suena má—gritó el viejo, cogidas las tenazas con la mano izquierda, y la escoba en la otra mano, sa-

cudiéndola artísticamente alguna vez sobre la llama, para que cayese en ella el agua que el asunto requería; —suena má, que esta noche va á arder el gallo, ¡esaborío! ¡Que ya voy, prepárate tú, Cojo!

El majador prepárase, el tío Berrinche revuelve las tenazas para remover el hierro en la olla, investiga con el *espetón,* cubre rápido con el *allagaó* las ascuas que se resbalan y mueve otra vez el hierro; debe ser una calda, porque suelta la escoba prontamente, y coge del arenero un puñadito de arena; se inclina hasta meter la cabeza bajo la campana casi y rocía la arena de modo que caiga sobre el hierro; otra vez el *espetón,* otra vez el *allagaó*...

—Vivo, ¡venga la escoba!... ¡mardita sea, hombre, mójala que me las dao seca!

Rocía el agua cuidadosamente, como si rociara, sobre un enfermo grave, agua milagrosa de salud; suel-

ta la escoba, escúpese en las manos, se las restrega, coge el martillo, se prepara el majador, el aprendiz aprieta como nunca, arranca de pronto el tío Berrinche con la mano izquierda la tenaza que aprisiona el hierro, y ayudándose con el martillo para pasarlo al yunque, lo coge por la parte caliente como un gancho, y cae allí arrojando chispas que llueven alrededor como tropel de estrellas de oro; entra el macho, sigue el martillo, el fuelle cesa en su resoplido de fiera, y mientras el oficial y el ayudante trabajan en el hierro, las llamas de la fragua van extendiéndose, y las figuras del majador y el oficial, que antes se proyectaban en los muros como sombras de gigantes, van desvaneciéndose, van borrándose, se pierden al fin. El martillo y el macho dan en el hierro, que se ennegrece ya con el frío, ó repican, haciendo primores, en la bigornia; y al compás del martillo y el macho, el

aprendiz, hundido en la penumbra y recostado en el fuelle, canturrea durmiéndose:

Cinco añiyo te querío,
cinco añiyo de pesare,
y ya no te pueo vé,
mardita sea tu mare.

Estaban en esto, y empujaron de pronto la puerta. Volvió la cara el tío Berrinche; en la sombra divisábase una graciosa visión; no se le veía el semblante, pero al tío Berrinche no era preciso que le dijeran quién había entrado.

—Bueno—dijo,—ya está aquí ésta; —y tiró á un lado el repartidor, y echó en el barril la pieza concluída y algo roja aún por el fuego, que había resplandecido hasta entonces en la negrura del taller, como enorme ojo cuyo brillo apagábase lentamente. Avanzó María Dolores sin tropezar, entre mangos de tajaderas, estampi-

llas y punzones, que se enredaban en el suelo.

—¡Yo, yo soy!—dijo alegremente.

Anduvo hasta el viejo, se alzó sobre la punta de los pies y le besó en la cara, confundiéndose el beso de Vulcano y la Ninfa en el estrépito ronco que hacía el hierro candente al apagarse en el agua cenagosa del barril. Delante de la bigornia, Cojo Garrote, con su herramienta al hombro, contemplaba impávido esta escena, y el aprendiz, echado sobre el fuelle, pensaba con filosofía en el gran escobazo que el tío Berrinche le sacudió en los hocicos. De pronto empezó á sonar, sin que nadie se lo mandara, y con su cuenta y razón por lo tanto; lo que quería era avivar el fuego «pa vé á la María Dolores un ratico. ¡Maldita sea! ¡Como que tenía una cara aniguá que la Virgen!»

Y lo logró, con el aliento del fuelle y con un oportuno espetonazo que

dió Cojo Garrote á la hulla; al principio se levantaron las llamas, saltando de carbón en carbón, como palomitas doradas y azules que revolotean alegremente; uniéronse todas luego, proyectando otra vez allá, en el fondo, aquellas grandes figurazas, dobladas por las piernas en el ángulo del suelo y la pared, y por los hombros, en el otro ángulo de la pared y el techo.

Sin tocar á su nieta, para no ensuciarle el mantón, la hizo desviar un poco el viejo, y que levantara la cabeza. ¡Ella reía!... ¡Reía!... ¡Gran Dios, qué risa la de María Dolores!

—¿Estás alegre de verdá?—la preguntó admirado. ¡Hacía mucho tiempo que no la veía tan satisfecha!

—Sí, abuelo,—dijo María Dolores, centelleantes los ojos de placer.

La viva llama envolvíala toda, arrancando reflejos á sus ojos claros é inteligentes, á su cutis blanquísimo, á sus dientes, que resplandecían

entre aquellos dos labios carnosos, húmedos, palpitantes, y hasta parecían arrancar relámpagos y risas al lustroso cabello y á los rebeldes rizos que se enroscaban en su nuca como diablos juguetones.

Respiró el viejo con ansia, como si quisiera llenar su corazón y sus entrañas con aquel perfume de salud, de limpieza y de frescura que parecía emanar de María Dolores, la miró más atento, y díjola otra vez como si dudase:

—¡Rejaza! ¿Pero es verdá toa esa alegría?

—Que sí, que es verdad, abuelo—contestó ella, echándose á reir.—Se alzó nuevamente sobre la punta de los pies, dióle otro beso y corrió á una escalera, medio hundida en la sombra; salvó los primeros peldaños y desapareció al punto.

El abuelo quedó como en éxtasis, viéndola alejarse; cuando la alegre visión hubo desaparecido, miró á

Cojo Garrote, miró luego á Bronquita, tiró el martillo de pronto y gritó alegremente:

—¡Rejaza! ¡Pos que el mundo se hunda, que yo no trabajo más esta noche!

X

María Dolores contenta

Cojo Garrote y Bronquita estaban de enhorabuena; había motivo para que lo estuviesen; el tío Berrinche convidábalos á cada momento; veíanle amable, gozoso, no regañaba, no gruñía. Nunca el tío Berrinche fué mal hombre, pero en aquellos días fué mejor hombre que nunca.

Conócíase la alegría de Cojo Garrote en que andaba menos cojo que de costumbre; no lo extrañéis; para medir los grados de alegría ó disgusto de Cojo Garrote era preciso fijarse en su cojera; era el majador caballero de pocas palabras; más claro, no hablaba nunca; sus ojos, de color in-

definible, sin brillo, sin vida, y su semblante flágido, larguísimo como su cuerpo, nada podían expresar tampoco; para entenderse con sus semejantes, permitíase el buen Cojo Garrote un gruñido más ó menos gutural; con el diapasón de este gruñido tenía que darse por satisfecho su interlocutor, adivinando lo que le quisiese decir; pero ya que no con el espíritu, asomándole á los ojos; ya que no con los rasgos de su fisonomía, porque la fisonomía de Cojo Garrote no tenía rasgos; ya que no con la voz, en fin, los piadosos cielos habíanle dado un modo muy original de hacer partícipes á sus semejantes de sus sensaciones más ó menos profundas, ya alegres, ya tristes, particularmente en los dos últimos extremos de tristeza y alegría; conocíasele en su pata coja; es verdad que esto sólo podía ser cuando Cojo Garrote andaba; como su marcha fuese regular, tarín, tarín; como fuese lenta, humor

de los diablos; como fuese más lenta aún, el acabóse; que no le miraran; que no le hablaran; ningún rasgo de sus facciones cambiaría, es verdad; sus ojos parecerían de muerto, como siempre, pero el gruñido de Cojo Garrote sería feroz. En cambio, como anduviese ligero... ¡Oh, dioses benignos!, alegría; como corriera, delirio loco de placer. Debo ahora sentar aquí una advertencia á que mi lealtad me impulsa; Cojo Garrote no corría jamás.

Este particular estudio del majador del tío Berrinche, no lo hice yo; lo hizo Bronquita detrás de los fuelles, en sus largas horas de soplar, para que el hierro se caldease.

El sonador de una fragua es un *filósofo*. No hay trabajo en el mundo tan cruel como el de darle al fuelle; es un trabajo monótono, triste, además de la fatiga que produce.

—¡Achucha! ¡Achucha!—le grita el oficial al sonador.

Achucha el pobre lo que le es posible, y para hacer su tarea menos pesada, cuenta las vigas del techo un millón de veces, los desconchones de la pared, las hebillas de las tenazas, las piedras del suelo, si las hay, las junturas de los ladrillos, si el suelo es enladrillado, las herramientas, todo cuanto al alcance de su vista se encuentre; una mosca que pasa, una voz que se oye en la calle, una lista de sol que se introduce por un agujero como risilla cariñosa, todo, por insignificante que sea, es fuente de dulce murmullo, donde el sonador zambulle su pensamiento, aliviándose por una millonésima de segundo de la maceración que le agobia. Figuraos, de este modo, si tuvo tiempo Bronquita, y placer además de tiempo, para estudiar las misteriosas cualidades de la *pata fólica* de Cojo Garrote. Bronquita nos hizo conocer á Cojo Garrote, pero vosotros diréis: ¿Y quién nos hace conocer á Bron-

quita? ¡Ah, lector amable! Bronquita, si encuentra ocasión, se dará á conocer por sus propios actos.

Era lo cierto que María Dolores estaba alegre y que su alegría motivaba la satisfacción de todos en el taller del tío Berrinche. Hasta Canelo dignábase lanzar, de vez en cuando, estentóreo ladrido de felicidad. Canelo, para que lo sepáis, era el perrillo que salió á la defensa de María Dolores en una memorable noche; digo memorable, porque el terror y la alegría se unieron esa noche en el corazón de la muchacha, para estampar allí un sello indeleble; terror de aquel instante terrible en que se vió de pronto acometida por el delicado Frasquito Cruz, alias el Mecha; y alegría...

Os estaréis preguntando, desde que visteis entrar en la fragua aquella noche á la nieta del tío Berrinche, la razón de su alegría. Guardó María Dolores gran reserva sobre

este asunto; á nadie dijo una palabra, y cuando la vieron alegre, nadie le preguntó tampoco. «¡Rejaza! Con que estuviera alegre ¿no había ya bastante?»

Aunque pasaron muchos días, no puso Mecha los pies en el taller, y se observó, por cierto, una cosa muy singular: María Dolores nunca se había dignado dirigir la palabra á Mecha, como éste no la importunase, y desde entonces, preguntó por él á menudo; parecía impaciente, febril; asomábase á la puerta ó á su balcón lleno de flores, como esperando á yo no sé quién, personaje misterioso que nunca llegaba. ¿A quién estaría esperando? ¿Sería á Mecha?

He ahí una pregunta que se le ocurrió más de una vez al tío Berrinche. El tío Borriquita meneaba la cabeza con majestad en sentido negativo y encogíase de hombros, lanzando su gran frase. Un día, en vez de decir ¡empleita! al encogerse de

hombros, exclamó con gran parsimonia:

—A quie naguarda e ja otro; ¿entiende? Me la dicho quie nestá enterao; y yo te lo digo pa que lo sepa tú tamién.

—¿Cómo á otro?—preguntó el tío Berrinche con una boca de á cuarta, y sin saber con este notición lo que le había caído encima.

No pudo el tío Berrinche sacar una frase más á su digno amigo; esto le quitó la satisfacción primeramente; le aburrió después; le desesperó al fin; pero como María Dolores continuaba satisfecha, acabó por encogerse de hombros también y que todo se lo llevara el diablo, mientras ella continuase alegre.

XI

Donde Felipa echa por tierra ciertos planes de María Dolores.

Algunos días después, en una tarde desapacible, bien diferente de aquella en que te honraste ¡oh lector! conociendo al gran Borriquita, se presentó en el cuarto de María Dolores Felipa la cestera con una gran canasta, renegando de todo bicho viviente, por no haber encontrado quien se la comprara. «¡Y lo chorrelito sin comer *ná* en *tó* el día! ¿No era eso un *jachare,* hombre?»

María Dolores le dió pan, le dió queso, le dió higos, ¡vaya canela! Recibíalo todo Felipa sin chistar,

pensando en el festín que Tranquita, Rebuzno y compañía iban á tener aquella tarde. Quería decir á María Dolores se lo pagara Dios, como corresponde hacer en caso semejante á las criaturas bien nacidas, y le faltaba el aliento, contentándose con mirar á su amiga con ardiente amor, apretando contra su pecho escuálido las vituallas, como si apretase á su protectora y amiga.

A todo esto no dejaba de hablar María Dolores; Felipa salió de su éxtasis de gratitud; puso atención á lo que la otra hablaba, é iba quedándose como si fuese de piedra, al oir todo aquello. Hablaba María Dolores; hablaba risueña, palpitante, conmovida, accionando como si se encontrase en tremenda lid unas veces, como si demandase piedad otras... «Ya no sabía qué hacer; era mucho aquello; se defendió como una leona y Frasquito Cruz, aquel charrán de Mecha, apretaba como un

lobo.» Hija, ¡y eso que salió gente gritando, y que Canelo no hacía más que ladrar y morderle! ¡Pobrecito Canelo! Abajo está con Bronquita; se vino conmigo y desde entonces no se separa de nosotros. Pues verás; lo que es Mecha, nada: el muy pillo se volvió loco. ¡Los arañazos y los bocados que le dí!... no quiero decirte; lo mato si llego á tener fuerzas. Ni sentía ya los gritos de las mujeres, ni los míos, pidiendo que me socorrieran, ni los ladridos y los bocados del perro. Y lo que es yo, ¡figúrate!, me lo como si no hubiera sido un jastial tan grande. Hija mía, yo estaba muriéndome. Me trepó allí, junto á la misma fachada de las Mínimas; iba yo á caer... el bruto me aplastaba ya con sus manotas. ¡Uf! Entonces, entonces fué cuando vino el otro y le mete un porrazo que me lo tumba. ¡Figúrate lo que me entró por el cuerpo al ver que el otro era Paco!

—¡Paco!—gritó Felipa.—¡Anda, morena!—y como si ya le estorbasen para escuchar bien, arrojó de golpe en la canasta los higos, el pan y el queso.

—¡Figúrate! ¡Entonces sí que me moría! Se me escapó el alma del cuerpo y me eché á llorar. No sabes, me consolaba como á una chiquilla. «Anda, que eso ya pasó; no seas tonta y descuida tú, que yo estaré alerta.» Y María Dolores imitaba gentilmente la voz afable de Paquiro.—En cuanto ese pícaro te vuelva á mirar, le retuerzo el pescuezo.—¿Yo?... ¿qué te diré? Con el alma yéndose y viniéndose y una congoja me quita el aliento y otra me hace decir tonterías, y aquí caigo, y allí me levanto. ¡Indino! ¡Mira tú que no acordarse en aquel momento de todo lo que nos queríamos cuando muchachos! Mira, me acuerdo como si fuera ayer; él era así, un comino; yo, figúrate como sería. Yo le quitaba las cerezas

á mi madre, la pobrecita que se murió; nos sentábamos en la escalera; él me pedía cerezas, ponía la boca y con mi boca se las daba yo también. Y María Dolores, encendida, como las cerezas que le cogía Paquiro en los labios, se enjugaba las lágrimas al decir esto. Oye, vino hasta mi puerta; figúrate cómo estaría yo de loca.—Dame la mano, mujer,—me dijo cuando ya se iba: yo se la dí: mira, ¿la ves? Esta mano estuvo en las suyas: me la apretó, no quiero decirte. ¡Yo, hecha un lío! ¡Quién creería en aquel entonces, sabiendo cómo yo estaba, que Paquiro y yo nos habíamos criado juntos y que cuando chiquillos jugábamos á los hijos y á la madre con Pepa la de la Rinconá!... ¡Qué pingajo!; ¡vaya una madre que eso sería!

—¿Y qué más?—preguntó Felipa, impaciente.

—¿Te parece poco? Verás; le dije que entrara y me contestó que no,

por parecerle que ya no era santo de la devoción de mi abuelo. ¡Mentira! Eso sí que no; oye; estaba como quien no sabe qué hacer, y yo, ¡con un achare! No supe contenerme, y con mucho retintín le digo: ¿Es que no te dejan? ¡Cómo se puso! Se fué de pronto. ¡No sabes! Luego, vuelve y me dice: cuando el gitano se meta contigo, yo me entenderé con él: ¿tú lo oyes? No salgas ahora, y si viene á tu casa, avísame con el aprendiz. ¿Me lo prometes? ¿No había de prometérselo? Y se fué.

Al acabar María Dolores dió un salto alegremente, y abalanzándose á Felipa, la abrazó como si quisiera ahogarla.

Un curioso hubiera observado que Felipa era presa de gran conmoción; pero María Dolores no estaba para observaciones en aquel instante.

—¿Ha venío Mecha?—preguntó Felipa.

—No—contestó María Dolores ce-

ñudamente.—¡Ojalá viniera! ¡Charrán! Mira lo que son las cosas; yo no hago más que esperarle, como si fuera mi novio.—Hizo un paréntesis para suspirar, y añadió después, con un lindísimo gesto:—¡Ay! ¡Novio de mi vida, quién lo tuviera! Lo que yo quiero es que Frasquito asome las narices al taller nada más, aunque la casa se hunda, siempre que me dé tiempo para avisar á Paquiro... Pero, ¿dónde vas?—Felipa se había recogido el mantón y estaba cogiendo la canasta.

—A juir el bulto,—contestó, con un torcimiento de hocicos, de los que ya sabéis;—porque aquí se arma la gorda cuando meno se piense, y hombre prevenío vale por dos.

La alegría de María Dolores fué delirante; lo que la gitana acabó de decir, probaba que era verdad lo que ella había creído de que Mecha no dejaría las cosas de aquel modo; Mecha se presentaría, y presentándose,

tendría ella pretexto para hablar otra vez con Paquiro; lo demás, ¿qué? Y encogíase de hombros, con el mismo desprecio que el tío Borriquita cuando lanzaba su exclamación famosa.

Salió la cestera con su canasta, y con el pan, los higos y el queso dentro de ella. Junto al escalón de la salita, en la misma meseta de la escalera, se volvió para decir:

—Oye, yo ya lo sé; á ti no te importa llamar á Paco, porque Paco es un águila de valiente; pero acuérdate que Mecha es *mu* traicionero... Y *ná* más. Llama á Paco ahora, ó no lo llames; como la carne de oveja; quien la quiera la come y quien no la deja. A mí ¿qué? la viña y el potro que los críe otro. Yo, como si no.

—¡La maldita vieja!—gritó María Dolores, aludiendo á Felipa, por las observaciones que la hizo.—Y le volvió la espalda.

Ya en la calle, levantó Felipa la

cabeza. María Dolores estaba en el balcón ceñuda, terrible, con los codos en el barandal y las manos en las mejillas.

—¡María Dolores! ¡María Dolores! —dijo la gitana rápidamente.

Miró María Dolores. Señalaba Felipa un punto lejano de la calle. Por allí venía un hombre. A María Dolores le pareció que el corazón se le subía á la garganta. Le faltó el aliento. Aquel hombre era Mecha.

XII

Complicaciones.

El viejo y Mecha hablaron largamente. María Dolores al principio creyó morirse; la maldita vieja, como llamó á la gitana, le hizo ver de pronto, como á la luz de un relámpago, lo que podría ocurrir haciendo que Mecha y Paquiro se hallasen frente á frente. En aquel instante rebosó odio el corazón de María Dolores contra Frasquito Cruz. Se retorcía desesperada, se quejó á los cielos y á la tierra de no haber nacido hombre. Bueno ¿y qué? era imposible avisar á Paquiro. ¡Maldita suerte!

Mecha llegó al taller, iba recelo-

so, pero dispuesto á lo que pudiera ocurrir. A las primeras palabras que se cruzaron, comprendió que María Dolores no había hecho referencia alguna á la noche célebre, delante del tío Berrinche; entonces cobró valor y anduvo ya firme por terreno seguro.

Cuando le vió el viejo soltó la estampilla de labrar y tiró la pieza en la olla de la fragua; Cojo Garrote quedó con el macho levantado; Bronca dejó el fuelle. Canelo soltó un ladrido formidable y se lanzó á Frasquito Cruz como una fiera. ¡Pobre Canelo!

—¡Frasquito!—exclamó el tío Berrinche con alborozo. Mecha dió la mano al maestro y un puntapié al perrillo, que escapó aullando á ampararse de Bronquita. El aprendiz cogió al perro con gran amor, echando pestes contra el *animá der señó Frasquito,* mientras Mecha y el viejo hablaban aparte.

Para hablar se habían arrimado al pie de la escalera. María Dolores, al mismo tiempo, se recogía la ropa hasta las rodillas y bajaba con mucho tiento, intentando oir algo de lo que se figuraba que el viejo y el gitano hablarían. Detúvose en los peldaños interiores, encendido el rostro, latiéndole el corazón, heladas las extremidades; no la podían ver, que era retorcida la escalera como un mal pensamiento. Inclinándose, atento el oído, oyó con más facilidad de lo que había pensado. Allí permaneció más de un cuarto de hora; allí estuvo oyendo con terror y sorpresa todo lo que la hipocresía y la malicia pudo hacer surgir al entendimiento del bruto.

Aquella misma tarde fué cuando María Dolores empezó á comprender verdaderamente el porvenir de angustias que le deparaba el amor de aquel hombre, que empezó á parecerle formidable.

Subió á su cuarto sin saber qué partido tomar ni de quién valerse. Mecha se había presentado al viejo, sumiso, amable, hasta donde podía él fingir, con protestas calurosas de su apego á la casa, de su fidelidad al amo, de su consideración á la niña y de su afán ardiente de poner otra vez mano á la obra. No había duda de que Frasquito Cruz era un buen obrero, y el tío Berrinche, por otra parte, no estando avisado, iba de buena fe. En aquel punto pensó María Dolores que hubiera sido mejor contarle lo que pasaba desde el principio, pero la tremenda condición de Frasquito Cruz imponíale pavura, sobre todo, desde las advertencias deslizadas poco antes por la *vieja maldita*.

En resumen; el tío Berrinche, convencido de que la falta de Mecha fué por enfermedad y no porque Mecha se hubiese comportado mal yendo á trabajar á otra parte, le admi-

tió otra vez en la casa, debiéndose poner á la faena desde el siguiente día. Era fácil, porque el tío Berrinche, con la esperanza de que esto pudiera ocurrir, había ido resistiéndose á poner á otro en el lugar de Mecha, y estuvo él supliéndole... Pero ya era un vejestorio, y para todos los días el martillo pesaba mucho. ¡Rejaza!

¿Cuáles eran las intenciones de Frasquito Cruz? Esto preguntábase María Dolores sin cesar; aunque le dió mil vueltas al asunto, sacó la consecuencia solamente de que lo que quería era estar en la casa; porque estando allí, cerca de ella, más fácil le sería á cualquier descuido salir airoso en su pícaro intento; este porvenir de continuas zozobras era un martirio horrendo para el carácter altivo de la chiquilla. Pero ¿por qué no avisar á Paquiro? ¿Por qué no contárselo al tío Berrinche? ¿No era un contra Dios tener dentro de la

casa á un hombre, sabiéndose que este hombre era enemigo de todos en la casa? ¿No era un pecado terrible meter en el hogar á sabiendas á la bestia brava que podía destrozarlos con dientes y uñas?

En estas incertidumbres estaba María Dolores, cuando Frasquito acabó de hablar con el viejo y salió del taller, despidiéndose hasta la mañana siguiente. La expresión sumisa de Mecha cambió al salir de la fragua; una satisfacción cruel, siniestra, fría, veíase en su rostro largo y cetrino: resaltaba aquella satisfacción misteriosa en todos los rasgos de su fisonomía aguda y aviesa, en su ancha boca, en sus labios gordos, blanquizcos, en sus dientes menudos y feroces, sus mejillas hundidas, hasta en el mechón de pelo negrísimo y lustroso que ornamentaba su frente angosta, enroscado allí como enorme caracol sobre un ladrillo sucio; caracol que se veía muy bien, porque te-

nía Mecha especial cuidado siempre de echarse el sombrero atrás, para que el mundo no se privara de la vista de tan interesante adorno.

XIII

Un encuentro.

Vivía Mecha en el corral de la *Mosca,* próximo, tan próximo al *Cuartelillo,* que sólo hay algunos pasos de distancia. Mecha iba al corral abstraído en sus reflexiones; al entrar en la calle del Evangelista, detúvose ante una mujer y un hombre que hablaban con mucha animación, parados junto á una puerta.

—¡Felipa!—exclamó al detenerse, sin hacer caso del otro.

Nadie hubiera podido decir si fué de amigo ó de enemigo aquella exclamación; lo que puede decirse de Felipa es que su cara morena se cubrió de una palidez horrorosa, como

si aquel fuese su último instante, y que el hombre que la acompañaba echó un paso al aproximarse Frasquito, pareciendo como con ganas de acometerle.

Miró Felipa aterrada y suplicante al hombre que estaba con ella, como queriéndole contener así, sin reparar al pronto en que la canasta se le había caído; por fortuna, las vituallas, generoso don de María Dolores, fueron prudentes y quedáronse dentro; aunque bien mirado, Tranquita, Rebuzno y los otros personajes de la prole de la Reonda eran demasiado filósofos para fijarse en que las viandas del festín que iban á disfrutar se hubiesen aliñado poco ó mucho con el fango de la calle.

Se inclinó Felipa á coger la canasta, y pronunció á la vez algunas frases sin concierto—que tal era su turbación,—para felicitar á Mecha, á su modo, porque ya no estaba malo.

—Felipa—díjole Frasquito Cruz, —tengo que hablarte.

Levantó Felipa su cuerpo finillo, y al mirar otra vez á Mecha, pareció haberse repuesto de su gran temor.

—Pues oye, — contestó risueñamente, retorciendo la boca;—en donde se pilla al borrico se le dan los palos.

—No, mañana á la noche; á tu casa iré; ahora tengo un asunto y mañana empiezo ya el trabajo.

—Como tú quieras,—contestó Felipa, lo más amable que pudo;—en el corral estoy.

El hombre que acompañaba á Felipa exclamó en aquel punto, con acento de mofa, que hizo temblar de nuevo á la gitana:

—¿Estorbo? Porque si estorbo...

Se contuvo, como si le hubiese dado pena de la Felipa. Lo que le restaba por decir, según el tonillo de burla en que dijo lo anterior, adivinábase desde luego: «que si hubiese

estorbado, tampoco se hubiese ido».

Pero Mecha sólo se ocupaba de lo que en su imaginación ardía; de aquello negro y terrible que estaba fraguando sin duda; por eso no se fijó en lo que el otro dijo, alejándose bruscamente, después de haber cambiado algunas palabras más con Felipa.

El hombre que estaba con ella, mozo de unos veintidós años, de ojos negrísimos é inteligentes, iracundos y de fiero mirar en aquel momento, fué á lanzarse en persecución de Frasquito Cruz; pero Felipa colocó la canasta de pronto, á guisa de muro, delante de él; con una mano cogía la canasta y con la otra una solapa de la chaqueta del mozo, diciéndole con energía impropia de su edad:

—Espérate, Paco.

Paquiro, como fiera á quien ponen un muro que no puede saltar, miraba hacia el camino que el gita-

no siguió, murmurando iracundamente no sé qué palabras de cobarde y granuja. Volviéndose de improviso á Felipa, sin pretender ya irse, díjola, estallando en cólera:

—¿Y qué tienes tú que hablar con ese hombre?

La gitana se echó á reir, y le preguntó, mofándose:

—¿Estás celoso?

—Celoso no, porque ninguna obligación tienes conmigo; pero eres una buena persona, y sé distinguirte... y, en fin, que la persona buena ó mala que yo conozca y hable con ese pillo, acaba para mí, ea. ¡El granuja! ¡Con lo que hizo la otra noche!

—Vente, vente para el corral, y sosiégate, que tú andas mu malo de la cabeza con esos líos que traes.

—¡El que yo traiga líos es lo que no te importa!—gritó el mozuelo más encolerizado;—y ya estoy yo hasta aquí con la misma monserga de todo el mundo.

—¡Ay, demonio de chiquillo, pero qué genio tiene!

—Tengo lo que me da la gana.

—¿No oyes tú?... ¿Es que te vas á pelear conmigo, mala sombra?—Esto preguntó Felipa, retorciéndole el hociquín como ella sabía hacerlo, y enseñándole unos dientes blancos y primorosos.

Paquiro se templó mucho, viendo la expresión picaresca del rostro de Felipa. Echaron á andar juntos, silenciosos, sombrío él y con cara de vinagre, como si revolviera mil pensamientos malos, y mirándole ella de reojo, furtivamente. Cerca ya del corral, se plantó Paquiro, y como una conclusión de todo aquello que en el magín estuvo dándole volteretas, dijo, rebosando en justa ira:

—¡Pero si es un granuja! ¡Si es un cobarde! ¿No ves que no me buscó tampoco para pedirme cuentas del puñetazo que le solté aquella noche, y ya que no me buscó, para pedírme-

las ahora que por casualidad me ha encontrado?

—Pero ven acá tú, chiquillo, y no seas burro—exclamó Felipa, impaciente.—¿Cómo te iba á pedir cuenta si no te vió, ni sabe quién fué? Por lo que yo me figuro que quiere hablar conmigo, es pa que vea yo si le puedo sacar algo á María Dolores y que se lo diga; y si no, tú lo verás.

—Pues entonces, soy yo quien no tiene vergüenza, ni la he tenido nunca, si no le busco ahora mismo para decirle que fuí yo quien le metió el resuello para adentro y que se lo meteré mil veces más cuando él quiera. —Y Paquiro, hablando, intentó alejarse de nuevo.

—Espérate, hombre, espérate, y ven conmigo y verá ja Tranquita lo salao que es; y no te digo na de Rebuzno. Vente, que hasta te voy á decir la buena ventura, como á ti te se ponga, y ya sabes tú que yo no se la digo á nadie; pero me parece á mí

que lo que tú vas á tener no será buena ventura ni quien tal vió, sino ventura muy mala, como tú no te enmiendes y no tires por buen camino.

—¡Maldita sea mi suerte y maldito sea el mundo!... ¡que tenga yo que escuchar tus sermones como los de un padre cura, cuando no vales tú ni un soplo en un ojo!

Estaba el mozo ardiendo en cólera, é iba á seguir en sus disparates; pero le distrajo Rebuzno, que salió del corral dando brincos como un mono; fué hasta su hermana, retrocedió al verla y se metió en el corral nuevamente, dando tumbos y aullidos; Felipa se echó á reir como una loca; el mono salió otra vez; entre saltos y volteretas llegó hasta ellos, abalanzándose á la canasta; y nada quiero decir de su alegría estruendosa cuando vió en el fondo la *manduzca,* regalo de la nieta del tío Berrinchc; sí, era el hijo tercero de la

Reonda, más desharrapado, más sucio y más truhán que nunca; detrás salió Tranquita, á quien Rebuzno fué á llamar cuando se metió dentro; y detrás de Tranquita salió Maaleno, y detrás el Moro, la legión entera, en fin, que acompañó á la gitana y á Paquiro hasta la sala mugrienta, haciendo mohines, llorando, pidiendo pan, soltando carcajadas, aullidos, coces, dándose cachetes, mordiscos, puñetazos, puntapiés, y armando, en conclusión, la gran pelotera, con mucho placer de Paquiro y con indiferencia total de la Reonda, que no hablaba, que no reía, dale que le das á los dedos siempre, con las carnes por tierra, pesada, enorme, como el antiguo elefante romano, dios de la eternidad.

XIV

El secreto de Felipa.

Hay arcanos que son impenetrables á la sabiduría de los hombres; arcano misterioso fué el de la conversación que tuvieron Paquiro y Felipa, cuando ella le invitó á que entrase en el corral después que encontraron á Mecha, ó que Mecha los encontró, para hablar apropiadamente. Es cierto que Paquiro desbordó su tonante cólera contra el oficial de fragua del tío Berrinche; pero es cierto también que su cólera divina fué calmándose, como el frío del pajarillo con el caliente rayo de sol, al contemplar al seráfico Rebuzno, al honorable Tranquita y á los conspi-

cuos varones Moro y Maaleno; satisfacción honda que pagó muy gustoso, arrojando con nunca vista gentileza algunas perrillas á gran distancia. Precipitáronse todos velozmente á recoger á costa de tal ó cual chichón en la chilustra al tropezarse unos con otros, ó de algún grave accidente en las narices al dar en las piedras del patio; funestísimos resultados ¡ay! de velocidades, distancias y tiempos mal medidos.

Quiero dejar para otra ocasión más oportuna las interesantísimas escenas que produjo el desprendimiento de Paquiro, para decir ahora, que quedó con Felipa sólo, y que hubo larga conferencia allí, en el mismo postiguillo de la sala. Ya os lo dije: el asunto de que se trató fué arcano impenetrable hasta hoy; pero no quiere decir esto que á las generaciones venideras les sea imposible encontrar algún dato que ayude á descifrar el enigma. Solamente pue-

do afirmar ahora, que era ya muy entrada la noche cuando Paquiro salió del corral, hecho una furia otra vez, renegando de lo existente y dándose á todos los demonios de lo profundo. Puede añadirse todavía algún otro dato, á saber: Felipa quedó en la puerta viéndole alejarse, hasta que le perdió de vista, y fué prontito, porque estaba el patio obscuro como boca de lobo; quedó todavía con los ojos fijos, pensativa, inmóvil, como si Paquiro estuviese allí, cerca aún, inmóvil también, y ella no apartase de él los ojos, cuyas largas pestañas parecían entonces artificiales, pegadas con arte milagrosísimo en unos inmóviles párpados de hierro, como de hierro oxidado parecía aquel rostro sin forma, con líneas apuntadas solamente, y las carnes escuetas de aquel cuerpo, vistas en mil ocasiones á través de los agujeros de sus faldillas derrotadas.

Todo tiene su término, y Felipa

despegó al fin el hombro del quicio de la puerta en que apoyábase y apartó la vista de allá, de la penumbra del patio, donde se había perdido la última vaga línea de la silueta simpática del mozo. Entró en la sala, se sentó en el suelo, cruzó las manos sobre las rodillas, encorvó el cuerpo hasta poner la frente sobre las manos, y así permaneció caído el pelo, largo y brillante, á un lado y otro, hasta cubrirla enteramente, como negro crespón echado sobre misteriosa esfinge.

Sola estaba: de la prole no hubo noticia desde que se precipitó á coger los perros de Paquiro; la Reonda, ya lo sabéis, tenía ojos para no ver, tenía oídos para no oir. ¿Cuánto tiempo pasó? Al levantar la cabeza, creyó por un instante que la luz faltaba á sus ojos para siempre; pero no era en sus ojos, no, donde faltaba, que era en el candil. Millones de estrellas daban tumbos, alargándose y

encogiéndose en unos espacios negros, sin fin, que tenía delante de los ojos; se los restregó fuertemente; creyó que estaba soñando y que en su sueño creía estar despierta y que de sus ojos se fué la luz... Hasta que se hizo cargo de la realidad. ¿Había dormido? ¿Había soñado?

¿Y la Reonda? ¿Y los chorrelitos? Buscó en su faldriquera un fósforo; lo encendió; la Reonda estaba dormida; en aquel momento precisamente, un ronquido formidable hizo estremecer la pesada mole. La Reonda había tenido que hacer muy poco para meterse en la cama; se echó sobre unos costales sucios y se tapó con otro, no cuidándose de apagar el candil siquiera. ¡Buen caso hacía la Reonda de detalles insignificantes! El pobre candil se apagó sin ayuda, consumido quizás, de aquella miseria que lo consumía todo en la fantástica mansión.

Miró en torno Felipa con cierta

incertidumbre; pensaba en los chorrelitos. ¿Qué había sido de ellos? Empezó á tranquilizarse; los vió á todos acá y allá, tumbados por tierra, en posturas inverosímiles, como cadáveres en un campo después de la batalla.

Encendió el candil; tenía los ojos hinchados, y no se sabe ciertamente si fué de haber dormido ó de haber llorado mucho; hay, como datos diferentes, el de que durmió, porque de estar despierta habría sentido volver á la prole y la algazara de la prole antes de dormirse, y el estruendo sobre todo del roncar tremebundo de la Reonda; por otra parte, creyérase que sus ojos estaban hinchados de llorar, por parecerlo así, y porque nunca en la vida se acostó la muchacha, desde que tuvo uso de razón, ni pegó los ojos tampoco, sin haber acostado antes á la patulea, con mucho ir y venir y mucha algazara y sin estar segura de

que estuviese durmiendo. Después de ver á sus hermanos, quedó un momento como si no conociese aquel sitio. Inclinó la cabeza otra vez, cruzó las manos delante de las rodillas y siguió en la misma actitud; el silencio era absoluto.

Ahora piensa; seguramente, piensa en un tal Pepillo, alias *Cojo Garrote,* ayudante de forja del señor Mecha, en el taller del tío Berrinche. El tal Cojo Garrote la trae sin concierto; pero si ella está sin concierto, él está medio loco, ó loco enteramente... ¡Loco por ella! Cojo Garrote es honrado, tiene un buen oficio... Va con buen fin. Lo que desea Cojo Garrote, con su pata tiesa y todo, es casarse con Felipa y vivir con ella, los dos solitos, como un clavel y una rosa—así lo ha declarado el Cojo en su lenguaje originalísimo,—en una salita, como el camarín de una reina, que tiene ya buscada en el Corral de Esquivel. «¡Qué cosa más dulce sería

aquello que el Cojo con tanto afán le proponía, de vivir solitos, como una rosa y un clavel, en el camarín de la reina... ¡Ay, pero no con el Cojo!» Y con los párpados cerrados cree ver y sentir en sus mismas retinas una temblorosa chispa de oro; la chispa de oro se convierte en una nubecilla azul, y al girar la nubecilla toma lentamente los contornos vagos de una silueta de hombre... Un hombre de boca sonriente, varonil apostura y ojos negros, intensísimos, que se alzan siempre para mirar á otras... Que no se inclinan nunca para mirarla á ella. ¡Mirarla á ella, pobre gitanita!...

Suena quejumbrosamento en la quietud de la noche una campana del convento próximo; Felipa levántase de un salto, como si aquel ruido la hubiera devuelto de pronto el sér; coge al Moro y lo lleva en brazos á un rincón apocalíptico, y allí lo coloca muy solícita entre unos costales;

hace la misma operación cuidadosamente con Maaleno y los otros dos ilustres varones, riñéndose á la vez á sí misma por haberlos *abandonado* quién sabe las horas, como si el rincón donde los acaba de poner fuese lecho suntuoso de cortinas adamascadas; arráncase un pañolito del talle y lía en él amorosamente al llorón Cascajito; se quita la falda y tiéndela sobre los otros concienzudamente para que los cubra por igual, aunque es problema de muy difícil solución; apaga el candil; va al lecho suntuoso de que ya tenéis noticia, se acuesta en el filo, fuera casi de los costales, sobre las húmedas piedras, para que los gitanillos estén más anchos; se tapa dificultosamente con parte de un costal y un pedazo de falda y permanece al fin inmóvil.

¿Quién podría penetrar ahora en lo profundo del alma de una gitanilla infeliz, de quien sólo ven los indiferentes, cuando va por las calles de

Sevilla, sus andrajos, su ojo bizco, y la pintoresca prole de la Reonda, que la acompaña por lo común, como guardia de honor?...

Pero no duerme; está llorando... Suspira y dice en voz baja, muy baja:

—¡Si fuera con Paquiro!

¡Paquiro! No se atreve ella á decir eso en voz alta cuando las mocitas de los corrales le dan broma por lo que se susurra de su próximo matrimonio con Garrote el invicto!

La campana sigue tañendo quejumbrosamente. Ha empezado á llover y óyese fuera con el plañir de la campana el gotear rápido de la lluvia.

Felipa se ha dormido cansada de llorar... No la despertéis; está soñando. La tierra acaba de convertirse en un prado de rosas; el cielo se ha convertido en un prado de claveles; todo lo que coge entre la tierra y el cielo, aquello grande, tan grande, es un

camarín cuajadito de estrellas. ¿Necesitaré nombrar los seres felices que habitan el camarín de amor?

La lluvia arrecia. La campana sigue en su clamor quejumbroso.

XV

Ínclitos varones.

Estaba amaneciendo cuando despertó Felipa; la despertó el frío y el roncar de la Reonda; aquel roncar estrepitoso, que llenaba el espacio con sus formidables acordes. Felipa encogió las piernas cuanto pudo; se lió al cuerpo apretadamente los trapajos que la cubrían, teniendo cuenta á la vez de palpar cautelosa, para que no se desabrigasen los chorrelitos. Como no entraba en calor, levantóse de pronto, se echó su falda, tapó mejor con el costal á los chicuelos y salió al patio. Del tole que allí se dió zambullendo la testa en un cubo de agua sacada del pozo, no

quiero hablar ahora, por no ser de lo que más urge.

En los mismos corredores, sentada en el escalón de la puertecilla, procedió á su tocado con un magnífico peine, única riqueza que había en la zahurda; no lo extrañéis: fué regalo de María Dolores, porque era lo que Felipa dijo siempre: «aquel pelo no sabía cómo arreglárselo». El pelo parecía una melena de león, larga, muy brillante; Felipa no estaba orgullosa de él, se lo hubiera cortado; pero María Dolores se oponía abiertamente, diciéndola que era una lástima; tengo que añadir también, para saludable aviso del pulcro lector, que Felipa cuidaba mucho de su melena desde hacía algún tiempo, aunque de día y de noche renegara por no saber cómo entendérselas con aquel promontorio. Renegaba mucho, es verdad, pero se lo recogía de un modo que era un primor; y aunque lo creáis imposible, con aquella

cabeza, como encajada en el marco negro del pelo, con aquellos ojazos, bizco uno y todo, con la nariz correcta, los dientes níveos, la tez broncínea, aquel rostro, en fin, demacrado por flagelaciones del hambre y la labor misteriosa de la naturaleza, que la hacía mujer, resultaba Felipilla la de los cestos un extraño tipo que, si alguna impresión causaba, no era de antipatía ciertamente.

Cuando concluyó su tocado se puso á trabajar; no duró esto, porque los chiquillos despertáronse y empezó á vestirlos; faena breve; la indumentaria de la prole era bien sencilla, aun en el rigor del invierno; dejo la indumentaria para otro párrafo, y á lo que decía aténgome, de que los vistió en un soplo; en esta faena estaba, cuando se despertó la Reonda á sí misma con un ronquido descomunal.

¡La *toilette* suya sí que era bien sencilla! Se echó el sucio pelo atrás

con las grandes manoplas, se restregó los ojos, y listo; agarróse ya á la canasta como un condenado agarraríase á la túnica del ángel que le fuera á salvar, y siguió en su tarea como si tal cosa.

Las ocho serían cuando salió Felipa del corral; llevaba una canasta para la venta; acompañábase de la prole toda, menos el chiquitín, que quedó en un costal abandonado á su propia suerte; cómo Felipa sacará á la prole, era un dato seguro, revelador de lo exhausto de su bolsillo; era que no había ni para un pedazo de pan que los granujas se llevasen á la boca. Felipa valíase de ellos entonces para vender su canasta más pronto; como ella dijera á un parroquiano ó al primer transeunte, que «le *mercara* la canasta *pa dale* pan á *toa jaquellas criatura*», no había quien se resistiese; comprábanle la canasta, ó la socorrían con algunos cuartos. Salió, pues, con su mercancía, labor notable

de la Reonda; iba con la canasta metida en la cabeza y echada atrás, colgando allí del borde como si colgase de un clavo; de una mano cogía al Moro y de otra al Maaleno; Rebuzno y Tranquita caminaban delante muy metidos en diálogo misterioso, que parecía tomar á veces giros de polémica. Y en verdad, eran dignos de ver aquellos dos grupos, el de Felipa con sus dos danzantes de la mano, y el de los otros dos gitanillos delanteros; Felipa, con la figura que ya sabeis y la canasta colgandera, y Moro y Maaleno con trajes de imposible descripción, hechos de retazos de ropas viejísimas de todos los vecinos del corral.

Pero los que estaban admirables, artísticos, soberanos, eran Tranquita y Rebuzno; Tranquita con sus calzones de remiendos de tonos diferentes como alegrísimas notas, un pernil cayéndole hasta cerca del tobillo, y otro sin pasar de la rodilla, con su

chaleco amplio, muy amplio, como que era de un hombrón vecino, que lo cedió para que pasase Tranquita el invierno, cruzado cumplidamente, tan cruzado, que daba vueltas al cuerpecín como manta zamorana, y cogido con el pantalón en la cintura, ni más ni menos que pañal de camisa; con su viejo bombín, sin alas, metido hasta los ojos; con sus pies desnudos; y no me preguntéis de qué manera abrigábase Tranquita los brazos, al recordar que era un chaleco la prenda única que su cuerpecillo cubría, porque era el suyo un chaleco especial al que pegaron artísticamente en tiempos felices las mangas de una levita histórica, regalo hecho por un gran señor al noble Alcuza, al que tendréis la honra de conocer cuando menos se piense. Con referencia á la indumentaria de Tranquita, menciono, para concluir, aquel tirante único, volando siempre detrás del grotesco personajillo, aquel tiran-

te que su hermana recogíale con resignación en veinte ocasiones al día y que él se soltaba otras tantas, no se sabe si por el gusto de verle flotar, ó porque reflexionase, cauteloso, que por mucho que cayeran los calzones nunca llegarían por abajo al sitio correspondiente. El traje de Rebuzno era más sencillo: una gorra de cuartel que le bailaba en la chilustra descompuestísima danza á cualquier movimiento del grave mozo; una chaqueta inmensa, hermana carnal del chaleco que recordaréis, grande también, como del hombrón, que resultaba en Rebuzno larga hasta los tobillos, ancha hasta la majestad, sin botones, sujeta artísticamente á la cintura con una tomiza y remangada sin escrúpulo hasta quedar las mangas en proporción de los brazos del granuja; conviene decir, para inteligencia del lector amable, que el rollo de manga haciale más abajo de la muñeca descomunal bulto, de donde pa-

recían salir los dedos, como asoma sus cuernecitos el caracol cuando el sol cubre la tierra después de la lluvia. Rebuzno iba descalzo; varón modestísimo, halló siempre placer en la humildad y era enemigo de mundanales pompas.

XVI

Sevilla famosa

Atravesaron el puente de Triana, para salir del barrio; fué cosa difícil, por que los cuatro *clavicos* de Felipa no la dejaban respirar ni vivir, escurriéndose por esta ó la otra parte. Soltaba á un chiquitín para coger á otro, gesticulando, gritando, figurándosele, loca de terror, que se enredaban de pronto, sus cuerpecillos negros, entre los rayos de la rueda de algún coche, ó que los aplastaba un tranvía, en aquel ajetreo inmenso de hombres, cosas y animales que invadían el puente famoso.

Más tranquila, cuando salió de aquel bullicio, torció á la derecha.

Caminaba... caminaba melancólicamente, hacia el palacio de San Telmo, con su canastita colgando y los cuatro clavillos, pegados á su falda vieja, como para resguardarse del fresco «un poquillo ladrón» de la mañana. Allá iba, sin saber dónde. Ideas melancólicas la combatían también, pero no eran sueños los suyos de aquella mañanita fresca; no eran sueños, que eran ¡ay! la más desolada realidad. Era que los chorrelitos iban descalzos; y era también que no tenían pan aquel día como la canasta no se vendiese, y la canasta,—¡malos demonios se la llevasen!—le estaba dando el corazón, que no iba á querla aquella mañana ningún *nacío*.

En la Puerta de Jerez estuvo *á pique* de salir del artículo; pero se le *efaratá er negosio,* y la Felipilla estaba más negra que el mismísimo carbón cuando arribaron á la plaza del Triunfo. Un sol magnífico, riente, doraba, acariciaba amoroso parte de

la plaza. Allí, en aquel sol *se metió* Felipa, atrevidamente, como se mete el pobre, en la única propiedad que la fortuna le ha concedido. Allí metió con ella á los *chorrele*. Bueno; ya que no había pan, ni *calsao*, ni quien *mercara* la canasta, se calentarían al sol siquiera. Y permaneció absorta, largo espacio, viendo jugar á los chiquillos, sin verles; abstrayéndose al parecer en la contemplación de los transeuntes, sin que le importasen poco ni mucho las bellezas de los tres edificios que forman la plazoletilla, ni la Giralda tampoco, la Giralda famosa, que parecía contemplar á Felipa, con los ojos, abiertos siempre, de sus tragaluces, como gigante bonachón contemplaría desde la inmensidad de las nubes donde clava su testa, á la pobre, silenciosa hormiguita, que se pierde en el abismo de sus pies.

De pronto, una idea salvadora pasó por la mente de Felipa. ¡María

Dolores! Iría á contarle *aquello*. ¡María Dolores le daría pan, ya que no *pa* ella, *pa* los *probecitos* clavos.

Animada, febril, sonriente, cogió la canasta, cogió á la patulea, y allá traspuso, importándole lo mismo que antes el gigantón que á su espalda quedaba... Pero á tí, lector, que no eres Felipilla la cestera, es posible que la Giralda te importe algo más; en último caso, olvida el recuerdo que el autor quiere aquí consagrarle, y pasa las líneas que siguen, aunque bien mirado tal vez son las que más encajan en el título del presente libro.

Hablar de Sevilla, de cosas y seres típicos de Sevilla, ¿no ha de encajar en un volumen que se titula *Sevilla Famosa?*

***

Según los eruditos, comenzaron las obras de la Giralda el año 1000, dirigidas por Heber, moro muy fa-

moso, gran arquitecto y gran matemático. Hay una nota curiosa que indica el fanatismo musulmán; bajo los cimientos de la Giralda pusieron infinito número de reliquias de cristianos, como alarde quizás del poderío de la media luna sobre la cruz.

Tenía la torre gran altura y concluía en un capitel construído de azulejos; de mayor á menor, sostenían se superpuestas sobre el capitel cuatro esferas doradas, que derribó un huracán en Agosto de 1396. Tres siglos más tarde, añadiéronsele cuatro cuerpos, obra dirigida por el maestro mayor Fernando Ruiz. Dando vuelta al friso del segundo cuerpo, hay exteriormente una inscripción en latín, que se traduce:

En nombre del Señor es torre firmísima.

Recuerdo la tarde que subí á la Giralda por vez primera; pensando iba yo en las generaciones que aquel

gigante había visto nacer y morir, con la impasible calma del no ser; ¡cuánto cohecho, cuánta tiranía, cuánto latrocinio, no ya en el mundo, no ya en Europa, no ya en España, sino en Sevilla solamente, desde que los alarifes de Fernando Ruiz dieron su última mano á la famosa torre!

Con estos pensamientos fuí á entrar por una puertecilla abierta al pie del muro; pero detúvome una mujer, delgaducha, pecosa, de rostro compungido y vestida de negro, para que ningún dato se me olvide; me detuvo, poniéndome atravesado á guisa de valla, un escobón con que estaba barriendo y dijo muy seria:

—No se *premiten grupo de meno de una persona*.

El asombro me dejó inmóvil. Pude exclamar luego, con cierta calma:

—¿Qué quiere usted decirme?

—Que han *mandao* que nadie suba solo.

—No sé por qué habrán mandado

eso,—dije riéndome,—pero usted será tan amable que me deje subir sin compañía.

Logré suavizar sus rigores, porque repuso:

—*Güeno,* suba *osté,* pero mucho *cuidao.*

Eché á andar, con cierta zozobra de verme detenido otra vez; efectivamente, nueva detención, nueva muralla de caña y la mujer del luto, diciéndome con gran lisura:

—*Güeno,* señorito; ya sabe *osté* que eso cuesta *do rale.*

—¿Y qué?

—Que son *adelantao.*

—¿Cómo, buena señora?—repuse colérico,—¿ha creído usted que voy á tirarme de cabeza desde lo alto de la torre, por irme sin pagár?

Y respondió con mucha calma, y una seriedad inconcebible.

—*Pos* por eso, sí *señó;* por que se han *tirao* ya *alguno,* y yo me quedé sin mis *do rale.*

Le di la propina y empecé mi ascenso.

***

A la verdad, no parece que la dichosa torre tenga ya cerca de mil años; todo respira modernismo; todo hállase restaurado y resplandeciente; en el segundo cuerpo, de que ya os hablé, está el reloj; el último cuerpo, de orden corintio, remata en una cúpula, y sobre la cúpula descansa una enorme veleta, representando la estatua de la Fe; *esta fe* es de bronce y pesa 1.288 kilogramos, un poco más que la fe de algunos santos varones que andan por el mundo.

A la derecha, por los balcones ajimados de cada una de las rampas, veía yo al subir, un lugar distinto de Sevilla, de esa Sevilla que enamora y atrae como los ojos candentes de una mujer meridional. Son treinta y cinco rampas; la pendiente es suavísima; no sé si, como se dice, subiría á caballo

por esas rampas el rey San Fernando, pero pudiera haber subido.

En Abril de 1884 cayó una exhalación en la Giralda que ocasionó desperfectos grandísimos en la fachada Sur, desde el primer cuerpo hasta el pavimento mismo de la Catedral, por la puerta de Palos; estropeó campanas, bóvedas, rampas, muros, piso; los balcones de las rampas 29, 25 y 21, destruyéronse completamente. El arquitecto Fernández Casanova hizo un proyecto de pararrayos; estando en curso todavía el expediente cayó otro rayo, dos años después, causando también grandes deterioros.

Tenemos así que cayó la primera exhalación en la torre, y se hizo el proyecto; veinticuatro meses más tarde, estaba el expediente en curso aún; cayó otro rayo y lo resolvieron. Ya sabéis qué es lo que se necesita para resolver un expediente en las oficinas de la administración española: dos rayos.

La historia de la tormenta que hizo en la torre tales estropicios, me la contó un ciego que andaba por allí como Pedro por su casa, dándome algún que otro susto á lo mejor, porque me hacía creer, sin él saberlo, que iba á desnucarse contra un muro; no señor; no tropezaba en ningún sitio; y era ciego, ciego de verdad. Este ciego, encargado de las campanas, era una especie de Cuasimodo, vulgarísimo, de cara afeitadilla y cuerpo larguirucho, que hubiera hecho reir, sin la desgracia de su ceguera.

El ciego de las campanas me contó también que el reloj que hoy existe en la torre lo construyó hace ciento treinta y tantos años el religioso franciscano fray José Cordero, habilidad entonces prodigiosa. Sustituyó el reloj de este buen Cordero al que había en la Giralda desde el siglo XIV, primer reloj público que se conoció en España.

Al llegar al cuerpo de las campa-

nas, me apoyé de brazos sobre el barandal. La calle de Alemanes fué lo primero que vi, con su gran puerta al Patio de los Naranjos; el Sagrario enfrente, y el abigarrado caserío después, hasta la Plaza de Toros; luego, la línea ondulosa del Guadalquivir, el puente de Isabel II ó de Triana, el barrio de Triana más allá, y más allá, el campo, los montes, microscópicas casitas que arrancan reflejos como si su blancura se ornamentase con mosaicos de estrellas; después, el pensamiento atónito, va recreándose en la vista de la Cartuja, con su feraz campiña, y el río á sus pies, como banda de plata; gran profusión de arbolado, el castillo de la Macarena, la estación de Córdoba, y á la vez que va uno rodeando la torre junto al pretil, el pensamiento báñase en las aguas cristalinas de aquellas huertas, perfúmase perezosamente en la esencia de sus naranjos; viene luego, como diablillo sin reposo, á posarse en las campanas

de las iglesias del Salvador y San Juan de Dios, y otro gran número de torres que resaltan sobre los tejados como viejos guardianes de Sevilla, la Sevilla de siempre, de garbo graciosísimo, de alegría sin igual y juventud eterna; salta otra vez al cordón confuso de los montes, muralla fantástica y ondulosa que parece rodear los campos sevillanos; encuéntrase en el Prado de San Sebastián, famosísimo por sus ferias de Abril y Septiembre; de allá salen las chimeneas de la Pirotecnia; más acá encuentra la Fábrica de Tabacos; y abstraídos ahora la mirada y el pensamiento, tiéndense por los patios llenos de verdor, las columnas esbeltísimas, los arcos verdinegros, las fachadas blancas, donde el sol centellea, los medios puntos, los ajimeces, los tejadillos llenos de jaramago y algún caserón ruinoso, para caer en la Plaza del Triunfo, desconcertada, melancólica, vieja, metida para adentro, como de un martillazo;

por la esquina de la Catedral, la Plaza del Triunfo, con los paredones del Alcázar, los otros gruesos paredones de la Lonja, la Catedral, en fin, coronada de agujas afiladísimas, vetusto ejército de centinelas que parece aguardar en silencio eterno alguna gran voz de la altura.

***

El *Cuasimodo* á quien ya me referí, decíame con mucha seriedad que la Giralda hablaba; yo no hice caso al principio de una afirmación que me pareció estúpida; después he creído que es cierto; que la Giralda habla, que habla bajo algunas veces, muy bajo, como si contase al oído de Sevilla una historia de amores, de esa Sevilla alegre y bulliciosa, que parece oir lo que la Giralda dice, con gran fervor, inclinada á sus pies. No siempre la voz es apagadita; no siempre es dulce; otras veces habla con su gran

voz de huracanes que rompe las nubes y estremece los cielos.

Fué en una tarde primaveral, cuando llegué á creer que la Giralda hablaba; había subido esa tarde á una azotea: rodeábanme multitud de tejadillos desiguales, pendientes, pintorescos; se puso el sol; la Giralda destacábase majestuosa allá en el fondo. Me aturdí de repente.—¡Ah!—pensé,—la Giralda está hablando.—¡Era admirable!—Comenzó un gran repique y desde aquel punto no me pareció absurda la singular manía del ciego; volteaban las campanas y llenábase el espacio de sonidos agudos, medios, graves; cada una parecía al voltear, asomando la greña ó el bronce, lengua negrísima, moviéndose con furia en su boca de granito; las de menos volumen, chillonas, risueñas, charlatanas ó remilgadillas, como alegres comadres en gran conciliábulo; y entre aquel concierto, la voz imponente de *la gorda,* que se destacaba

como robusto tronco en un campo de trigo.

Anocheció. ¿Sería el recuerdo del ciego de las campanas? ¿Sería la hora? ¿Sería la impresión que me produjo la vista de la Giralda, como gran espectro, envolviéndose en girones finísimos de brumas? Las campanas callaron. Las veinticinco bocas del gigante detuvieron sus lenguas... No, que aún hablaba una: *¡la gorda! ¡la Santa María!* Su voz imponente perdíase en la inmensidad. ¿Era cierto? ¿Hablaba? ¿La comprendí yo entonces? ¿Decía realmente lo que estaba pareciéndome oir?

«—¡Basílica! ¡Famosa Basílica hispalense! Te vi nacer y te veré morir. Presencié tu laboriosa gestación de un siglo, y tres siglos hace que te contemplo tristemente, esperando tu ruina. Tus muros irán al suelo. De tus capillas, de tus altares, de tus columnas, de tus bóvedas, de tus puertas, no quedará rastro. En los

huequecillos de tus afiladas agujas góticas no buscarán refugio las golondrinas. En las junturas de tus piedras no crecerá el jaramago, doblándose dulcemente como un surtidor de lágrimas. Cuando pasen los siglos, yo diré al viajero:—¡Ahí estuvo la Basílica!—¡Y mi gran voz cantará un himno fúnebre! ¡Yo no muero! ¡Yo soy perdurable! Ni el rayo me mata, ni el huracán me dobla. Reliquias cristianas sustentan mi pie. Soplo divino selló mi frente. ¿Ves ese sello?

Turris In Fortíssima Nomen Domini.

Tu hora se acerca. ¡La incuria de los hombres es el gusano que te destruye, como el gusano de verdad destruye los cadáveres en sus tumbas!»

***

Cuando bajé de la torre aquel día, que nunca olvido, declinaba la tarde y anocheció pronto; yo permanecí en la Plaza del Triunfo; mis ojos extá-

ticos dirigíanse allá, á las agujas enhiestas, como sombrías estalactitas y estalacmitas, labradas por los genios en la inmensidad; sentí una opresión indefinible, alegría de aquel espectáculo grandioso y sentimiento intuitivo de no tener idea bastante para analizarlo.

A la luz de la luna que empezaba á salir, parecióme ver pasear, sobre las cúpulas de la Basílica, los espectros de los reyes que descansan en sus lechos de piedra; resplandecían en algún huequecillo de la torre melancólicas luces como lágrimas de la muerte; en los calados de las ojivas, parecíame contemplar ojos centelleantes, bocas desdeñosas, pedazos de armadura, en cuyos huecos hacía vibrar el aire sonatas lúgubres. Ningún ruido se oía en la Plaza: era un silencio absoluto que oprimía el corazón; venían hasta mí fuertes perfumes de azahar; el espacio pareció poblarse de fantasmas, seres de otras

épocas, que salían de sus tumbas de granito para volver á sus hogares, á su familia, á sus costumbres; rumor de espadas y trovas y salmos tristes llenaban el amoroso aire, viniendo á acariciar con lúbrica pereza los secos labios y los cansados ojos. ¿No asomó por las almenas del alcázar el casco brillante de algún guerrero? ¿No oí sonar el coselete al golpe del escudo? En un estrecho tragaluz, allá en el fondo, centelleó sin duda la mirada infinita de amor y resignaciones de alguna esclava ó de alguna reina.

Yo, que aborrezco cuanto atrás se quede; que sólo miro adelante, como hombre de mi siglo, pensando, no en lo que ya pasó, sino en lo que ha de venir, sentía apoderarse de todo mi sér el divino encanto de la poesía de la historia. Con un gran esfuerzo de voluntad, pude arrancarme de mi éxtasis, y anduve hacia el Patio de Banderas, dejando tras mí, con mi último adiós, un glorioso pasado en la mole

de granito de la Lonja, en la Catedral, cuyas agujas resplandecían á la luz de la luna, como resplandecen de noche con los fuegos fátuos las piedras de los sepulcros, y en la Giralda, en fin, en la Giralda, irguiéndose imponente en la inmensidad solitaria y silenciosa como dedo siniestro señalando á Dios.

XVII

Bronquita, Canelo y Cojo Garrote

Llegaron á la fragua del tío Berrinche. Bronquita, el aprendiz, tomaba el sol tendido plácidamente junto al cepo del yunque, y entreteníase tirando bocados á Canelo en una oreja; Canelo lo sufría con resignación; al sentir los bocados soltaba alguna vez un ladrido, haciendo contraer con risa mefistofélica aquella cara pobladísima de churretes, como lo está el cielo de nubes en época tormentosa; pero Canelo ponía los ojos melancólicos en las alturas, como si dijese, pensando en su sayón:

—Perdónalo, Señor, que no sabe lo que se hace.

Y luego se aproximaba más á Bronquita, meneando la cola y mirándole alegremente, como si quisiera añadir, dirigiéndose ya á él:

—Vamos, hombre, tírame otro bocadillo, que también te lo voy á perdonar.

Es lo seguro que Bronquita y Canelo eran grandes amigos; amigos muy probados en las tristes vicisitudes del mundo, aunque databa aquella amistad de poco tiempo. No había entre los dos tuyo ni mío; en el plato de latón donde el aprendiz guardaba su merienda, en aquel plato histórico y resplandeciente como la cara misma del *sonaó,* allí comía Canelo y allí bebía: del troncho, en cambio, que Canelo encontrase en cualquier callejón, de aquel troncho tenía Bronquita su parte correspondiente. Frasquito Cruz era la sombra única interpuesta entre los dos amigos, como una amenaza interminable; para que todo fuese común entre Bronquita y Cane-

lo... hasta les eran comunes los puntapiés de Frasquito Cruz. No podía darse más unidad entre aquellos dos camaradas insignes.

Tenían un ángel protector, sin embargo; era Cojo Garrote; pero Cojo Garrote carecía de influencia suficiente para contrarrestar la terrible presión que Frasquito Cruz ejercía en el taller, en ausencia del tío Berrinche principalmente, pues entonces quedaba como dueño y señor omnímodo.

Cojo Garrote, remangado hasta los codos, flotándole el mandil, estaba junto al tornillo desbastando una llave; cogida la lima plana por el puño con la mano derecha y por la punta con la izquierda, y apoyando gentilmente el pie de la *pata fólica* en el pie del banco del tornillo, lanzábase á cada viaje de la lima como un loco por los espacios imaginarios. ¡Vaya puños y vaya alientos! La lima le ayudaba: blanca, hermosa, sus

dientes finos mordían con fiereza el hierro, y el esmeril cubría la boca del tornillo, cayendo, cayendo siempre en brillante chorro, como agua que escupiera alguna gárgola sobrenatural que debajo de la lima hubiese.

¿Y Mecha? Larguísimo, escueto, con el mirar torvo como nunca, caído el caracol por la frente amarillenta y lacio el pelo por el sudor, acababa también su trabajo, cuando llegó Felipa. La patulea se quedó en el taller con Canelo y Bronca, y la gitana pasó junto á Frasquito Cruz sin mirarle. Pero él sí la miró; la miró traidoramente, y pensaba mientras, dando un resoplido de buey:

—¿Quién sería?—Saber quién le asestó el tremendo porrazo en la nuca aquella noche de recuerdo doloroso, eso era su pesadilla, su mal sueño; pensaba más en aquella persona desconocida que en María Dolores.

—¡María!—gritó la gitana, subiendo la escalera precipitadamente..

Se oyó desechar una llave y abrirse una puerta. Frasquito Cruz sintió fieros impulsos de lanzarse escaleras arriba, echar á rodar á la gitana de un empellón y meterse en aquel cuarto que acababan de abrir. «¡Ya lo sabía él! Aquella puerta cerrábase por causa suya.» Rechinó los dientes y dió un tremendo martillazo en el yunque y una patada horrorosa á Bronquita, que saltó como un reptil, echando fuego por los ojos. Canelo lanzó un ¡ay! de protesta, como si el golpe lo hubiese recibido él, y Cojo Garrote anduvo lentamente desde el tornillo al yunque, el cuerpo en pavoroso compás, prueba clara de la indignación formidable que la conducta de Mecha le producía.

No se cuidó Mecha del efecto que produjo aquel estallido de rabia; su idea fija era descubrir al personaje incógnito que le sacudió el golpe en la nuca. Conocía á Paquiro, sin haberle tratado jamás; le vió alguna

vez, hacía tiempo, en amigable consorcio con María Dolores, y sin haberle hablado nunca, le aborrecía de muerte; pero no sospechó que fuera él la persona odiada en quien tenía puesto su pensamiento tanto ó más que en la desdeñosa.

María Dolores fué la que abrió la puerta al oir la voz de la gitana. Se puso un dedo en los labios como para indicar á Felipa que callase; la hizo entrar, cerró otra vez, y llevándosela de la puerta allá, al hueco del balcón, ornamentado con unas cortinas de blancura inverosímil, si se piensa en el humo negro del taller, le dijo muy bajo:

—Porque no sabes; estoy muriéndome de susto; ni me atrevo á salir; y cuando el abuelo no está, entonces me encierro con siete llaves. ¡Vaya con la gracia, y cómo tengo que pasar la vida por tonta que soy! Cabrita mansa parece que no resuella tampoco, por no tener aliento; pero no

me fío, que soltará el bocado á lo mejor.

—¡*Pos* mira tú que tiene el *piyo* unos gavilanes!...—exclamó Felipa gravemente.—En fin, anda y cuenta. Cuenta ya.

Quedaron mirándose muy conmovidas, con el oído atento como si esperasen ver de pronto entre las dos alguna visión siniestra.

XVIII

Frasquito Cruz se pone en acecho.

María Dolores dijo de pronto, irritada y temblorosa.

—Y yo, ¿qué voy á contar, pobrecilla de mí, sino que estoy loca y me desespero, y no sé lo que pasará todavía si Dios no lo remedia, porque entre Mecha y Paquiro me van á quitar del mundo, el uno con quererme y con no quererme el otro?

—A la *mujé* y al *cabayo* no hay que *apretayo*—exclamó Felipa otra vez, con semblante adusto.

—Y verás—decía María Dolores sin interrumpirse, con aquella animación que tan deliciosos cambian-

tes daba á su rostro;—yo cogí la otra noche á mi abuelo y empecé á contarle... pero como si no; le di un cambio, porque la lengua no quiso y no supe cómo arreglármelas; en fin, que no podía. ¡Pobrecito viejo, qué mal rato va á llevar!

—Lo que yo te dije—respondió la gitana, con no menos animación,—á conejo *ío, palo jen* la madriguera. Cuando tu boca se suelte, ya será tarde, y ese garduño se saldrá con la suya. ¡Mariquiya de mi alma, ya ves tú que *horró!*

María Dolores se puso lívida de pensar sólo que en alguna ocasión pudiese caer bajo la infame garra de Mecha.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó juntanda las manos;—¡pero si no sé qué hacerme! Si á mi abuelo se lo digo, lo echará á la calle, y entonces, ¿no sería peor? El susto atroz que á mí me entra por el cuerpo, y por el alma y por todos los sentidos, es que se

ponga con mi abuelo y me lo maltrate, para que yo sufra. Te digo que voy á volverme loca. ¡Válgame Dios, qué apuro!

—Pero demonio de *mujé,* ¿no tienes más que ponerte y ábrete boca y sal lo que *quiera?* ¿No ves tú que tu cobardía va á perderte?

María Dolores guardó silencio; otra cosa había también en su corazón que le atormentaba más que todos sus temores referentes á Mecha: era la imagen de Paco, á quien no había visto desde la noche de su aventura junto á las Mínimas; de Paco, á quien por un segundo había tenido la esperanza de alcanzar, para luego perderla de nuevo. ¡Aquél sí que era tormento!

Felipa fué á la puerta cautelosamente y la abrió con sigilo; la miraba María Dolores con gran incertidumbre.

La muchacha estuvo allí un instante escuchando: nada oíase, ni el

gruñir de la lima de Cojo Garrote, ni el soplar del fuelle, ni el otro resoplar de Mecha, ni los diálogos interesantísimos de Bronquita y Canelo, ni el alboroto de ordenanza entre los ilustres vástagos de la Reonda y Alcuza.

—Se habrán ido—exclamó María Dolores en voz muy baja;—es la hora del almuerzo; Bronquita estará en la puerta con los chiquillos.—Y yendo hasta Felipa, añadió así, ansiosamente:

—¿Qué? ¿Qué tenías que decirme? Habla pronto.

—La *má* y los *barco;* tú no *sabe;* yo lo digo *tó* de una *vé,* sin requilorio... y muera Marta y muera *jarta.* Á Paquiro me lo encontré en la *caye* Evangelista.

—¡Ay! ¿Cuándo!

—La tarde que estuve aquí... Y de pronto, ¡pum! Mecha. *Der* susto me se cayó la canasta.—Ahora tocan *á egüello*—me dije.—¡Ca! Paquiro fué

á *meté* mano y el mulo de Mecha sin *percatase;* quería Mecha *hablá* conmigo y en *ir al corrá queó:*

—¿Y el otro?—preguntó María Dolores anhelante.

—Á mi *lao;* cuando se fué Mecha, rabió y pateó y quiso irse *detrá, pa* meterle el *resueyo pa* entro...—*Etente,* bruto...—y le puse la canasta; y se paró. *Ar corrá* vino; lo puse, que se *jurgaba* y no lo creía; allá traspuso mugiendo, como toro bravo que es, y yo me dije: en *er* buche lo *yeva.*

—¡Ay, Jesús! Pero ¿qué era lo que llevaba?—gritó María Dolores, loca de impaciencia.

—*Er* jabón que le di con lo de Pepiya la Rinconá; *tó* me lo dijo; Pepiya lo llevó y lo *trujo* como zarandón de puerca, y en *Cái* ¡le hizo *pasá ca* tramojo!; pero él *ná:* él siempre lo mismo...

—Pero ¿qué más? ¿Qué más?—preguntó María Dolores ardientemente, —dí pronto.

—¿Es que tú lo quieres *tó* de *gorpe* y *zumbío* como la navaja del tío *Rosao?*—gritó Felipa, con las manos en las caderas.—*Cáyate, mujé,* y espérate tranquila, que quien *quea herea.* «*Po* ha de *sabé* tú»...—Y Felipa se lo dijo todo en su lenguaje abigarradísimo y pintoresco.—«Se enteró muy bien; Paquiro se fué con Pepilla la Rinconá, sonsacado por ella. Trabajó Pepilla en la Fábrica de tabacos de Cádiz cerca de dos meses; en aquel tiempo, Paquiro derrochó los cuartos que á su abuela le pudo sacar. Pero en esto conoció Paquiro á otra de la fábrica de Cádiz, y se entusiasmó de tal modo, que estuvo *la real hembra* á pique de caer y no levantarse en el corazón del mozuelo;» lo que probaba, y fué una reflexión hecha por Felipa á su manera, y que María Dolores no echó en saco roto, que desbancar á Pepilla de firme y para siempre no sería ninguna obra de romanos, en diciendo que una mujer de

bríos y de rumbo se pusiera á ello. María Dolores suspiró. ¡Dónde estaba aquella mujer!

«Entonces, entonces fué cuando *la real hembra* se vino de Cádiz; le salió bien como todo, porque Pepilla nació con sombra. Paquiro olvidó lo otro y tras Pepilla echó. Pero Paquiro no era como antes; Paquiro había cambiado mucho; estaba siempre de un humor de los demonios, y era que el hombre sentíase cogido como por unas uñas muy gordas y muy largas y no sabia cómo arrancar de la carne de su corazón aquellas uñas.» Lo que estaba Paquiro era harto, precisamente, de Pepilla la de la Rinconá; pero ¿cómo se desprendería de aquel gancho finísimo *de la real hembra?* ¿De aquellas caderas? ¿De aquel cuerpo de terribles atractivos? ¿De aquella cara hermosísima y de aquellos ojos? Porque los ojos de Pepilla la de la Rinconá, rasgados, ardientes, adormecidos por no se sabe qué desmayos

íntimos, no eran ojos: eran dos infiernos. De ti para mí, lector, conviene confesar ahora que Pepilla la de la Rinconá no era tampoco una mujer, era un abismo, de cuyo fondo, por contraste singular, brotaba la luz, como brota sombríamente la llama del volcán de los abismos de la tierra.

María Dolores estaba con todos sus sentidos puestos en el discurso de Felipa; bebíase sus palabras, arrancábaselas antes de salir de los labios, sólo con su deseo de oirlas. Felipa accionaba al hablar desordenadamente; se le caía el mantón á la cintura; recogíaselo de un pico, se le caía del otro; la mataza de pelo hizo también de las suyas; se le cayó dos veces; la muchacha hablaba sin cesar y sin estarse quieta un segundo, lanzando una exclamación á cada frase, soltando un refrán seguido de cada exclamación, febril, conmovida, ansiosa...

Y por esto que dije de la abstracción de las dos mujeres, ninguna pudo fijarse en una cosa extraña que las hubiera llenado de horror: una hoja de la puerta de la salita se entreabrió un poco con lentitud, con mucha lentitud, y por la rendija, abajo, junto al escalón mismo, ardieron unos ojos formidables, feroces, resplandecientes de odio y cólera.

XIX

¡Agua Dios... que se quema la casa!

Siguió Felipa. ¡Cómo temblaba María Dolores oyéndola! ¡Qué ansiedades! ¡Qué despechos! Oía el discurso de la gitana y acompañábalo con una gran mímica, vigorizada alguna vez por una exclamación ó un grito que reprimía trabajosamente. ¡Y qué discurso! «Pepilla era una furia que se comía á *tó* Dios como se le pusiera por delante, es verdad; en la fábrica lo probó bien; y si no, que lo preguntaran allí: le tenían más miedo que al demonio, y con aquel edecán de la Percales, ¡pues no digo nada! La Percales era el brazo derecho de la gran

hembra, y entre las dos... ¡lo que Felipa decía, ardiendo en santa cólera!: entre las dos eran capaces de revolver el mundo y de salirse con la suya de llenar de miseria la *jentrañitas limpia* de una *mujé* de bien. ¡Y qué no tenía Felipa muchas ganas de meterle mano á la Percales ó á Pepilla la de la Rinconá, cualquier día de aquellos! Por supuesto que... En fin, la Percales, con toda su poquísima vergüenza, era la que traía y llevaba en aquel lío gordísimo de Pepilla con Paco; pero era seguro también que la una y la otra iban á darse el gran limpión, porque Paco andaba loco por otra mujer, y ahora sí que iba de veras. Otra mujer, y aquello sí que era oro fino, ¡válgame la Virgen! Otra mujer, que iba á dejar á Paquiro como un guante, sin ella saberlo siquiera, *na* más que con su almita dulce y su cuerpo de gloria.»

«¡Otra mujer! ¡No era bastante Pepilla!» Cuando María Doloros oyó

aquello, no tuvo valor para hablar; vió la muerte delante de sus ojos, una visión horrenda con un cuchillo enorme levantado... Cerró los ojos y un sudor frío brotó en sus sienes... Su corazón, su cabeza, su sér entero, todo le pareció que sucumbía en un punto acribillado á golpes. Era insufrible. ¿Iría á morir? El suelo, las paredes, los cuadros, todo empezó á dar vueltas delante de sus ojos.

—¡Agua Dios, que se quema la casa!—gritó Felipa yendo á sostener á la mozuela.—¡Pero *demontre* de criatura! ¿Por qué te pone *jasí,* si eres tú la *mujé* á quien Paquiro quiere?

—¿Que soy yo?—gritó también María Dolores, arrojándose sobre ella como para hacerla pedazos.—¡Dilo otra vez, que yo te oiga!... ¡Dilo por Dios!

Una nube inmensa, negrísima, que hasta entonces pareció haber tenido delante de los ojos, deshízose de

repente. El abismo donde para siempre creía estar hundida, removíase en su fondo, borbotando allí, como chorros de agua cristalina, millares de soles, rientes, deslumbrándola, enloqueciéndola. La esperanza iluminó su rostro, dándole por un segundo una hermosura ideal, conmovedora. ¡Paquiro la amaba! No era á *otra mujer* á quien amaba Paquiro: era á ella. Por eso, en aquel arranque expontáneo de su corazón, habíase lanzado á Felipa de tal forma.

Felipa, entonces, no pudo contenerse. Su pecho pareció reventar como una mina. Un ansia inmensa de desahogarse, de lanzar de sí todo lo que la oprimía y torturaba, habíase apoderado de pronto de todo su sér. Fué un estallido inconsciente, que no se explicaba ella misma, que ella menos que nadie hubiese podido analizar nunca.

—¡Tú, sí... Tú... Tú!...—exclamó entre sollozos terribles...—¡Tú, tú,

—añadió otra vez con espanto, como si de pronto se le hubiese puesto delante un mortal enemigo; y después, prosiguió, sin aflojar en sus sollozos, entrecortadamente, como si cada palabra hubiera sido un gran pedrusco que salía empujado por un golpe del otro.—*E jatí* á quien quiere, María; y ándate al moño, mira que si no *yegará ja la jacituna;* el que está en la aceña muele, que no el que va y viene; anda *pa* el bulto, que yo estoy contigo; que lo que es yo, ayende y aquende con quien te acompaña siempre; y á Mecha como si no: ar loco y ar aire darle *caye;* pero con mucha vista, porque á Frasquito ya tú lo *conoce;* como el alazán tostao; *ante* muerto que *cansao*. ¡Por *Dió, mujé,* no te vaya á *dá* un susto!... Pero yo le estaré á la oreja, y *escudia,* que si me pongo le curo el *alhorre*.

Y Felipa siguió llorando.

¿Por qué lloraba? María Dolores

no se lo preguntó. ¿Podía pensar ella en eso?

Cogió á la gitana las manos, se las estrechó ardientemente y le dijo con gran dulzura:

—¿Pero es verdad? ¿Es verdad lo que has dicho?

—¡Por éstas!—gritó Felipa, cruzando los dedos y besando aquel puñado de cruces, expresión gráfica del ansia con que la gitana quería hacerse creer de María Dolores.

—¡Si no te creo! ¡Si me lo quieres decir para contentarme! ¡Para fortalecerme! ¿No ves que luego sería peor? ¿No ves que luego la cura de mi mal sería más imposible?

—¿También quieres que te engañe ahora?—dijo la gitana, pateando el suelo, colérica.

—Ay, Felipilla de mis ojos; pero ¿es verdad?—repitió María Dolores desfallecidamente.

—¡Y dale!—gritó Felipa,—¿quieres que te lo ensarte *tó* otra *vé?* Y es

verdá que le dije que Pepilla era un pingajo al *lao* tuyo, y que tú le *quedrías* si él se quitaba de líos con Pepa ni con *naide*. Y primero se puso *mu* alegre y *aluego* se fué, renegando de Pepilla la Rinconá y de *toica* su *esendencia*. Pepilla va alguna *vé* al *corrá*, por *la Percale*, y no te *figura* tú lo que *ayí* ensartan; yo estoy hasta el moño. ¡Como que á lo que va siempre Pepa *an cá la Percale*, es *pa vé* si está en el *corrá* Paquiro. ¡Ah, mira!—añadió Felipa de pronto, enjujándose las lágrimas:—Mecha fué *tamié, asina*, como en son de amigo. ¡Amigo! *Der* que cubre con el ala y muerde con el pico. ¡Habrá charrán! Y no sabes tú... ¡Tan *mandible* como se presentó! Delante hago acato y *detrá jal* rey mato. ¡Un run-run me traía!... ¡Que si yo era gitana!... ¡Que si el *tamié nera!*... ¡Que él me quería así, y *asao!*... ¡Que siempre me llevó *sentá* en *mitaita*, en *mitaita* el corazón!... ¡Hombre, y no se le aplasté!

¡Que le dijera quién *larrió* el cate aqueya noche!... ¡Corriendito iba yo á *soltá* la lengua! Quería *hacé* las *pase,* y yo, cantando á la *armohaiya,* que amigo *reconciliao,* enemigo *doblao.* ¡Si se enterara que fué Paquiro!

—Cállate, y no lo digas siquiera! —exclamó María Dolores, como saliendo de pronto de una abstracción en que hubiese estado metida mientras pronunció la gitana la última parte de su discurso.

Felipa esperó anhelante.

—¡Si yo me atreviera!—prosiguió María Dolores, mirando á la gitana con ojos secos, febriles.

—¿A qué?—preguntó Felipa ansiosa.

—A ponerme con Pepilla.

—*Pos* ponte, *mujé,* por el amor de *Dió!* Ajo, ¿por qué no *juiste güeno?* Ponte ya de una *vé* y échale á Pepiya *agrá je nel* ojo.

—No, Felipa; no me atrevo, yo te lo digo. Yo te digo que no me atrevo.

—¿Tan cobarde eres?

—No sé lo que soy, pero es un valor el que se necesita... Un valor como el que á mí me hace falta.

—Pos métele mano ya á Pepilla. Dios *ayúa* á los *güeno*. ¡Anda *mujé*, y dame ese gusto, que estoy ya con esto, que me tiro de una oreja y no me *arcanzo* á la otra!

—¡Ay, Felipa, no me atrevo! ¡Si yo echara coraje! ¡Si á mí no me entrara este temblor que me entra sólo de pensar en Paquiro, ya verías tú! Porque has de saber que es Paquiro quien á mí me asusta; que lo que es Pepilla..., más vale que calle; porque como empiece... Mira... algunos momentos se me figura que soy un gigante, grande, grandón, con unos puños que quisieran aplastarlo todo. ¡Y me dan unas rabias tan negras! Entonces no le temo á Pepilla ni á Mecha, ni á nadie... Pero luego, la luz se me quita de la vista y empiezo á llorar, á llorar, y entonces tiemblo

como un pajarito. ¡Qué malas son algunas gentes, Felipa mía!

—*Pos* mira,—exclamó la gitana liándose el mantón, furiosa;—yo me voy con mi canasta y con mi patulea, que ya estoy hasta la *coronilla* con tu cariño loco, de yo para vos y vos para otro. Andandín.—Como lo dijo, echaba ya á andar.

—¡Espérate, espérate!—suplicaba María Dolores, queriendo detenerla.

—Que no me espero; déjame ya, que esto no se *arremata* nunca.

—¡Si tú no sabes! ¡Si es que me abraso de vergüenza de pensar que Paquiro se entere de lo que le quiero... y se enterará cuando vea que yo me pongo con Pepa. ¿No es eso un bochorno para una mocita? ¡Dilo tú! ¡No sé lo que hago!... ¡No sé lo que me digo!

—*¡Achaque jalodre,* que sabe á la *pé!* — contestó Felipa, desdeñosamente.

—¡Pero si no es achaque, Dios

mío! ¡Si es que me vuelvo loca! ¡Si el cariño de un lado por Paco, y la vergüenza de otro, por Pepilla, y el miedo por otro, á Mecha, están matándome! ¡Si eso no es vergüenza, ni cariño, ni miedo! ¡Si son tres clavos que ni los de Cristo en la Cruz, madrecita mía! ¡Malhaya sean los hombres y malhaya las mujeres cuando nos ponemos á querer.

Y al decir esto, en tono verdaderamente desgarrador, soltó á Felipa, y sentándose, ocultó la cara entre las manos... ¡Lloraba! ¡Lloraba!

Felipa sintió un dolor inmenso, como si las entrañas se le partieran. Su alma grande habíase conmovido intensamente ante la desolada sinceridad de su pobre amiga. Hubiera dado en aquel punto hasta la última gota de su sangre, por ver una sonrisa alegre en sus descoloridos labios.

Se aproximó á ella y la habló con dulzura, en aquellos términos suyos y con aquellos refranes sin fin; pero

tan persuasiva... tan dulcemente habló, supo dar á su palabra modulaciones tan tiernas, tan grandes, que María Dolores alzó la cabeza y la miró con asombro.

Por un segundo su instinto finísimo de mujer, y de mujer delicada y amante, había presentido á la gitanilla, se había compenetrado, se había saturado de ella...

Por un segundo pensó que la figura mísera de la gitana desaparecía, transformándose en una visión de luz; un nimbo brillante creyó ver la nieta del tío Berrinche alrededor de aquella cabeza negruzca... Un relámpago celeste creyó ver brillar, fascinada, en los ojazos bizcos.

Sintióse estremecer, y abrazó á la gitanilla, temblorosa. Vibró su sangre, y pensando en Pepa, aquellos arroyitos azules que parecían correrle con suavidad debajo de la piel, transparentándose, como por la hoja de una flor, engrosaron como si fue-

ran á estallar; y en sus ojos, fieros de amor y orgullo, ardió el rayo.

—Mira. ¿Cuándo va Pepa al Cuartelillo?

—Mañana.

—¿Por qué lo sabes con esa seguridad? ¿Por qué va mañana?

—Porque es domingo; la Percales no va á *trabajá*, y estando la Percales *ayí*, seguro que va Pepa.

—Y estando allí Pepa, ¿estará también Paquiro?

—Sin *farta*.

—¿Estás segura?

—Como *er só*.

—¿Por qué, porque va Pepa?—preguntó María Dolores lívida como la muerte.

—No, porque irás tú... Yo se lo diré... Yo le diré que irás.

—Pues oye—exclamó María secamente,—sí que iré; yo iré mañana.

Felipa dió un salto de gusto y soltó un refrán que no es para dicho; pusiéronse de acuerdo en algunas

partes, que en lo principal sería lo que Dios quisiera; era preciso llevar la cabeza muy alta delante de la gran hembra, y echar bríos, haciendo de tripas corazón, aunque el mismo Paco estuviera presente.

María Dolores estaba anhelante, febril. «¡Ya verían, ya verían!»...

Volvieron la cara las dos, de pronto, con un movimiento brusco: la puerta acababa de abrirse.

La figura extravagante de Bronquita, llena de pingajos y churretes, avanzó hasta ellas con gran sigilo, puesto un dedo en los labios, como para indicar que no hablasen, y sosteniéndose con la otra mano sobre el pecho raquítico la cazoletilla de la merienda.

Se aproximó á las dos mujeres, que le contemplaban con asombro y terror inexplicables, y bajo, muy bajo, imprimiendo á su tono misteriosas variaciones, apenas perceptibles, exclamó ufanamente, cual si

supiera de antemano el efecto que iba á producir:

—¡El *señó* Mecha *la estao* escuchando *tó!*

XX

Lances de honor.

¡Triste momento! María Dolores quedó inmóvil, fijos los ojos como muerta; Felipa quedó contemplándola sin hablar, y su cara de bronce tomó un matiz verde, estragos que hizo en ella el terror que la noticia le produjo. Todo lo hubiese concebido menos la idea de que Frasquito Cruz, aunque ellas, por exceso de precaución, pensasen en él y hablaran temerosas, pudiese estar oyendo lo que hablaban...

Luego de haberse contemplado las dos un instante, como si á la vez hubiesen tenido una misma idea, lanzáronse á Bronquita, que tragaba su

manduca muy satisfecho, como queda satisfecho el hombre de honor cuando ha cumplido un deber sagrado.

—Corre, Bronquita, corre—díjole la nieta del tío Berrinche, suplicante;—anda vé y busca á Paquiro y dile que venga corriendo... pero ¿dónde lo encontrará, Virgen mía?—añadió desesperadamente, juntando las manos.

La gitana quedó indecisa un momento, sin saber al pronto en qué forma poner remedio al gran conflicto; porque no había que dudarlo: Mecha estuvo oyéndolas; Mecha sabía ya quién fué el defensor misterioso de María Dolores.

—*An cá* la *agüela*—dijo Felipa decidiéndose;—anda, Bronquita, corre, que María te dará *pa* tabaco; tira *tó* eso y *juye*. Si está allí Paquiro le dices que se esté allí y no se menee hasta que yo vaya, que le tengo que decir una cosa.

—¿De parte de quién?—preguntó Bronquita, que quería enterarse con precisión siempre, para cumplir de un modo digno como á su gravedad convenía.

—De parte de María Dolores—exclamó Felipa arrojadamente; con eso le dejo allí *clavao* hasta el día del juicio, esperándome.

—Sí, sí;—repitió anhelante María Dolores.

—¡*Mardita* sea!—gritó Bronquita. —¡Si *er tayé* se *quea* solo, porque Cojo Garrote, que venía cuando *er señó* Mecha salió corriendo, se *jué tamié endetrá der señó* Mecha! ¿Y qué *jago* yo ahora?

—¿Cojo Garrote?—exclamaron las dos admiradas y presintiendo lo que aquello sería.

—*Er mesmo*.

—Pues que se vaya al demonio el taller y vete tú y anda pronto y que no te lo diga yo de nuevo.

Bronquita no aguardó más, salió

á escape; pero puedo decir seguramente que no tiró la lata de la merienda y que siguió engullendo sin dejar su carrera precipitada.

También se sabe que Canelo echó á correr detrás de Bronquita, lleno de asombro, y que, de vez en cuando, soltaba un ladrido como preguntándole de muy mal humor:

—Pero, ¿dónde vas, hombre?

Felipa bajó la escalera locamente. María Dolores corrió á ella.

—¿Te vas?—preguntó anhelante.

—*An cá* Pepilla, á *ve* si está allí.

—Pero y yo... ¿qué hago yo?—gritó la otra, desesperada.

—Tú, espérate y ten *cudiao* de mi patulea, María de mi *arma;* dale de *comé* á los *probetiyo,* que no *va na probá* hoy la gracia *é Dió.*

Dijo esto Felipa al pie de la escalera, y salió también á escape en busca de Paquiro.

María Dolores se sentó desfallecida.

¿Qué iba á ser de Paco si Mecha le acometía á traición? Importaba ante todo que Paco lo supiese y estuviese prevenido. Con eso bastaba.

Sabía muy bien María Dolores que, frente á frente, no era capaz de ponerse nadie con su Paco de su alma.

Era preciso aguardar... ¡Aguardar siempre!... Aquella inmovilidad hacíala daño.

Levantóse nerviosa, inquieta, lleno el corazón de presentimientos; para distraerse bajó al taller, llevando comida á los chiquillos.

El Moro estaba tumbado junto al yunque, como antes lo estaba Canelo; Maaleno estaba tendido cara al sol, en mitad de la calle, contemplando impávidamente la inmensidad azulada y esplendorosa, como gran filósofo que no se preocupa ni pizca de las mezquindades de la tierra.

En cuanto á Rebuzno y Tranqui-

ta, era bien distinto; hallábanse junto á la pared, al otro lado del arroyo; el asunto no iba allí muy bien; se había producido cierta enemistad entre los dos honorables sujetos; traía ya cola...

He de apuntar aquí algunos detalles, de mucho interés, que contribuyeron á crear fatalmente la situación difícil, de que ya daré noticia, en que se encontraron estos dos insignes varones. Paquiro, lo recordaréis sin duda, arrojó con gentileza, sólo en él vista, un puñado de perros á los invictos personajes. Ya dije también en hora y lugar correspondientes, que hubo grandes testarazos y hocicadas en las divinas piedras, por arrojarse codiciosos é irreflexivos sobre el vil metal... ese vil metal que con tanta frecuencia consigue poner en dificilísimas y no muy nobles actitudes á la humanidad civilizada de ambos sexos, más ó menos frecuentemente, por conseguir alguna de sus

partículas. Tranca el invicto fué en esta ocasión arrullado por la fortuna; le costó algunos desollones en las rodillas, medio romperse un dedo y un cardenal como una montaña en la noble pensadora frente, nuncio de otros cardenales no menos respetabilísimos de que también tendréis noticia dentro de poco. Con tal ímpetu se arrojó sobre las perras, con tal denuedo soltó coces á granel, como cuando estaba de cabeza en la orza, magullando á sus dignos camaradas, y cogiendo perras á la vez con la boca, con las uñas, con la misma frente, que las cogió todas, hablando en puridad, pero salió hecho un Ecce-Homo. Rebuzno protestó dignamente. Aunque Rebuzno protestase con tanta dignidad, aunque Maaleno y Moro chillaron y aullaron é hicieron mil iracundas zapatetas en el aire, porque Tranquita se alzó con el santo y la limosna, este grave y práctico varón los miró á los

tres olímpicamente, encogiéndose de hombros, con una majestad aprendida tal vez del mismísimo gran hombre de Triana, del mismísimo gran Borriquita.

Moro y Maaleno apaciguáronse; Moro se distrajo pronto de la tremenda contrariedad, metiéndose un dedo en la boca y empezando á chupar como un descosido, noble tarea á la cual dedicaba sus ratos de ocio. Maaleno gruñó sordamente y anduvo un rato alrededor de Tranquita, como un buey alrededor de un poste. Pero Tranquita se mantuvo impasible. Rebuzno era otra cosa. Rebuzno, descontento y ofendido de la acción inicua de su hermano y camarada, mirábale osadamente de vez en cuando y su altivo pecho respiraba dolor y odio contra quien así había renegado de su condición, de su historia y de su linaje, no cediéndole á él, equitativamente, la mitad justa de la ofrenda de Paquiro; y á

Maaleno y Moro que los partiese un rayo.

En el trayecto, desde la plaza del Triunfo á la Cava, habíase acordado Felipa de pronto, al pensar en la noche anterior, de las perras de Paquiro. Soltó la canasta rápidamente y detuvo á los muchachos, presintiendo que iba á resolver, sin ayuda de María Dolores, el tenebroso problema de rellenar aquel día los estómagos exigentes é insaciables de la prole. Se fué como un rayo á los calzones de Tranquita y metió la mano como pudo en sus bolsillos... Pero se le heló la sangre al observar que los bolsillos de Tranquita estaban exhaustos, lo mismo que los vientres, en la ilustre prole de la Reonda. Empezó á gritos con los cuatro *zagales,* en averiguación del destino que las perras tuvieron. Rebuzno, entonces, grave, solemne, magnífico, descargó su venganza sobre Tranquita, diciéndolo sencillamente: la noche

antes, cuando ella se *queó dormía*—¡ay, dormir!—y ellos jugaban en el patio del corral, entretúvose Tranquita en ir arrojando las perras al pozo, una por una, *pa sentí* aquello que sonaba al caer abajo... allá abajo.

El furor de Felipa no tuvo límites. La zurra que se ganó Tranca no lo tuvo tampoco. De la satisfacción de Rebuzno, el lector pío podrá juzgar. La delación de Rebuzno, acto indigno que midió Tranquita en lo hondo de su sabiduría en toda su profundidad y alcance, fué causa de que los ánimos se enconaran doblemente. Se discutió mucho aquello, y vino fermentando en la sombra, aunque las almas parecían serenas.

¡Oh sociedad corrompida, cuán sucio es tu fondo!

Por el camino, cuando iban delante de Felipa al taller del tío Berrinche, hubo también palabras de transcendencia; desbordábase la

indignación en aquellos corazones fuertes y el choque hacíase imprescindible.

Llegaron así á la fragua, sin que Felipa, en su honda abstracción, notase la hiel que destilaban aquellos corazones. Mirábanse, poniendo en la mirada todo su furor. Se amenazaban, insultábanse en voz baja, y aunque en tal ó cual momento salieran del diapasón, la absorción de Felipa en sus ideas melancólicas impidiéronla sorprender el estado interno de los dos indómitos descendientes de Alcuza. En la fragua, la rivalidad, la intransigencia, la intolerancia de los dos paladines fué más grande. Cuando salió Mecha, cuando salió Cojo Garrote, cuando Bronca se puso á comer con su Canelo inseparable, cuando Maaleno se acostó en la del rey panza arriba, cuando Moro, remedando al perrillo se tendió al pie del yunque, los dos héroes de este proceso tomaron el taller por suyo.

Rebuzno, más ágil, saltó como un cigarrón, para ponerse en el borde de la fragua medio apagada. Allí calentábase las manos con placidez. ¡Oh, gozo! Hasta encendió una colilla que Mecha había dejado en el arenero y la apuró sibaríticamente. Tranquita tuvo el acuerdo infausto de saltar también al reborde. ¡No quería ser menos que su rival! Pero saltó con poca fortuna. No supo ó no pudo medir bien las distancias, y dió un costalazo sin segundo en la historia, con grandes demostraciones de hilaridad de su enemigo. El odio, la ira, el despecho, todas las pasiones fulminaron en los ojos del digno Tranquita, por la humillación horrenda, pero mantúvose fuerte, mostrando un exterior altanero que contrastaba con la expresión bufa, en aquel momento, del sin igual Rebuzno. Allí pareció que iban á romperse las hostilidades; pero aguantó Tranquita la marea ahora, y tragándose heroicamente el dolor del

costalazo y la ira que le cegaba, extrajo con muy grande y solemne pompa del abismo de su chaleco—aquel chaleco inconmensurable que recordaréis—un botón de metal, cuya vista fué una puñalada mortal para Rebuzno. ¡Oh, Tranquita tomábase su desquite ahora! ¡Aquel botón era la ilusión grata, el divino ideal de belleza de Rebuzno! Por aquel botón hubiera dado su vida... y hubiera vendido su alma como los antiguos caballeros se la vendían al diablo. Aquel botón, como talismán misterioso, había dado súbitamente la felicidad á Tranquita, robándosela á Rebuzno. Aquel botón fué el colmo, la manzana fatídica de la verdadera discordia. ¡Cruel instante!

En el momento en que María Dolores se asomó á la puerta, Tranquita jugaba á la pícula, mirando con desdén, de una manera que pareciese furtiva, al humillado Rebuzno: una vez cayó el botón de metal en comba

majestuosa á los pies de Rebuzno; Tranquita fué á cogerlo, orgulloso; Rebuzno le puso antes, precipitadamente, un pie encima. ¡Oh, cielos benignos! Inclínase Tranquita á cogerlo; se inclina también Rebuzno; en la lucha de quién lo coge, caen los dos rodando, perdida ya la compostura que corresponde á gentes de nota. Levántase al fin Rebuzno, triunfante, con el botón de metal en la mano; se levanta también Tranquita y su protesta revélase en aullar tremendo... Calla de pronto... lánzase á Rebuzno, y le atiza la más tremenda bofetada que los humanos sintieron. ¡Oh, conflicto! Rebuzno, ultrajado, clama venganza y se precipita valerosamente sobre su ofensor; el dios de los combates ciérnese furibundo sobre aquellas frentes sombrías; los ojos lanzan fuego, las bocas insultos; las uñas y los dientes se hincan en todos los sitios posibles; en el gran ajetreo, caen los comba-

tientes por tierra otra vez; en un segundo se ve el campo cubierto de despojos; el bombín de Tranquita yace allá, como casco abolladísimo por las embestidas de feroz contrincante; una manga del chaleco famoso yace en otro lugar, como brazo inerme, que cortó á cercén formidable mandoble; deshecho el nudo de la cuerda que la cintura de Rebuzno ciñe, la chaqueta entonces, sin el único sostén, se abre amorosa y los cubre á entreambos en el inmenso torbellino; la gorrilla de cuartel, que baila siempre en la chilustra de Rebuzno, salta al arroyo y espera allí tiempo mejor después de haber bailado su última danza.

¿Y qué os diré del tirante de Tranquita? Se enredó á las piernas del otro, y parecían así los dos, tumbados en el suelo, mordiéndose, arañándose, golpeándose, rugiendo, gladiadores de la antigüedad, en combate á muerte, sujetos por una

cadena, hasta la decisión de la victoria.

¡Divina Virgen! ¿Qué hubiera allí ocurrido si María Dolores no acude?

XXI

Que pone al lector el alma en un hilo.

Lánzase á ellos la nieta del tío Berrinche y los separa con la ayuda de un transeunte, costándoles gran trabajo conseguirlo.

¡Oh dioses! Tranquita tiene un ojo casi fuera, de un puñetazo, y un hombro medio deshecho, de un bocado formidable de Rebuzno afortunadísimo.

Rebuzno tiene tres tolondrones como tres catedrales, repartidos con la mayor equidad en su testa majestuosa; también exórnase su cara con varios surcos—nobles cicatrices que

serán,—adquiridas valerosamente en franca lucha y á campo abierto...

Pero sobre Tranquita cayeron principalmente todas las pesadumbres.

¡Oh, buen Tranquita! Tú siempre recordarás desolado tan abominables horas. ¡Qué triste sino fué el tuyo! ¡Qué serie de acontecimientos infaustos te agobiaban! Primero, los magullamientos para coger las perras en el corral; después, desayuno con la zurra de Felipa; costalazo tremebundo á seguida, cuando quisiste saltar á la fragua; inmediatamente, un ojo en muy malas condiciones y un hombro que allá se iba con el ojo, de las acometidas de Rebuzno; por último, la zurra de María Dolores. ¡Hay horas horribles!

Estalló María Dolores, descargando su ira pasada y presente sobre los desvalidos; los llevó al taller, cogido á cada uno de una mano, y allí ¡oh desastre! los dos enemigos reci-

bieron por igual ignominiosa tanda de azotes.

Volvió en esto Bronquita por un lado y Canelo detrás de Bronquita; volvió la gitana por otro, y los tres, el perro, el aprendiz y la gitana, parecían echar los bofes. ¡Qué trabajos, Cristo!

María se olvidó inmediatamente de los chiquillos, para escuchar anhelante. Afirmó Bronquita que no le fué posible encontrar á Paco; Canelo permaneció silencioso... ¡Bronquita hablaba por él! Canelo mirábale, meneando la cola como si asintiese.

Felipa tuvo más fortuna. Encontró á Paco y le dijo que Mecha lo sabía todo; era lo único que podía hacerse con un hombre como Paquiro: prevenirle, y lo demás que lo hiciera la Virgen Santísima. Sólo se podía confiar en eso.

Cojo Garrote no pareció. ¿Qué le pasaría?

El tío Berrinche había ido á en-

tregar un trabajo. ¡A su vuelta sí que hubo chica con grande, viendo el taller solo! «¡*Mardita* sea la suerte de algunos hombres! ¿Era posible que le pasara á él aquello?»

Y dábase, clamando así, unos puñetazos en la cabeza, que sólo la cabeza del tío Berrinche hubiera podido con ellos.

Bronquita se escabulló por un lado, hasta que pasase la tormenta; Canelo se pegó á Bronquita, queriendo seguir su suerte; y renegando Felipa de la hora en que nació para tener que bregar con los ilustres vástagos del *selentísimo señó Alcuza*, dedicóse á recoger los despojos del campo de batalla, afligidísima á la vez, de pensar en lo que sufrirían los lisiados mantenedores, Tranquita, principalmente, que yacía, en un rincón, melancólico, alicaído, con todos los humos por tierra, como él mismo lo estaba.

María Dolores, en tanto, no sien-

do dueña de contener un impulso terrible de su sangre, se abalanzó al furioso viejecillo, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, díjole que Mecha no estaba en el taller por esto y lo otro...

Le soltó la historia de golpe, como costal repleto que de repente se vuelca.

—¡Ay, rejaza!... ¡Conque *tó* eso!... ¡Y yo no lo sabía!... ¡Ah, gran *piyo*... *verei jahora!*

Así declamó el digno camarada del tío Borriquita; así declamó, yéndose para un tranco descomunal que había tras la puerta y queriendo salir escapado, después que lo empuñó.

Detuviéronle la gitana y María Dolores.

María Dolores dijo:

—No, no, abuelo, déjele usted; que no venga más por aquí; por lo que faltó tantos días al trabajo, fué porque Paquiro le dió una buena, aque-

lla noche de que acabo de hablarle; vino luego otra vez á que le dieran trabajo, y figúrese usted mi miedo; no vivía; aguanté el mirlo porque no se vengara ese hombre en usted; pero ya que se lo dije á usted, bien dicho está, y á Roma por todo.

No convenció al abuelo, pero logró dominarle con aquel encanto que tanta influencia ejercía sobre él.

Renegando mantúvose en la fragua, y juró muy callandito una y mil veces que breaba á Mecha de una paliza donde primero lo viera.

Fué saliendo Bronquita de su escondrijo..., fué saliendo Canelo y meneaba la cola, como de satisfacción, porque la tempestad iba pasando sin deterioro grande ni chico para su inseparable Bronquita.

Felipa salió con su gente y con un recuerdo de María Dolores: una falda para ella en muy buen estado aún, ropa del tío Berrinche para los gita-

nillos, que buena falta les hacía, á Rebuzno y Tranquita sobre todo, después del épico lance, y algunas provisiones, en fin, ¡comía!, como exclama el valeroso Rebuzno solemnemente, señalándola con un dedo sucio, cual señala el salvaje la luna de que hizo su ídolo.

¡Ah, buen Tranquita! También él, en unión de Moro y Malaeno, contempla con ojo flamígero, la cola de un bacalao que asoma insolentemente en el fondo de la canasta, bajo la falda nuevecita, regalo de María Dolores.

—¡Que me esperes!—dijo María Dolores cuando Felipa se marchaba. —¡Que me esperes!

Se aproximó á ella y añadió muy bajo, silbándole el aliento, tembloro-sa, palpitante:

—Espérame, ¡ya verás!

Felipa quedó suspensa al oir aquello y al ver, sobre todo, la actitud de María Dolores; quedó suspensa, digo,

con el bombín y el tirante en una mano y la manga del chaleco famosísimo en otra; cargó con la canasta y allá traspuso seguida de la prole, diciendo muy bajito, como quien reza con mucho fervor:

—¡Ay, *marecita* mía!

Subió María Dolores á su cuarto y no habló una palabra más con su abuelo.

Ni ella misma explicábase lo que pudo haber influído en la gran decisión que tomó de ir al Cuartelillo; no se sabe qué ansias de lucha se apoderaron de ella; lucha allí donde más recios fuesen los golpes, donde más se enconasen las heridas, donde más corriera la sangre.

Su cuerpo nervioso y fino estremecíase con calentura de leona al pensar sólo en aquel momento, y se le aparecían Pepa y Frasquito Cruz como dos enemigos temibles á quienes era necesario vencer; á ella, confundiéndola, humillándola delante de

todo el mundo... que todo el mundo fuese testigo; á él, haciéndole pedazos si le era posible.

En María Dolores revelábase de pronto su sangre meridional, candente, brava; mientras se trató de ella, mientras nadie conoció el secreto de su amor, aquel amor por Paquiro que la estuvo ahogando, fué tímida, débil; pero al tratarse de Paquiro además, cuando le vió amenazado, cuando entrevió posibilidad de que Paquiro pudiera amarla, abrióse su corazón de par en par á una luz inmensa que vió aparecer no sabía dónde y que se desbordó dentro de ella misma, infundiéndola valor que nunca tuvo.

Pensó de pronto en Pepilla con desprecio, como se piensa en un enemigo á quien se está seguro de confundir.

Su inquietud era grande; Paquiro estaba avisado, es cierto; pero ¿sería suficiente para que pudiera Pa-

quiro salvarse de una traición de Mecha?

Tenía una vaga esperanza en Cojo Garrote; ella lo sabía; Cojo Garrote era un pedazo de bruto, pero con más corazón que un toro... ¡un corazón tan grande, tan grande! Y como se trataba de ella... á quien conocía desde niña y á quien quería como á una hermana, era capaz de verter su sangre y dar su último aliento. Supo que Cojo Garrote siguió á Mecha, y esto la hizo ver que Cojo Garrote, con su instinto animal —no podía llamarse de otro modo,— presintió algo terrible en Mecha contra María Dolores; porque ir contra Paquiro era ir contra ella; esto, principalmente, le infundía alguna esperanza y le daba más fortaleza; pero vencíalo todo un profundo malestar que la dominaba, que la volvía loca.

En vano procuró convencerse de que aquellas ideas de consuelo, razo-

nadas y justas, debían tranquilizarla; no, no, la figura antipática y repulsiva de Frasquito Cruz interponíase constantemente entre ella y Paco, y el brillo del puñal cegábale los ojos, aquella hoja traidora, que estaba viendo hundirse siempre en la espalda del hombre adorado.

XXII

Frasquito Cruz.

Cuando supo Frasquito Cruz que fué Paco quien una noche le tumbó en la calle, junto á la puerta de las Mínimas, juró dentro de su alma infame la muerte de su rival.

No hubiera podido seguir viviendo sin ver por tierra á Paco, partido el corazón á puñaladas. Dos cosas detuviéronle principalmente: su cobardía y la duda, caso de que lo matase, de hallar luego buen refugio.

Cuando se retiró de la puerta, después que hubo sorprendido el secreto, por la relación que oyó á la gitana, de que era Paco aquel odiado

enemigo á quien no conocía, su primer impulso fué buscarle.

No pudo resistir esta idea; la cólera de que estaba poseído suplía en su corazón al ánimo.

Buscó á su enemigo, y fué milagro muy grande que no le encontrara al punto.

Paco no se ocultó, pero estaba atento, por el aviso que recibió de Felipa, que se había dado, como sabéis, buena maña para encontrarle.

Hubiera sido curioso para un observador seguir las alteraciones de aquel terrible temperamento; cada segundo que transcurría sin encontrar á Paco, era un horroroso suplicio para él.

Su condición falaz nunca pudo admitir la idea de encontrarse con Paco frente á frente, sino asestarle el golpe á traición donde primero lo encontrara; pero de tal modo iba en su locura, que lo hubiera hecho lo mismo frente á frente que á traición.

Si Cojo Garrote, que le seguía desde lejos, hubiera sido capaz de decir una docena de palabras seguidas, el asombro y el terror de quien le hubiese escuchado se habría podido comparar solamente á lo que produce la relación de cosas sobrenaturales.

El gitano presentía, sin estudios que se lo definiesen, que matar á aquel hombre era su única y mejor venganza; su vil naturaleza apartábalo sin lucha del pensamiento de lograr la consideración de María Dolores por las grandes pruebas y los grandes sacrificios, obligándola y enterneciéndola; sólo una satisfacción podía quedar á un espíritu grosero como el suyo: la de herir en el alma para siempre á la mujer adoradísima, matando al hombre á quien ella se hubo entregado... Porque Frasquito Cruz no comprendió jamás que un amor fuera correspondido por una mujer sin el inmediato y brutal tri-

buto; de ahí aquellas formidables demostraciones de su cariño para con María Dolores, de las que veríais un ejemplo sin igual en aquella noche de triste recordación, delante del convento de las Mínimas.

Las fieras tienen su instinto, y también lo tenía Frasquito Cruz; mientras buscó á Paco, aquel instinto hacíale contenerse y ahogar en su corazón las maldiciones, los gritos de rabia, que parecían querer escapársele, como mar sin dique, por su boca de condenado.

No encontró á Paquiro en el primer instante, y más todavía que partirle el corazón á puñaladas, deseó entonces, sin él saberlo, aislarse de todo el mundo y desahogar de algún modo aquella tremenda cólera, que hacía apretar sus puños y ensangrentaba sus ojos y bañaba de asquerosa espuma sus labios.

Hubo un instante en que olvidó por completo que buscaba á su rival

para hundirle su cuchillo por la espalda ó de frente, según lo alcanzase, y mejor por la espalda, como le fuera posible.

Cojo Garrote le vió escapar de repente como un toro bravo, y Dios sabe lo que el infeliz tuvo que hacer para no perderle de vista, ó para volver á echarle la vista encima cuando ya se hubo perdido ante sus ojos; nunca como entonces le prestó tales servicios su pierna coja, y nunca como entonces hubiera visto el observador irregularizado aquel gran sistema de Cojo Garrote, de demostrar su alegría por la mucha mayor rapidez con que anduviese, porque no estaba, en verdad, el majador del tío Berrinche muy satisfecho. Demostrábalo así el monólogo que sostenía en solemnes gruñidos, al caminar sudoroso y jadeante detrás de Mecha.

Subía Mecha por la calle del Betis, y quedábase alguna vez parado,

como si de pronto un poder superior le retuviera.

Contemplaba con ojos sanguinolentos el agua del río, que seguía su curso apacible como burlándose de la tempestad de su corazón; los celos y la lujuria parecían sacar de allí, del fondo del río, para ponerlas delante de sus ojos rabiosos, la figura de Paco, muerto, con el corazón acribillado á golpes, y la figura de María Dolores, como él la soñaba en su feroz delirio, desnuda, blanca, hermosísima...

Su nariz se dilataba aspirando con avaricia el olor de la sangre de Paco y el perfume del cuerpo de la mujer deseada, emanaciones poderosas que parecían venir de todas partes para hinchar sus pulmones, envolviéndole, acariciándole, embriagándole; luego, como si se hiciera cargo de la realidad desgarradora, veía á Paquiro sano, fuerte, en todo el poder de su juventud; veía tam-

bién á la mujer, desdeñosa, adusta, irritada, apartándose... siempre apartándose; sentía en todo su organismo, como si se lo hiciesen pedazos, el golpe que Paco le asestó en la nuca; sentía en lo profundo de sus entrañas negras de demonio el frío desgarrador de las frases de desprecio de María Dolores, y se erizaban sus cabellos y retorcíase como un condenado.

Cojo Garrote le vió tirarse al suelo, le vió morder la tierra y retorcerse con poderoso bramido.

Estaban entonces en el campo, allá, en las afueras, sobre el mismo borde de la corriente; tibia luz alumbraba, y las estrellas empezaron á lucir, haciendo más dulce la tranquilidad de la campiña.

Hubo un segundo en que intentó arrojarse al río; tan grande fué su locura, tan grande su desaliento; se alzó como para correr á la orilla, pero sintió sobre el pecho, al levantarse,

el contacto duro de su cuchillo; esta impresión devolvióle un poco de lucidez y corrió de nuevo desesperadamente en busca de Paco.

¿Dónde fué? ¿Qué hizo? ¿Cómo transcurrió para el furioso aquella terrible noche?

Sólo puede decirse que anduvo sin descanso de calle en calle, de taberna en taberna, bebiendo siempre y aumentando con el vino aquella embriaguez tremenda que ya le producía la sangre de Paco, no derramada aún, y la idea candente del cuerpo de María Dolores, con todo su atractivo de frescura, de gracia, de castidad, con todo el inmenso poema de su amor por Paco, que la embellecía, que la engrandecía...

Y entonces... entonces fué cuando el pobre Cojo, dolorido, maltrecho, rindiéndose físicamente, aunque su tesón era mucho, le perdió de vista entre la turba de beodos que invadían un pasaje—no pasaje de la Biblia,

lector muy amado,—para solemnizar estrepitosamente la noche del sábado, en un ven-que-te-vas continuo de copas y medias copas y de salir y entrar por las diferentes puertas; que no en vano los mil templos suntuosos que Sevilla la culta consagra al dios del vino tienen el sobrenombre de pasajes.

Cuando pasó la noche; cuando las estrellas se ocultaban y despertó el día con toda su pompa de arrullos de pájaros y luz pura; cuando el sol imprimió su primera caricia como una amorosa mano del cielo sobre los tejadillos y las agujas de las torres de las iglesias, y el Guadalquivir parecía entonar con su murmullo la oración más suave, Frasquito Cruz estaba otra vez allí, en el borde del río, torva la vista, hinchado el corazón del virus que le era imposible escupir y de los besos que no podían sus labios hacer estallar sobre aquellos otros labios de la mujer que fué su

vida y que sería su muerte; aquellos labios palpitantes, fresquísimos, cuyo dibujo primoroso, con la poesía salvaje del deseo, su corazón esclavo parecíale contemplar, en cualquier burbuja de las aguas serenas, en cualquier caprichosa nube que manchase el horizonte, en la brizna de hierba del suelo... hasta en las alas de aquellos pájaros que revoloteaban á su alrededor alguna vez para lanzarse en la inmensidad y perderse, como él veía perderse en su imaginación, sin que estallasen siquiera, los besos de aquellos labios, sobre los cuales quería clavar los suyos y hacer crujir sus besos, con la misma rabia con que quería hundir su puñal en el corazón de Paco, y hacer crujir su cabeza bajo la ancha y formidable boca de su martillo...

Y allí permanecía, sin abstraerle nada de aquel cuadro hermosísimo de luz. Las cadenas de las embarcaciones, los cordelajes, los palos escuetos,

se le figuraban líneas pavorosas de aquel destino que le impulsaba á matar...

Y un mar de sangre le parecían las serenas aguas... ¡Sangre de su enemigo!

XXIII

Remembranzas.

Amaneció, y María Dolores estaba febril, impaciente; no durmió en toda la noche. ¡Sueño! Eso hubiera querido ella, un sueño largo, para no despertar nunca, acostada en el fondo de la tierra, si no era feliz con Paquiro. ¿Qué ideas desgarraron aquel cerebro de mujer en las mortales horas de una noche de fiebre? La noche fué horrible. Sentía oprimírsele los pulmones, faltarle el aliento. No se acostó. Se aproximó á una ventana del fondo de la habitación y quedó allí, pensativa, recibiendo en el rostro, como un largo beso, la brisa húmeda, que aspiraba ansiosa.

Permanecía inmóvil. La luna empezó á salir, derramando su luz extrañamente por aquella extravagante accidentación de tejadillos inverosímiles, superpuestos, encontrados, en confusión fantástica, torcidos, cayendo por esta parte, levantándose por aquella, todos cubiertos de hierbecillas, entre las cuales se destacaban siempre los jaramagos altísimos, como brotando de una tierra con buen abono. La ventana de la salita de María Dolores caía á un tejadillo de éstos; el tejadillo, á un patio microscópico; ella fijábase, como absorta, en el cielo. Pensaba siempre en Paco y en Frasquito Cruz; en lo que ya ocurrió y en lo que podía ocurrir. Quería defenderse, sin encontrar manera. ¿Qué medios podría ella encontrar? Era cosa de desesperarse. Permaneció otra vez absorta. Como si aquellos puntitos grises de los jaramagos, que blanqueaban á la luz de la luna, fuesen imanes que iban tra-

yendo á su memoria recuerdos de otros días, pensó en su niñez, en la de Paquiro, en Pepa la de la Rinconá; vivían juntos en una misma casa, con sus padres; pero ellos dos, Paquiro y ella, entonces no conocían á *la real hembra;* vivía Pepa con una parienta suya, porque su madre no la podía mantener; á la madre sí la conocían, pobre vieja que siempre estaba llorando porque á su mocita la trataban muy mal. A Pepa la conocieron después, cuando fué al fin á vivir con su madre en el mismo corral donde vivían ellos. Paco fué siempre el chiquillo mimado de la casa desde que nació, y no se sabe qué influencia dulce ejercía en los demás, de niño y de hombre. ¡Ay! ¡Que se lo contaran á ella, que tanto había sufrido por él! ¡Que se lo contaran á la misma Pepa la de la Rinconá, á quien volvió loca; que se lo contaran á Felipa!... Una nube cruzó por la frente de María Dolores; pasó

con rapidez, de una manera inconsciente, á su primer pensamiento. Sí, desde que salió la criatura del vientre de su madre, cautivaba el corazón de todo el mundo: cuando ella tuvo edad de pensar, fué en Paquiro en lo primero que pensó; preguntaba siempre á su madre detalles de otros tiempos, de aquellos tiempos en que María Dolores no pensaba todavía... cuándo nació Paco, las enfermedades que había sufrido, las primeras palabras que empezó á modular, sus distracciones, sus juegos y otros mil interesantísimos puntos; su madre se lo contaba muchas veces, ¡aquella pobrecita que murió! «La madre de Paco se ponía en una silla, en el patio del corral, con el chiquillo en la falda; nadie pasaba junto á él sin sonreirle; las mocitas, las muchachas, los hombres, hasta la casera, solemne comadre á quien nunca vieron reir, descendía de su trono, dignándose contemplarlo por encima de

sus antiparras de armazón de hierro. Después, ¡cuántas cosas! Jugaban juntos, hacían escapatorias al campo; volvían sin alientos, sucios, con los vestidos rotos; luego, á la escuela; tenía ella once años, él quince; él salía antes, aguardábala á la puerta, pegaba á los otros muchachos como la molestasen; entonces fué cuando Pepa empezó á vivir con ellos, en la misma casa, garrida, briosa, con sus veintidós años como veintidós tormentos para el corazón de cada mocito que la contemplase. ¡Cómo se quedaba María Dolores absorta, extática de admiración ante la real hembra! Cuando ella fuera grande, como Pepa, ¿sería también muy hermosa para tener siempre muchos novios á retortero?... «No, muchos no, uno nada más: Paquiro.» ¡Y suspiraba ya con sus once años!

Pasó aquello, pasó; Paquiro se fué con sus padres al monte, allá, por Sierra Morena, á un lagar que tenían.

No le vió en mucho tiempo... Era Paquiro para ella como un recuerdo vago, dulce, de la infancia. Fué creciendo María Dolores, empezó á transformarse; no veía á Paquiro; pasaron cuatro años. De pronto, una noche, salió el abuelo con el noticion de que marchaba al monte, allá, con los padres de Paco; iba á trabajarles unos días en cosas del oficio; la nieta le acompañaría; no la dejaba sola. Y allá traspusieron. Viéronse en la estación del ferrocarril. Allí estaba Paquiro; de la estación al lagar había dos leguas muy bien despachadas.

—¡Paco! ¡Paco!—gritó el tío Berrinche.

María Dolores miró con desdén. «Qué sería de aquel Paco?» Paquiro, por su parte, buscaba curiosamente; contempláronse; ¿qué sintieron? Ella, así, como recuerdo del perfume de no sabía qué flor seca. Él, nada; pero quedaron mirándose; ella veía un

mozuelo de diez y nueve años, de complexión fina, de cara enérgica, duro, altivo, con unos fieros ojos negros, una piel atezada y unos dientes blanquísimos; él, vió una muchacha de quince años, que resplandecía como un centén de oro acabado de acuñar, con su boca primorosa, su ceño orgullosito y su blancura mate, que fué velándose después con un tono suavísimo de sangre y luz, entre rosa y oro, que se destacaba de sus cabellos y sus ojos negrísimos, como los de Paco. ¿Y aquél era Paquiro? ¿Y aquélla era María Dolores? De pronto echáronse los dos á reir. ¡Bah, sí; eran ellos!

En un segundo toda la historia pasada llenó aquellos dos corazones. Los recuerdos reaviváronse. Las raíces que parecían secas de aquel afecto que la distancia y los años debieron haber destruído, bañáronse súbitamente en olas de sangre, suave, generosísima.

—¡Tío Berrinche!—había dicho Paco;—aquí tiene *usté* un mulo, que va *usté* á ir como en un trono. Y tú, Dolorcilla, ya ves lo que te he traído. —Y señaló una hermosa borrica, con su jamuga correspondiente.—¡Nada, para qué! Otro solio como para una reina.

Ayudó á subir al abuelo; cogió por la cintura á la mozuela para repantigarla allí... en su solio.

Tuvo una inspiración entonces:

—Dolorcilla, ¿quieres venir conmigo á la grupa? Anda; verás, verás qué bien.

—Sí, sí—gritó ella al instante, palmoteando.

—Pero ¿no tendrás miedo?

—¡Ca!

Subió con él; no se tienen datos de la impresión que sufriera el apuesto mocito al sentir el contacto del cuerpo de la chiquilla, ni el de sus brazos, que le estrechaban para sujetarse.

—Cógete bien—decíale él gravemente.

Ella cogíase y reía... Reía, y allá traspusieron por una trocha, perdiéndose á poco en la tortuosidad de la sierra.

María Dolores suspiró recordándolo todo; los jaramagos de los tejadillos parecieron inclinarse cortésmente, como para decirle:—Sí, tienes razón en suspirar, que allí, en aquel laberinto de la sierra, empezaron tus apuros.

Iban al lagar, cuesta arriba, por lo más intrincado; eran las cuatro de la tarde y parecía ya de noche, según el cielo estaba de nubes. En lo que menos pensaba María Dolores era en ver una tempestad en el corazón de la sierra; su pensamiento hallábase en otro sitio. ¿Por qué Paco la llamó Dolorcilla? ¡Dolorcilla! ¡Como cuando eran chiquitines y corrían juntos por la Cava y por el campo, y se metía él en las lagunas con ella á cues-

tas, remangándose los calzones... los dos con grandes risotadas! ¡Dolorcilla! Bien grabado en el alma que lo tenía María Dolores todo.

—¡Arree *usté,* abuelito! —gritó Paco aquella tarde,—que nos va á llover. María Dolores levantó los ojos al cielo sombrío, á las admirables montañas, á los picos enhiestos, como inmensas estalacmitas clavadas en las nubes, y á las hondonadas y los barrancos, en fin, formado todo por tenebrosas contracciones de la tierra y cubierto de vegetación salvaje; María Dolores se hacía la ilusión de estar en una grandiosa tienda de campaña, que tenía por costados las pendientes empinadísimas de los montes, y por toldo aquel cielo plomizo, enganchado bravamente en sus crestas agudas.

Iba el caballo con lentitud, y como absortos ella y Paquiro en tales maravillas; de pronto, aquel cielo gris se desgarró en miles de grietas

ardientes, sinuosas, como se partiría la tierra en un sacudimiento poderoso y mortal, para la destrucción completa del mundo. María Dolores, sorprendida, dió un grito y se estrechó á Paco instintivamente, como su único refugio; deteníase el caballo, aguzaba las orejas y levantaba el cuello, como para contemplar aquella red monstruosa de hilos encendidos que formaban las grietas sin fin del cielo hecho pedazos, como una inmensidad de colosos y cíclopes, esgrimiendo con sin igual furia sus interminables espadas enrojecidas por el fuego, á cuyo choque saltaba el rayo.

—¡Abuelo!—gritó Paquiro con todas sus fuerzas.

El abuelo se había quedado atrás. Respondió una voz lejana como un suspiro.

—¿Le pasará algo?—preguntó María Dolores.

—Viene con el mozo y se meterán en alguna parte — contestó

Paco;—María Dolores no le miraba; empezó á llover.—Mala tarde; te vas á mojar—añadió su amigo.—«¡Ah, Dios, qué tono tan dulce tuvo para decir aquello!» La envolvió Paco muy bien en su manta, como envuelve la madrecita en el pico de su mantón al hijillo amado. ¡Y ella que se propuso hacer la desdeñosa!

Llovía con fuerza; Paquiro apretó los ijares; escapó el caballo, y recordaba María Dolores muy bien que no se oía el galopar, entre aquel fantástico concertante del trueno que hacía trepidar los montes, de los brazos de agua descolgándose ó saltando por los altísimos pedruscos y las torrenteras, del golpe sordo de la lluvia al caer sobre las plantas y los arbolados; del viento, en fin, que arrancaba tremendas notas, retorciéndose entre las encinas y los olivos y haciendo flotar las ramas de los sauces, como verdes cabelleras de fantásticos genios que abortó la tempestad.

En un segundo de calma, cuando los cielos y la tierra parecían tranquilos, como en esos instantes de quietud pavorosa en que los combatientes, jadeando, se miran para empezar de nuevo, se oyó sonar una esquila; vieron después un rebaño, y muy próximo un chozón medio caído. Lanzó Paco hacia él su caballo, cuando el agua empezaba á desencadenarse con más fuerza; y allí, sentados, muy juntitos, en un pedrusco, mientras el caballo mordía los ramones secos de las paredes de la choza, siguieron presenciando recogidamente aquella lucha de los elementos, desencadenados entonces con más ira.

No pensaba ella en su abuelo; estaba como absorta en un mundo inconmensurable y desconocido. Hasta entonces no sintió sobre sí verdaderamente el poder misterioso, la grandeza de aquella hora; hasta entonces, cuando los cielos y la tierra parecían

chocar y las montañas se estremecían, como si todo en un punto sucumbiera; hasta entonces, en fin, cuando Paco la preguntó en voz baja al oído:

—¿Tienes miedo, Dolorcilla?

Y ella dijo con voz firme:

—No.

—¡Bien por los corazones bravos! —Y Paquiro le plantó un beso en la boca.

Ella hizo un movimiento brusco y Paco se echó á reir; oyendo su risa, ella pensaba: «Sí, sí, ya soy una mujer; creí que no era Paco, es Paco.» Sintió frío, se relió en la manta, dobló un poco la cabeza hasta apoyarla en un hombro de Paquiro... Y llegó hasta ella, impregnándola de vida, en medio de la gran amenaza de muerte de la tempestad, el perfume resinoso de las jaras, cuyos rosetones amarillos temblaban entre las hojas níveas salpicadas de sangre; y cegaron sus ojos á la vez—en medio de

aquella explosión de vida del mundo y del beso de Paquiro,—con los festones de llamas de los cielos, enroscándose y estallando en los picos formidables de la sierra, como banderas de luz levantadas en holocausto de Dios.

XXIV

Horas amargas.

Su destino fué desde entonces Paco. ¿Se acordó Paco más en su vida de aquella tarde, de aquella hora y de aquel beso? ¡Qué sabía ella!... Estuvo un mes en el campo; bajaban por las tardes á la fuente: ella, gentil, limpia, risueña, con una rosa en el pelo; él, alegre, airoso, con su ropa á la usanza del campo granadino; bañábalos el sol con dulzura, y el cielo, los pájaros, hasta el agua al caer bulliciosa, parecían regocijarse de la conversación transcendental de los dos mozuelos. Vivieron en un mismo hogar, dormían bajo un

techo mismo, reían, jugaban; pero ¡cuán distinto todo de otras veces! María Dolores deteníase en sus juegos á lo mejor, abrasada de vergüenza, sin que supiese ella misma explicarse el motivo; Paco pasaba también los días sin hablarla, no habiendo razón ninguna para su reserva y seriedad. ¡Y tan felices! ¡Oh amor!

Cuando ella volvió á Sevilla, ¿no fué con la esperanza de ver pronto á Paco en Triana de nuevo? Había oído hablar de la venta del cortijo; de la vuelta de la familia á Sevilla... Y la vuelta fué bien pronto; antes, mucho antes de lo que María Dolores esperaba; Paco volvió solo; sus padres habían muerto; él vivió desde entonces con su abuela, de lo que la venta del cortijo dió y de los ahorros que la abuela tenía. Se vieron otra vez, se hablaron: ella, modesta siempre, feliz; él, guapo, rumboso, alegre... ¡Ay, entonces fué cuando se puso Pepilla por medio, quitándoselo, arrancán-

doselo, con su desvergonzado gracejo y su aparatosa hermosura, viciándole, perdiéndole, haciendo de él un hombre á quien sólo podría limpiar de toda aquella inmundicia un cariño como el suyo. ¡Y luego, Mecha! Mecha también, en el taller desde hacía mucho tiempo, persiguiéndola, espantándola, acometiéndola como un toro dondequiera que la encontraba á solas. ¡Mecha y Pepilla! ¡Qué dos puñales metidos en su corazón!... Y estas reflexiones concluían siempre con el mismo tenaz pensamiento:—¡Yo iré mañana!... ¡Yo iré mañana!...

Aquel mañana llegó al fin. El tío Berrinche no salió en todo el día; no la dejó sola; además, su nieta había dicho apenas se levantó:

—Abuelo, hoy conmigo, aquí, sin moverse.

—Está bien, *mujé,* está bien—contestó el abuelo, tragando saliva, pues lo que él ambicionaba era tragarse á Mecha.

—Y después—añadió María Dolores,—á la tarde, al Cuartelillo, á ver al tío Borriquita; hace ya mucho tiempo que no viene por aquí.

El abuelo no chistó; pedía su nieta las cosas de un modo, algunas veces, que era imposible replicar; el viejo no supo darse cuenta nunca de si aquel modo de pedir las cosas era imperativo ó suplicante. Él sólo se daba cuenta de que era preciso obedecer.

No salió. Por la mañana, Bronquita y Canelo le acompañaron un poco. Se sabe con fijeza que María Dolores llamó á Bronquita apenas llegó el muchacho; se sabe que Bronquita subió las escaleras con Canelo, muy ufanos los dos de que María Dolores les llamara, porque ya se sabe también que llamar á Bronquita era llamar á Canelo; se sabe que María Dolores habló al oído á Bronquita con gran cautela, y que el aprendiz salió precipitadamente seguido del goz-

que; se sabe, en fin, que volvieron á poco los dos y que uno de ellos, Bronquita, como supondréis, dijo á la nieta del tío Berrinche misteriosamente:

—De parte de la *agüela,* que sí, que Paquiro ha *estao* esta noche en la casa y que *sacostó* y que no *sa lenvantao otavía.*

María Dolores no pudo contener una exclamación de felicidad. ¡Luego Mecha no le había encontrado ó no le buscó! ¡Qué día tan cruel! Aturdíase, volvíase loca de impaciencia. Después del medio día, anduvo otra vez en cuchicheo con Bronquita; Bronca y el gozquecillo salieron escapados nuevamente; con respecto á esta segunda salida de los dos camaradas, se tiene noticia de que Bronca cayó de bruces, medio aplastándose la nariz contra un escalón, porque Canelo cometió la temeridad de metérsele entre las piernas cuando con más furia corrían los dos á cumplir el encargo de María Dolores. Pero Bron-

quita, imperturbable en el cumplimiento de su deber, con la nariz medio aplastada y todo, terminó su comisión fielmente, como era de esperar. Presentándose en el taller, dijo á la muchacha, en el mismo tono misterioso:

—De parte de la Felipa, que sí, que *la Percale* está *ayí,* y que la Pepa irá *aluego.*

—¿Y Paquiro?—preguntó María Dolores anhelante.

—*Er señó Paquiro,* que ha *estao ayí* esta mañana, y que irá *aluego tamié.*

—¿Y Mecha?

—*Der señó Mecha,* que no sabe *ná.*

A la caída de la tarde se encerró María Dolores y vistióse de fiesta. ¡Vaya un mérito en la tal personita! Bajó por aquella escalerilla del taller como una cascada de luz por callejón negrísimo. ¡Virgen! El abuelo la miró como loco; nunca había visto brillar el hierro caldeado como brillaba todo

aquel mundo de luz que por la escalera bajaba. Bronquita quedó mirándola también, con aire contrito, á gran distancia, como contempla el fiel en el altar al santo de su devoción, y hasta Canelo soltó un ladrido con mucha gracia, que pareció decir sencillamente:

—¡Esto sí que es superior, *jinojo!*

XXV

Para alto ejemplo y saludable enseñanza del lector.

Vengan aquí pintores, vengan aquí estilistas, vengan todos, que todos hacen falta para pintar, sin que ningún detalle se pierda, el corral del Cuartelillo, en esta tarde de Enero, espléndida, apacible, perfumada y cortísima, porque tanta hermosura, tanta luz, es imposible que dure. Sucede con estas tardes de invierno de Andalucía lo que con la hermosura de ciertas mujeres, hermosura tan delicada, tan suave en su mismo esplendor y fuerza, que un ligero soplo basta para destruirla; la noche llega rápidamente, sin transi-

ción, como mortaja con que de pronto esa hermosura se cubre.

La casera está discutiendo con un vecino, si el plazo para que el alquiler se pague se cumplió ó no se cumplió; unos viejos por el estilo del gran Borriquita discuten también gravemente sobre la situación de España, y expone cada cual el medio único que hay para su salvación completa; los chiquillos saltan y bullen como siempre; en una puerta está la mujer que cose, en otra la que lava, en otra las dos que se espulgan y se peinan. Felipa, rodeándose de sus hermanos, como una clueca de sus polluelos, gruñe y rasga que es una bendición; el tío Borriquita, muy próximo, repantigado en el suelo, hace *empleita* con una majestad que para sí la querrían algunos reyes cuando están en el trono haciendo de sus reinos mangas y capirotes; y en otra puertecilla inmediata, otro grave individuo, retrepado en una silleta rota, rasca un

guitarrucho y vomita á los aires una copleja para él solo, que parece salir de una garganta de barro hecha tiestos, según es la voz de baja, cascadilla y dificultosa, sin hacer caso el hombre del montón de papeles sucios, huesos roídos y botellas y cristales rotos que hay á la entrada de su cuarto, indicio grave de su honradísima profesión de trapero.

La prole de la Reonda está insufrible, pero la Reonda tiene ojos y no ve, tiene oídos y no oye; quien á la prole cuida es Felipa la sin par, que hace ahora canastas también, delante de la puerta, frente por frente y á corta distancia del muy respetable y nunca bien reverenciado tío Borriquita. El tío Borriquita anda hoy medianejo, taciturno y dado á dos mil demonios; no mira á nadie, ni á Felipa siquiera, y eso que es Felipa su ojito derecho; Tranquita, el aventurero de la orza, cogiéndose el pañal, se acerca á él de tarde en tarde, ha-

ciéndole un mohín y sacándole la lengua, para seguir, sin duda, una dulce costumbre; pero el tío Borriquita le aleja de sí, majestuosamente, con cajas destempladas.

—¿Qué tiene *usté* hoy, tío Borriquita?—acaba de preguntarle *Fecunda,* como en el corral la dicen;—y él no se digna responder siquiera. Está en una de sus horas de esplín verdadero; la Facunda, sin embargo, no se arredra; delante de su lebrillo, muy remangada y muy enfaldada, el pechazo al aire, que no por ser Enero el frío es dañoso, y mucho menos cuando se aprieta firme como la Facunda lo hace, dale que le das sobre el ladrillo á la ropa que lava, con singularísima repercusión, muy digna de observarse, de pechos y caderas á cada golpe; la Facunda, digo, y vamos callando, no se arredra poco ni mucho y hace guiños á María de la O, que está hablando con *Sópleme usté aquí*—el marido de la casera;—

guiña á Requinto el de los huesos y los trapos sucios y los cristales rotos, y le hace guiños, en fin, á la Percales, que es una mozuela de dieciséis abriles, con un ángel, que ni en las mismas alturas, y un aquél, que Dios nos asista; tan favorecida por el cielo en su físico, que trae de cabeza á la mitad justa de los mocitos de Triana; tan dulce en su trato, que por dos veces estuvo para ahogar á dos distintas hembras de mucho nombre en lo tocante á valentía, y las despampana, así como suena, si no se las arrancan de las uñas; la Percales, gran amiga en la fábrica de Pepa la de la Rinconá, guasona, viva, aguda y risueña como el rayo de sol primero que iluminó en su cuna á Jesús; la Percales, digo, suspendiendo un poco la costura, miró al tío Borriquita, con los magníficos ojos negros que destellaban luces, y dijo en tono gachón, como de amante moribunda, que lo que tenía el abuelo era que

estaba enamorado. A esta cuerda, que supo tocar la indina muy diestramente, el tío Borriquita repuso, entre dos suspiros, que sí, que estaba enamorado, pero de un imposible.

¡Dios que lo oyó! ¡Vaya un revoleo que hubo! Facunda soltó una risa para haberla visto y oído y no para que de ella se hable; acompañaron la Percales y María de la O, que suspendió su charla con *Sópleme usté aquí;* Felipa gruñó sin piedad y dió un manotazo á Rebuzno, que se chupaba un dedo con gran fiereza—¡ay, no siempre estaban á mano el pan, el queso y los higos de María Dolores!—Rebuzno empezó con una de ayes como si le hubiesen arrancado de pronto hasta las mismas aletas del alma; chilló Tranquita, chilló Moro, y Requinto soltó una de ajos espantosa, porque el gran estruendo le impedía seguir maltratando á los cielos y á la tierra con su canturrear y su musiquilla.

Sí, el gran Borriquita estaba enamorado de un imposible: de la idea de llegar á tener una burra. Ya lo había él dicho muchas veces; pero los tiempos estaban malos, muy malos; lo que es la *empleita* no le sacaría de pobre. ¡Ah, cuando él iba por las calles de la ciudad con su frutero en el roete pregonando su fruta! ¡Entonces sí que marchaba el mundo!... ¡Y cómo corría entonces la monea! Pero ya no podía el hombre con la carga. ¡Ay, si él se hubiera encontrado una burra que le pudiera llevar los fruteros!

—¡Ya pareció la burra!—gritó María de la O, con una gran risotada.

Era lo que él decía: cada hombre tiene su debilidad; al principio era la debilidad suya eso de la *mujé;* luego eran su debilidad los cónquibus, para reirse de la suerte; pero lo que es ya, con una burra que le llevara la carga tendría él bastante... Y que no creyesen, *¡empleita!,* que no creyesen;

estaba juntando dinero y la compraría á lo mejor.

—¿Y desde cuándo junta *usté,* tío Borriquita?—preguntó la Facunda, tundiendo con las manos regordetas la ropa mojada, que escupía sucísima espuma.

El tío Borriquita no puede dudar; está la cuenta muy bien ajustada; lo dice muy grave: junta para *mercá* la burra de su alegría, desde el año noventa y nueve.

—¿Y cuánto juntó *usté* ya?—le preguntó la Percales, con aquella guasa que, aunque no os lo parezca, constituyó siempre su principal encanto.

¡Aquella, aquella cuenta si que la tenía bien sacada el gran Borriquita! Juntó catorce reales y medio.

—*Po* si es *jasí,*—dice Requinto,—cuando merque *usté* la burra podrá darse con ella unos paseítos por la *eternidá.*

¡Allí si que fué ella! Reventaban

las mujeres de risa por la pesudumbre del gran hombre. Todos á una acometíanle con agudezas y floreos; allí los gramáticos hubiesen aprendido frases concisas, sobrias, oraciones contundentes, todo el colosal vocabulario de los corrales de Sevilla, con sus agudos y elevadísimos conceptos; pero aquella gran balumba, á un personaje solamente del eminentísimo cónclave traía sin cuidado: á la Reonda, dale que dale siempre á la canasta.

XXVI

¡A las armas!

No quiero pensar hasta dónde hubiera llegado la soflama y la chacota, con el acompañamiento indispensable de indirectas que se hundían como cuchillos, si no suelta Felipa el trabajo y no se levanta, como un alambre de acero encorvadísimo que de pronto se estira, y no los pone á todos como digan dueñas: «¡Vaya un Dios!.... ¡Y qué manera de tomarle el pelo al *probeciyo* vejete! ¡Fuera de aquí, so lagartas! ¡Bien se podía ir *ca* una á reirse de su madre y no del tío Borriquita, que al fin y al cabo era mejor que todos ellos! ¡Dejarlo que junte *pa* su burra! ¡Así yo

pudiera dársela! El *probe* echaría mucho tiempo en juntar *pa* la burra; pero lo que es ellos, indecentes, *porquinces,* guasones, no juntarían entre todos nunca ni tanto *asina* de vergüenza.»

¡Jesucristo divino!... ¡La Percales se fué para Felipa, cuando concluyó su discurso; se fué para Felipa, mirándola con aquellos ojos que parecían dos puñales flamígeros, alargando aquel cuello mórbido, puestas las manos en las caderas y medio colgando el pañolito de los hombros, como tremenda sacerdotisa de no se sabe qué tenebroso rito, preparándose para el singular holocausto; y con lentitud, con mucha lentitud, como la podredumbre de la parte de un cuerpo va comiéndose la otra parte sana, así se aproximó á Felipa hasta meterle casi su linda nariz en la boca, preguntándola sencillamente y produciendo en el auditorio un instante de expectación solemnísimo:

—¿Es por mí *tó* eso?

—¡Anda morena, ya se armó! ¡Ahora *verei!*

Esto dijo Requinto, saltando de su silla desvencijada y poniéndose el guitarrucho bajo el brazo. Facunda llamó á Percales con tremebundo grito; María de la O á Felipa; asomáronse á los corredores hombres y mujeres, curiosos, ávidos, como con ansias de saborear un condimento superior; la ditera asomó la astuta y angulosa faz por la ventana; la casera dió cuatro gritos de mando para restablecer el orden; con este trajín no pudo oirse lo que Felipa contestó á la Percales, de que «si no le daba vergüenza de meterse con un pobre viejo». Y quisiera yo que la hubiérais visto en aquel punto, con su cuerpo escuálido, su talle flojo, del que caían unas faldas lacias, aquel monte de pelo negro deshaciéndose y precipitándose como torrente sombrío por la espalda y los hombros, aquellos oja-

zos del color del pelo—uno de los cuales, el derecho, miraba á lo mejor todo lo del revés posible,—y que centelleaban ahora de inmensa ira, dando al ardentísimo rostro de bronce singulares matices, y el manejo, en fin, de aquellas manos huesudas, al decir ella sus razones á la famosa Percales.

Percales se retiró de la Felipa riéndose locamente. Al retirarse, la señalaba con el dedo, doblando la hermosísima y descarada silueta en las convulsiones de la risa y dándose manotazos en los muslos, como si no pudiese contener aquellos grandes apretones de hilaridad que la cogían toda. «¡Vaya con la gitanucha, bizcona de los demonios, que siempre tenía que ser el paño de lágrimas de *tó* el mundo!» Las amigotas de la Percales, las que la temían y la adulaban, hiciéronla coro con grandes risas y comentarios, repitiendo las palabras de la temible mozuela, lo

de la gitanilla, bizcona de los demonios, en particular.

A Felipa no le gustó la broma; con un retintín comparable solamente á la soflamería de su contraria, soltó cuatro frescas, como cuatro tiros, con gran satisfacción del noble auditorio, diciéndole que «era una tal y cual y que ella nunca le limpió *ná* á *naide,* ni las lágrimas tampoco, á no ser á Tranquita y de Tranquita para abajo; y, en fin, que más valía ser paño de lágrimas que no una escandalosa, sin vergüenza, que á todo el mundo quería poner en cuatro patas con su cuerpo bonito y á todo el mundo quería llenar de miedo con su palabra garrotera...» Y allí puso cátedra Felipilla la de los cestos, explicando á los escogidísimos oyentes, con la sal de Dios, la vida y milagros de la Percales famosa.

Pero Percales no se abalanzó por esto; la indómita se echó para atrás, y en un tonillo con más cadencias

que música de Suppé, dijo truhanescamente:

—¡Ay, con la Felipa!... ¿Te vas á *quear* conmigo? ¡Estaría *güeno* eso, criatura!

Y Felipa, remedando magistralmente su tono:

—¿Contigo? ¡Quedarme yo con la señora de *los Percale!* ¿Qué diría su *rial majestá,* el *gobernaó,* si yo me *queara* con *eya? ¡Jesú,* qué asco! ¡Quite *sosté!*

—¡Mira quién va á *hablá!*—gritó Percales, descomponiéndose de pronto;—¡la señora princesa, que tiene á su padre, el *selentísimo* tío Alcuza, en *presiyo,* el *infelí,* por capitán de ladrones!

Felipa se lanzó á Percales como una leona. Percales se lanzó á Felipa lo mismo (grandes aplausos en el público). Requinto aullaba de placer, dándole al guitarro; la ditera gritaba en su ventanucho para que contuviesen á las mantenedoras, que queda-

ron en medio de un gran corro como si se tratara de una interesante riña de gallos; los corredores se atestaban de gente de aspecto singularísimo, propia de aquel palacio encantado de la pillería y el hampa. Tranquita y Rebuzno lanzáronse á Percales como dos hienecillas, colgándose de su cuerpo, arañándola, mordiéndola, y ella revolvíase como una loba; un hermano de Percales, chiquitín, finillo como una culebra, se enroscó también á Felipa; Felipa le sacudió de sí, como nos arrancaríamos del cuerpo un gato que nos asaltara, y el felino entonces cogió un pedrusco y se lo tiró á la cabeza intrépidamente; le dió en un hombro. María de la O, mientras, en vez de separarlas, decía con voz de trueno á Facunda, metiéndole los puños por la nariz:—Y *tó* esto quien lo arma es Pepilla la de la Rinconá, que mal tiro le peguen. Ella, sí, machota, faralares, indecente; ella es la que trae estos polvos y

la que revuelve el mundo. ¡Si era pan *comío, mujé!* Lo bueno que esa haga, que me lo claven á mí en la frente. Era pan *comío,* porque Felipa se trata con la María Dolores, y lo que quieren es reventarlas á las dos, porque Pepilla está oliéndose que se le va el arreglo de Paquiro. «¡La *mu cochambre!*» ¡Si eso lo sabe *tó* Dios!... ¡Es claro! Y la real hembra con *tó* su rumbo y la señora Percales con su trapío, nos van á meter la lengua en los talones! ¿Sí? ¡Pues esto... esto... y esto! Y María de la O, soberbia de cólera y divina como un ángel, hizo con mucha inspiración, para dar fuerza á sus palabras contundentes en verdad, ciertos signos más contundentes aún, en competencia con el sastre más diestro y rápido que pueda haber.

Se sabe de cierto que la Percales y Felipilla quedaron como dos lástimas, porque los dientes y las uñas tuvieron grandes problemas que re-

solver en el trance solemnísimo; tiénese también noticia de que concluyó la batalla por cansancio de una y otra, y no por la solicitud que los vecinos se tomasen para separarlas; de modo que fué suspensión de lucha más que término; se sabe que María de la O continuaba en su fiero discurso, metiéndole siempre á la Facunda los puños por la nariz; se sabe que la Facunda oíalo ya con poquísima resignación y que estaba ardiendo por soltar su lengua, y sus manos también, si convenía—que la Facunda era eminente como las otras en sus discursos y ejemplos;—y se sabe, en fin, que la Facunda contúvose y dejó que María de la O prosiguiese, porque vió entrar en aquel punto á una moza que debía de ser tremenda, juzgando por el efecto que su aparición produjo en los espectadores. Quedó la moza un instante mirando y oyendo, como si pusiese en lo que escuchaba y veía, no los dos sentidos

que corresponde, sino todos los sentidos; impúsose en un segundo, por lo que hablaba María de la O, de lo que hablaron y pasó antes, y echándose sobre los hombros los picos del mantón en un movimiento brusco, que permitió ver la enérgica curva de su talle majestuoso, dirigióse á María de la O, que no la veía por hallarse de espalda; y cuando estaba la rabiosa en lo más descarnado de su discurso contra Pepilla la de la Rinconá, «la locona, la mala hembra, la pierde hombres, la indecentona», sintió un golpecito en un hombro, y volviendo la cabeza rápidamente, hallóse con la tranquila moza de referencia, que le dijo en tono de súplica, produciendo pavor con las variaciones que dió á su palabra, de dulcedumbre, de ironía y de tremenda mofa, imposible para el histrión más perfecto:

—¡María de la O! ¿No te da lástima de tratarme así, *mujé?*

Y Felipa entonces, tentándose

con una mano la nariz, que quedó muy desarreglada de un bocado de la Percales, y recogiéndose con la otra la faldilla hecha girones, murmuró, con el torcimiento de hocicos que recordáis:

—¡Anda con *Dió!* Eramos *poco jí* parió mi agüela.

El público esperaba con ansiedad. La Reonda hacía canasta.

XXVII

La gran Pepa

Creyeron que María de la O no iba á saber qué decir, hallándose de pronto bajo aquella mole que se le vino encima; pero como ante todo fué siempre corralera María de la O, y de las más ilustres, se puso en jarras y se desgarró toda con este grito, que hinchó las venas de su cuello y sus sienes.

—¡Pues sí, ea! ¿Y qué?

Solemne instante. ¿Cómo no se lanzó la real hembra á destrozarla con sus hermosísimos dientes? ¡Oh, asombro! No se vió jamás aquello en Pepilla. El auditorio mirábala suspenso. Requinto, inclinado hacia adelante,

con el guitarro sobre el vientre y las manos sobre las cuerdas, presentaba la figura más singular. ¿Y los restantes miembros de aquel cenáculo respetabilísimo? Las mujeres, los hombres, Rebuzno, los otros granujas, Felipa... Fué cosa de magia; hasta la Reonda levantó los ojos; hasta el tío Borriquita dejó de hacer pleita; quedóse Facunda inmóvil, con las manos apoyadas en el fondo del lebrillo y la legía hasta los codos; dejó Felipa de tocarse la nariz; dejó Percales de renegar de lo humano y lo divino, y hasta María de la O, la misma María de la O, en el silencio sepulcral que había seguido, creyó oir aún sus anteriores palabras, como si le estuviesen vibrando con la sangre dentro del corazón:—«¡Pues sí, ea! ¿Y qué?»

Nada. Hay segundos verdaderamente providenciales para ciertas criaturas; María de la O no lo dirá jamás, porque ni ella misma lo supo. Habíase cernido la muerte sobre su

cabeza; fué un instante... menos, lo que dura una ráfaga, una centella, una palpitación, pero estuvo á punto de morir; la salvó María Dolores sin saberlo ni pretenderlo, la salvó la misma por quien ella metíase á caballero andante. Hay un Dios.

Dios y Pepa sí lo sabían; Pepa apretó sus dientes finísimos, echándose para adentro la espuma de cólera que afeaba sus labios como con viscosidades de reptil; y contúvose de pronto al ir á lanzarse sobre María. Entraba María Dolores. Vió Pepilla dibujarse de repente su silueta suave en el marco del viejísimo portalón; la vió adelantar de repente, airosa, firme, risueña, resplandeciendo de hermosura y gracia; toda la sangre pareció detenérsele á Pepilla en el corazón y paralizar sus latidos, y quitarle la palabra y quitarle el aliento.

Sus manos, próximas á hundirse en María de la O, contraídas hasta

hacer un puñal doblado de cada dedo, para hendir, furibundas, la enemiga carne, quedáronse flojas, sin fuerzas; sus dientes, que rechinaban de impaciencia por destrozar aquella misma carne odiada, apretáronse como por un fenómeno cataléptico, y quedó con los ojos inmóviles, fijos en aquella silueta finísima de mujer que se acercaba, se acercaba siempre... Perdió por un segundo noción de todo la real hembra; no sintió; no pensó; no veía más que aquello aproximándose, como si viéramos venir hacia nosotros un enemigo, contra el que nuestras fuerzas no bastan, é instintivamente nos diésemos cuenta de que nos es superior.

Adelantándose al tío Berrinche, se metió en el grupo María Dolores, saludó como si de nada se hubiese dado cuenta; estaba alegre, radiosa; brotaba la vida de sus ojos como del cielo brota la luz; la risueña frase brotaba á sus labios, como la vida y

la satisfacción á sus ojos; se fué para la Percales y la besó ruidosamente; tuvo una ocurrencia feliz para María de la O; se fué á la Facunda y también tuvo su frase para ella... Y lo mismo para todos; sin desconcertarse, con tranquilidad, iba del unó al otro sitio y hablaba con éste y con aquél, con el mismo aire de confianza y reposo con que una reina de la moda está en su salón, rodeada de admiradores. Habló con el tío Borriquita, con la Reonda, con Requinto, con *Sópleme usté aquí,* y de repente se lanzó á la real hembra de un salto, como una víbora; y pegando á ella su cuerpecito, como para escupirle en la boca el virus desde más cerca, la echó los brazos al cuello, la besó y dijo palpitante:

—¡Ay, Pepa, pues si no te había visto, hija!

La voz de Pepilla fué entrecortada, como no pudiendo mover la lengua con facilidad, aquella lengua,

náufrago perdido en el torrente de maldiciones que á la boca le subía, para caer como diluvio de fango en el alma de María Dolores; fué su tono entrecortado, y sólo dijo:

—Sí, que no me verías; como tú no sabes que yo vengo aquí mucho... por eso no te acordabas.

Y no sabía, al decir esto, si la estaba abrazando también ó estaba ahogándola; no se sabe cómo no la hundió los dos puños cerrados en el pecho, allí, donde estuvieran sus pulmones, para partírselos y que no respirase más. Fué á hablar... Iba á abrir la horrorosa compuerta para que todo el fango de la Cava volcase, y no supo qué misterioso poder logró, contra su voluntad, que se mantuviese inmóvil. ¿Fué quizás el asombro que le produjo la mirada de reto que María Dolores le lanzó, teniéndola cogida aún entre sus brazos, juntas las bocas, juntos los ojos, clavándose las dos mutuamente la mi-

rada en el corazón, como desnudos aceros, afilados por el dolor y por la cólera encendidos?

Y era de ver María Dolores en aquel instante; la impaciencia la consumía; ahogábala la fiebre, y aquel calor puso en su blanco rostro animación extraña que sorprendía. No era su falda graciosa de percal, ni su mantón grueso, llevado airosamente, como lo lleva la mujer del pueblo andaluz; no era su pelo brillante, adornado de flores, ni sus pies calzados, que ni los de la misma Infanta sevillana, ni sus dedos cuajaditos de sortijas, como los de las vírgenes de las iglesias; no era todo esto gracioso, limpio, señoril, lo que cautivaba; era otra cosa sin explicación; no estaba en sus ojos, ni en su boca, ni en su talle... ¡Ah, demonio de Pepilla! Sólo Pepilla, con su bravo cuerpo de leona, hubiera podido competir con aquella radiante y primorosa figura de mujer.

¡Ay! el sentimiento único de Pepa, cuando la tuvo tan próxima, fué ya el de una envidia amarguísima ante aquel rostro fresco, lozano, de piel tersa y fina, aquellos labios encendidos, aquellos ojos negros que chispeaban, y aquella esbeltez, y todo el vigor y la dulzura de aquel conjunto en que naturaleza pródiga derrochó sus galas; los treinta años de Pepilla la de la Rinconá parecieron protestar allí con misterioso recóndito grito contra aquel botón de clavel apenas entreabierto; aquel grito que se tradujo en este clamor mental:—¡Se quedará con mi Paco!

Irguiéndose brava ante aquel pensamiento desgarrador, aprestóse á la lucha; como si presintiera su astuto espíritu el juego de María Dolores, en él siguió, abrazándola y besándola amorosamente, placentera la faz, muriendo de dolor y rabia; en sus grandes ojos de leona enferma, aquellos ojos cansados, adormecidos

por vigilias de amor, ardió un rayo de fiebre misteriosa, chispa fugaz, como en los ojos del agonizante. Aquella calma precursora de explosión tremenda, que habían todos observado al encararse con María de la O, disipóse. Era horroroso lo que la cólera y los celos estaban allí elaborando activamente.

Percales y Felipa las miraban inquietas; no podían explicarse la actitud de aquellas por quienes se acababan de hacer pedazos. Hubo allí mismo quien creyó mentira todo lo que antes había dicho María de la O, del coraje que María Dolores y Pepa se tuviesen, y quien no supo explicar la contienda entre Felipa y la Percales; y como Requinto salió entonces con la ocurrencia de dar un artístico golpe en el guitarro, hacia el guitarro y el *tocaó* fuéronse muchas dignas personas del cónclave y tomó el asunto bien distinto aspecto. «*Ayí* no había *pasao ná.*» Percales se

aproximó á Pepa curiosamente; Felipa se aproximó á María Dolores y formóse allí un grupo con otras mozuelas. *Sópleme usté aquí* echó al aire una copla, excelsa hermana de aquel rasgueo del guitarrillo, que rasgaba la carne como la lanza del sayón famoso se la rasgó á Jesús; y con el guitarro, con la copla, con el gritar, con el barullo jactancioso de la andaluza grey, aquel humillo de tragedia que poco antes parecía emanar de los corazones, de los alientos y hasta de la última grieta de las vigas apolilladas del corredor, perdióse rápidamente como nube que el viento barre.

Perdióse el humillo trágico, y María Dolores, mientras, decía entre el grupo de muchachas de Triana, aludiendo á Pepa la de la Rinconá, cogiendo sus manos, mimándola, sonriéndola:

—¿Quién, ésta? ¡Si yo la conozco desde chica! ¡Tan guapa siempre!

¡Así era yo de grande—y se inclinaba para señalar con la mano á la altura de la rodilla.—¡Qué!... ¡Si ni siquiera sabía andar! Y ésta se llevaba de calle á medio mundo con esa gracia que tiene; parece que fué ayer. ¡Digo, y hace tantos años! ¡Como que tengo diecisiete! ¡Ay, Jesús! ¡pero si soy ya una vieja!

Pepa la miraba sonriendo: «¡Ah, qué garganta tan bonita tenía María Dolores y qué á propósito para cogerla bien... y apretar, apretar cuidadosamente, con mucho cuidado, hasta que María Dolores no respirase... Ni hablara... no, no, ni hablar tampoco!» «¡Ah, Dios santo! Entonces sí que María Dolores no podría decir otra vez, en aquel dulce tono, que Pepilla era vieja, ni decir á Paquiro, calladamente:—Te quiero y seré tuya, y más feliz que Pepilla te haré yo!»—la real hembra miraba el cuello de su rival, y clavaba allí los ojos como si los ojos fuesen sus manos.

Cogió la cabeza de María Dolores, con aquellas manos finas, blancas; las bajó hasta el cuello, las tuvo allí, jugueteando, acariciadoras, dulces, como dos flores que se enroscan á un tronco alabastrino.

—Vaya, mujer—decíale en tanto, con su temible dejo andaluz, que abrasaba el alma por lo gracioso:—¿Y cómo has salido de aquello que te pasó con Mecha?

—¿Con Mecha?

—Con Mecha, sí; delante de las Mínimas.

—¿Lo sabías tú?—preguntó María Dolores cándidamente.

Pepa sonrió; aquella sonrisa fué como la yema del dedo que pone el asesino en la punta del puñal, para ver si está bien agudo; luego clavó el puñal así:

—Pues ¿no lo había de saber? Me lo contó Paquiro.

—¡Paquiro!—repitió María Dolores, cobardemente.

Pepilla hundió el puñal hasta el pomo, besándola en la boca; lo hundió, diciendo con mucho interés:

—Verás: estábamos en mi balcón, ya sabes, allí, en la Cava; mi madre había salido; yo, ya ves... no quería que Paquiro también se fuera. ¡Sola está una tan mal!... De pronto, allá, por las Mínimas, oímos unas voces; luego un perro que ladra... Y se veía divinamente. ¡Digo! Eran un hombre y una mujer; yo le dije á Paco:—Anda, anda, ¡pobrecilla! — Y allá traspuso...—¡Ay! ¿Pero qué te pasa? ¿No ven ustedes cómo se ha puesto?... ¿No ves tú, Percales? Pues mira, habrá sido acordándote del susto que Mecha te hizo pasar.

Y María Dolores, blanca como la cera, repitió apagadamente:

—Del susto, sí; no quiero acordarme.

La mirada ardorosa de Felipa quemó su alma y le dió bríos; se apartó de la real hembra, en un gra-

cioso movimiento, y añadió con gran viveza, torciendo el hociquito, como valvulilla misteriosa que se abre para producir la muerte:

—¡Buen personaje está Paquiro! ¡Venga porte y lucimiento!—Y añadió, dirigiéndose á todas, sonriente:

—Cuando éramos así, chiquitillos, que lo diga Pepa que está aquí; andábamos siempre juntos. Mi abuelo me decía: — Oye, con Paquiro no quiero que te reunas, que es un haragán; ni estudia, ni trabaja, ni se conseguirá de él cosa de provecho.— Yo, como si no, ya se ve, ¡los chiquillos!... Pero luego, cuando ya fuímos grandes, cada uno por su lado, él se enfurruñó y casi nunca iba á mi casa; pero la noche de las Mínimas y de Mecha... ¡ay, maldito Mecha, qué mal rato me dió! Pues verás; aquella noche empezó otra vez con zalamerías; porque no creas, lo que es Paquiro, lo que dice Felipa: como el amor trompero; cuantas veo, cuantas

quiero; lo mismo le da un vejestorio que una chiquilla. Pepa, que lo conoce, lo tiene que saber. ¿No, Pepa?

—Pero ¿tú lo quieres?—preguntó Pepa, como si agonizara.

—Pues lo que es yo, te voy á decir la verdad: si no fuera por los líos que siempre se trae, no digo que no. Y no es porque á mí me importe; porque con mi querer nada más, ponía yo á Paquiro puro como el fuego; que no me gusta limpiarlo de la basura que le deje en el alma algún mal bicho.

Sintiéronse gritos en la calle, y allá fueron algunas mujeres; Pepilla, con el jaleo que se armó, pudo decir entonces á María Dolores, como escupiéndola toda su rabia en los ojos:

—Mira, le mataré primero.

No la oyó nadie; Felipa había corrido al zaguán con las otras mujeres al sentir las voces; Percales habíase puesto á hablar con su hermano, el héroe chiquitín del pedrusco; María

Dolores soltó una carcajada; caíasele el mantón, y se lo quitó para arreglárselo; lo cernió en el aire de un modo para unir las dos puntas, que parecía, más que mantón, el percal cuando se le presenta al bicho en la arena, y exclamó risueñamente, con un dejo de gloria:

—¡Irás á la cárcel luego, mujer!

—¿Tú no lo crees?—rugió Pepilla.

—¡Bueno, anda!

Se abrió entonces un grupo de hembras en el mismo zaguán, y brotaron de allí, hacia el interior de la casa, Bronca y Canelo. Venían los dos sofocadísimos.

—¿Qué?—preguntó Felipa, anhelante.

—*¡Osté* no sabe! ¡Mecha!... ¿eh? *Er señó* Mecha y *er señó* Paco... *güeno; er señó* Paco le quitó *er* cuchillo *ar señó* Mecha y le dió una tunda, una tunda...

Bronquita no podía respirar. Canelo daba saltos alrededor suyo, como

diciendo á cada salto...—Sí, señor. ¡Una tunda!—Abalanzáronse en esto María Dolores y Pepilla. No se sabe si fué Bronca ó fué Canelo quien lo acabó de contar: «Mecha se echó sobre Paquiro con un puñal levantado. Paquiro no tenía armas; pero le quitó el puñal, lo tiró, despreció á Mecha y siguió con sus amigos en el patio de una casa próxima, jugando al dominó. Mecha volvió á poco; llevaba una lima, á la que había quitado el puño; la vió Bronca... Daba miedo aquella espiga larga, larga... Mecha buscaba á Paquiro.» No acabaron de oir las tres mujeres. Lanzáronse á la calle.

En el corral hubo un clamoreo horrendo, y en la calle oíanse voces y cerrar de puertas. Las mujeres se escondían en sus cuartos ó borbotaban por la puerta del corral, á la calle, como río sin dique, en busca del marido, del hermano, del padre; otras contuvieron al tío Berrinche; los balcones estaban llenos de veci-

nos; en la calle había algunos, pocos, á gran distancia de Mecha y Paco. Puedo decir, á quien amigo sea de pormenores, que estaban en la embocadura misma de la calle de Febo, frente por frente de la puerta del corral de la calle del Evangelista. Mecha saltaba como un tigre, buscando con la pavorosa espiga de la lima el cuerpo de Paquiro; Paquiro rehuía el cuerpo con destreza; estaba desarmado; á cada viaje de Mecha se veía á Paquiro encogerse ó saltar, y Mecha rugía furioso porque erraba el golpe; una vez hurtó el cuerpo Paquiro con tal serenidad y de tan diestro modo, que tuvo tiempo todavía para dar á Mecha una bofetada, que retumbó como un tiro en toda la calle. De los balcones salieron gritos de elogio. La gran bofetada hizo girar á Mecha, y casi estuvo para caer; fué cuando salieron Felipa, María Dolores y la real hembra. Felipa se fué para Frasquito Cruz, colgándose de él con

dientes y uñas para sujetarle; María Dolores habíase lanzado á Paquiro, y se abrazó á él escudándole con su cuerpo; Paquiro dió media vuelta sin poderse soltar.—¡Paco! ¡Paco!—gritaba ella desgarradamente.—Frasquito avanzó, arrastrando á Felipa, que rugía como una leona, mordiéndole, atenazándole, enredándose entre las piernas del gitano hasta sentirse allí crujir de huesos. En este horroroso instante la real hembra, caído el mantón, desbandado el cabello, golpeándose y arrancándose túrdigas de su hermosísimo rostro de pantera, gritó con formidable rugido:

—¡Mátalo, Mecha, mátalo!

Un clamor inmenso salió de todos los corazones. Mecha se pudo desprender de la gitana, que quedó tendida en el arroyo; antes de que Paquiro se soltase de María Dolores, se le echó Mecha encima. Corrió á Paco todo el mundo, sin valor para favorecerle antes, y no fué ya tiempo. La

fatal espiga habíase hundido en la espalda del mozo. Cayó á tierra, arrastrando á María Dolores... Y á la escasa luz de la tarde que moría, era un singularísimo espectáculo, muy común por lo demás en los barrios andaluces, la multitud agrupándose alrededor de la víctima, mientras el asesino escapaba sin que se supiese por dónde. Pugnó Felipa por levantarse; Requinto ensanchaba el círculo, empujando con el guitarro para que no pisasen á Paquiro. María Dolores cayó junto á él. Quedó allí como muerta; su limpia falda, su mantón gris, sus manos, hasta los claveles y las rosas adorno de su cabeza, todo estaba empapado en la sangre del hombre. Canelo lamía una mano de María Dolores tristemente. Por un lado oíase el plañir de Bronquita; por otro, el del tío Berrinche; en todas partes rumor de comentarios, como eco sin fin de río que se desborda; y destacándose entre aque-

llos rumores, el quejido pavoroso de Canelo, aquel quejido que entraba en el corazón rasgando la carne, y las risotadas no menos pavorosas de la real hembra, que seguía golpeándose el rostro, y arrancándose los cabellos y gritando desgarrada entre el convulso reir:

—¡Mátalo! ¡Mátalo!

FIN DE SEVILLA FAMOSA

ÍNDICE

	Págs.
I.—En el que conocerá el lector al gran Borriquita..	17
II.—Del feliz encuentro que tuvo el gran Borriquita, y otros detalles de mucha transcendencia para el lector..	29
III.—El Cuartelillo.	41
IV.—La prole de la Reonda y el cuento de Felipa.	49
V.—Donde se trata de cierta peligrosa lucha habida entre la justicia y unos ladrones..	59
VI.—De los sanos consejos que María Dolores obtuvo de Felipa. . . .	67
VII.—Las penillas de María Dolores.. .	77
VIII.—De la singular aventura que ocurrió á María Dolores delante del convento de las Mínimas. . . .	85
IX.—La fragua del tío Berrinche.. . .	93
X.—María Dolores contenta.	105
XI.—Donde Felipa echa por tierra ciertos planes de María Dolores. . .	113
XII.—Complicaciones.	123
XIII.—Un encuentro.	131

Págs.

XIV.—El secreto de Felipa.. 141
XV.—Ínclitos varones. 153
XVI.—Sevilla famosa.. 161
XVII.—Bronquita, Canelo y Cojo Garrote. 181
XVIII.—Frasquito Cruz se pone en acecho. 189
XIX.—¡Agua Dios... que se quema la casa! 199
XX.—Lances de honor. 215
XXI.—Que pone al lector el alma en un hilo. 231
XXII.—Frasquito Cruz.. 243
XXIII.—Remembranzas.. 255
XXIV.—Horas amargas.. 271
XXV —Para alto ejemplo y saludable enseñanza del lector. 279
XXVI.—¡A las armas!. 289
XXVII.—La gran Pepa. 301